

THE PRINCESS OF THE TWO MOONS



♦ Capítulo 1 – La invocación

Donde el mundo llama, y una grieta responde

El templo estaba sellado desde hacía once años.

No por temor a lo profano, sino por el eco que había quedado encerrado allí dentro, vibrando entre las piedras.

Un eco que no tenía voz, pero que no cesaba.

Los clérigos lo llamaban “la cámara hueca”.

Los aprendices decían que por las noches el suelo jadeaba como si respirara.

Pero los ancianos...

los ancianos no hablaban de ella.

Allí, en esa sala redonda excavada bajo el corazón de la montaña, con muros revestidos de sal negra y vitrales sellados con polvo de hueso, se alzaba el círculo mayor.

Once anillos concéntricos de ceniza comprimida, cada uno marcado con los nombres que jamás fueron pronunciados, los nombres de aquellos que **habían sido invocados y rechazados**.

Y en el centro, una sola piedra, lisa, oscura como agua quieta.

Donde nadie había osado tocar desde la última vez.

La vez en que **el cuerpo llegó sin alma**.

La reina Arihén no había vuelto a entrar desde entonces.

Pero esa mañana, con el invierno aún contenido tras las cumbres, caminó hasta la entrada sin escolta.

Vestía de gris, un tono apagado que se confundía con las sombras de la sala.

Sin corona en la cabeza ni capa que la envolviera, parecía una figura despojada, como si el reino mismo se negara a reconocerla como su reflejo legítimo.

—Ábranla —ordenó con voz firme, seca, sin espacio para dudas.

El guardián del umbral vaciló, su mano temblorosa rozando el cerrojo.

—Majestad... no hay garantía de—

—No la busco —la interrumpió ella con voz cortante, como un filo invisible que cerraba cualquier argumento.

Sus ojos no brillaban con la intensidad de la furia ni se humedecían con lágrimas.

No temblaban, ni mostraban señal de debilidad.

Solo estaban... vacíos.

Vacíos de toda esperanza, de todo lo que alguna vez había anhelado.

Y ese vacío era más aterrador que la rabia misma, más profundo que cualquier tormenta.

La puerta se abrió con un susurro bajo, como si la montaña sollozara.

Detrás de Arihén marchaban tres heraldos del reino, uno por cada línea hereditaria aún viva.

Y detrás de ellos, en silencio absoluto, **Irisel**.

La asesina de la luz.

La única en ese templo que no creía que los dioses fuesen infalibles.

La cámara tenía un solo aroma:

piedra húmeda, sudor viejo y tiempo estancado.

El Sumo Invocador, un anciano de rostro anguloso y cabello delgado como polvo, les esperaba de pie junto al círculo.

No hizo reverencia.

Los viejos ritos no incluían cortesías cuando el mundo pendía de un hilo.

—¿Está decidido? —preguntó sin emoción.

Arihén asintió.

—No hay otro camino. Las profecías han callado. Los nacimientos se detienen. La sangre no enraíza. El templo de Assil quiebra su luz. Y mi hija...

—Su voz se quebró un segundo, solo uno—

...sueña con cosas que aún no existen.

—Entonces el ciclo se abre —dijo el invocador—.

Y el que no debía venir...

será traído.

Encendieron las once velas, una a una, en un silencio denso que parecía tragar el aire.

Cada llama nacía de un fuego, recogido con ritual y pesar desde rincones del mundo distintos.

La primera, encendida con brasas aún vivas de la fragua de un herrero que, en un momento de furia, mató a su propio hijo.

La segunda, con la llama temblorosa de un farol que una madre encendía cada noche, esperando a un esposo que nunca regresó de la guerra.

La tercera, tomada del incendio de una aldea borrada del mapa, cuyas voces jamás fueron vengadas ni recordadas por nadie.

Y así, una por una, las once llamas cobraron forma, no con esperanza, sino con pérdida.

Porque para llamar al que no pertenece...

no se invoca la luz de lo que se anhela.

Se convoca la sombra de lo que se ha perdido.

Las runas comenzaron a girar en silencio, suspendidas en el aire como fragmentos de una lengua olvidada que despertaba de su letargo. Cada símbolo giraba con precisión ritual, lento, sin impulso visible, como si el mismo tiempo se hubiese rendido a su ritmo.

Los heraldos tomaron sus posiciones, envueltos en túnicas pesadas, con los rostros ocultos tras máscaras sin expresión.

Sus movimientos eran exactos, mecánicos, marcando el compás de algo más antiguo que el templo mismo.

Irisel desenvainó su daga. No para herir. No para matar.

Sino para recordarle al mundo —y quizás también a sí misma—

que a veces la sangre abría lo que las palabras ya no podían tocar.

Y entonces, **el círculo respiró.**

Las cenizas comenzaron a elevarse del suelo sin que soplara viento alguno, como atraídas por una voluntad invisible.

Las llamas de las once velas titilaron al unísono, sin brisa, como si temblaran de anticipación.

Y en el centro del círculo...

el aire se torció.

No se abrió un portal. No hubo luz. No hubo relámpagos.

Solo un **doblez leve, una curvatura imperceptible del tejido** que se desgarraba sin violencia.
Como si alguien, desde otro lugar, **hubiera aceptado la invitación sin comprenderla.**

El cuerpo llegó antes que el alma.
Siempre es así. Siempre ha sido así.

Era un hombre. Joven aún, pero con la piel marcada por algo más antiguo que el tiempo,
como si hubiera pasado por fuegos que no dejan ceniza,
como si lo hubiera tocado una historia que no era suya... pero lo habitaba.

Estaba cubierto de barro espeso, seco en algunas partes, aún húmedo en otras.
Pero no era barro de esta tierra.

Tenía un olor extraño. Una densidad diferente.
Como si hubiera cruzado no un lugar, sino un umbral.

Y estaba quieto.
Demasiado quieto.
Como una estatua recién cincelada que aún no decide si quiere respirar.

Nadie habló. Nadie se movió. El tiempo pareció esperar.

Hasta que su pecho, tras segundos eternos, **se alzó.**

Una inhalación. Profunda. Dolorosa.
Como si cada costilla hubiese olvidado cómo obedecer.

Los ojos se abrieron. Al principio, completamente negros. Vacíos. Ajeno a la luz.
Y luego, lentamente... fueron volviéndose humanos. Reconocibles. Presentes.

Y entonces, el recién llegado alzó la mirada.

Pero no fue hacia Arihén, que observaba con los labios apretados y el gesto tenso.
Ni hacia el Invocador, aún inclinado por el peso del ritual.
Ni siquiera hacia Irisel, que mantenía una mano en la empuñadura de su daga, el cuerpo en alerta.

No. Miró al suelo. No con distracción, sino con una intensidad tan fija y cargada,
que parecía estar buscando allí las ruinas de un mundo perdido.

Sus ojos se quedaron clavados en la piedra como si reconocieran en ella algo que los demás no podían ver. Como si la culpa y el reconocimiento vinieran desde lo más profundo de ese silencio.

Y entonces sus labios se movieron. Despacio. Como si las palabras dolieran.
Como si cada sílaba le arrancara algo que no quería entregar.

—He llegado demasiado tarde... —susurró.

Su voz era áspera. No solo rota, sino gastada.
La voz de alguien que había visto demasiado, demasiado lejos, demasiado adentro.

Pero Naeliz entendió. No dijo nada.
Solo cerró los ojos con lentitud,
como quien reconoce una melodía largamente olvidada,
como quien encuentra en el eco de una frase antigua la pieza que faltaba en un rompecabezas hace tiempo olvidado.

Y entonces... sonrió.
No con alegría.
Sino con certeza.

Porque el ciclo, al fin... **se había vuelto a abrir.**

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 2: *El escape — Dos lunas, una sombra*

La penumbra del altar vibraba con una energía arcana intensa y oscilante.

Los círculos de invocación, tallados con precisión cruel sobre el mármol negro, ardían con un fulgor blanco que no alumbraba: más bien, **devoraba la oscuridad a su alrededor** como si tuviera hambre propia.

Las runas inscritas se movían con una vida imposible, ondulando como venas de un cuerpo que aún no había despertado del todo.

Y el aire... el aire palpitaba.

Los cánticos guturales de los sacerdotes, cada uno colocado en su círculo con los brazos alzados como ramas retorcidas, retumbaban con la cadencia de un corazón colectivo.

No eran plegarias. Eran comandos.

Un lenguaje demasiado antiguo para ser recordado por la carne.

Un código escrito para invocar aquello que nunca debería ser convocado.

La suma invocadora, erguida como estatua entre los anillos, lideraba la ceremonia con una mirada que no vacilaba.

Su túnica de hilo dorado rozaba el suelo con la gracia de una sentencia.

Sus ojos —dos carbones encendidos— estaban fijos en el altar central.

El altar donde **él yacía**.

El invocado abrió los ojos.

No fue el despertar de quien nace a un mundo nuevo.

Su espalda contra el mármol sentía un frío tan antiguo como el exilio.

Sus pulmones aspiraron por primera vez el aire cargado de inciensos pesados y humo de velas apagadas, y lo rechazaron al instante.

Su ropa, empapada en sudor, se adhería a la piel con la incomodidad del desarraigo.

Un zumbido eléctrico le cruzaba la médula, como si todo su cuerpo aún no decidiera si debía pertenecer a ese plano.

No era magia. No era miedo. Era **memoria confundida**.

—Otra secta de lunáticos. Perfecto —murmuró con desdén ronco, más para sí mismo que como declaración.

Su voz cortó el ritual como un cuchillo de hierro entre cánticos de oro.

Ningún sacerdote lo oyó. Estaban absortos.

Perdidos en la tensión que crecía como un tambor enloquecido en el corazón del ritual.

Y El invocado, que nunca había sido un peón complaciente, **tomó una decisión**.

Sin moverse demasiado, discretamente, giró su muñeca izquierda.

Los dedos formaron un gesto que recordaba solo de forma refleja.

Una ilusión menor.

Una **sombra protectora**, una habilidad que en su mundo había aprendido por diversión...

...y que aquí le daría libertad.

Su figura comenzó a desvanecerse.

La luz lo rodeó, pero **no lo alcanzó**.
Su silueta se diluyó como humo sobre un lago tranquilo.
Y cuando el círculo mágico se cerró con una llamarada final...

ya no estaba.

—¿Dónde está?! —gritó un clérigo, su voz quebrada por el pánico.

—¡La figura se desvaneció! ¡El patrón de luz colapsó! ¡Assil, perdónanos!

La suma invocadora retrocedió un paso, desfigurada por la sorpresa.
Y por primera vez en décadas, **el fuego ceremonial titiló**.

El caos se desató como una herida abierta.

Los portones crujieron y se abrieron de golpe con un estruendo metálico.

Guardias armados irrumpieron en formación desordenada, las armaduras golpeando contra el mármol del suelo con el eco de una tormenta repentina.

Algunas velas se volcaron, derramando cera caliente sobre los tapices antiguos.

Otras se apagaron de golpe, ahogadas por corrientes de aire que no debían estar allí.

Los cánticos sagrados, que habían sostenido la ceremonia como un hilo tenso, murieron de pronto.

Cortados, como cuerdas que alguien hubiera rasgado con una hoja invisible.

Y mientras la confusión se esparcía por la cámara como humo espeso, llenando cada rincón de gritos y pasos erráticos...

El invocado observaba desde las sombras.

Desde detrás de una columna lateral, donde la luz no alcanzaba, donde la lógica no lo buscaba. Estaba inmóvil. Invisible. Intacto.

Y evaluando.

No tenía miedo. No temblaba. No se encogía ante el estruendo.

Solo sentía algo más profundo. Un impulso creciente. Un deseo contenido en el pecho...

El deseo urgente de escapar.

De no quedarse ni un segundo más bajo ese techo cargado de promesas rotas.

Salió de la cámara por un corredor lateral, sus pasos amortiguados por la piedra lisa y fría.

Las túnicas de los sirvientes ondulaban a su paso sin notarlo.

Los guardias, ocupados en gritar órdenes inútiles, no vieron al hombre que caminaba como un espectro entre columnas, candelabros y tapices.

El templo-palacio tenía muchas capas.

Salas de oración, galerías de linaje, corredores de ofrendas, todo embalsamado en incienso viejo y oro antiguo.

Pero él no se detuvo a mirar.

Sabía —como si lo hubiese sabido siempre— que **tenía que encontrar la salida antes de que ese lugar se diera cuenta de que había fallado**.

Y finalmente, tras cruzar una doble puerta de madera tallada con símbolos que apenas pudo entender, salió a **los jardines exteriores**.

El cielo estaba despejado. Absurda y completamente despejado.

No había tormentas rasgando las nubes.

Ni fuego celestial cayendo desde lo alto.

Ni dragones cruzando la noche con alas de presagio.

Solo las dos lunas.

Una, de un rojo oscuro y pulsante, colgaba como un ojo abierto, inmóvil, sin párpados que ofrecieran descanso. Brillaba como si llevara siglos observando... sin intervenir.
Como si hubiese visto demasiado para sorprenderse por algo más.

La otra, pálida como hueso antiguo, flotaba más distante, más callada. No se movía. No titilaba. Era una respiración contenida en el borde del cielo, una promesa suspendida entre ser y no ser.

Ambas lo miraban.

No con juicio.

No con compasión.

No con esa falsa bienvenida que ofrecen los augurios gastados.

Lo miraban con conocimiento.

Y el invocado, alzando la cabeza con lentitud, escudriñó el firmamento unos segundos más.

Los labios se curvaron, no por humor, sino por la amarga ironía de estar allí.

Una sonrisa sarcástica, nacida del agotamiento y la lucidez.

—Dos lunas... —murmuró, casi como quien habla a un teatro vacío—

¿Y esta es la bienvenida?

Las piedras del jardín crujieron bajo sus botas mojadas,
dejando pequeñas huellas oscuras que el suelo absorbía en silencio.

El aire estaba denso, cargado de aroma a tierra mojada y ceniza aún tibia,
como si el mundo acabara de arder... y estuviera comenzando a crecer de nuevo.

A lo lejos, más allá de los arbustos en flor —marchitos por la lluvia o tal vez por el tiempo—,
y de las columnas talladas que se alzaban como pilares que sostenían un cielo herido,
la ciudad lo aguardaba.

Callada, como si sus muros supieran guardar secretos más antiguos que cualquier juramento.
Como si las piedras mismas contuvieran respiraciones que nadie se atrevía a romper.

Inmensa, no solo por su tamaño, sino por el peso de todo lo que representaba:
poder, traición, fe, ruinas.

Una criatura de mármol y tiempo, extendida más allá de la mirada, más allá del control.

Latiendo, con un pulso que no venía de sus plazas ni de sus templos,
sino de aquello que aún se movía bajo su piel.

Una vibración sutil en el aire, como si la ciudad entera contuviera el aliento,
esperando algo.

Esperándolo a él.

Y en sus calles, en sus pasillos de piedra y sus silencios dorados,
esperaba también su destino.

Incierto e inevitable.

Pero por ahora...

solo el frescor de la noche, el susurro de la lluvia cesante y la brecha entre un paso y el siguiente.

Por ahora,
era libre.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 3: *Naorhal — Una ciudad con memoria*

Los muros de Naorhal no eran altos ni majestuosos.
No buscaban imponerse al cielo ni desafiar al tiempo.

Eran viejos. Desgastados por siglos de viento, de lluvia, de miradas.
No había en ellos gloria... sino memoria.

Las grietas serpenteaban sus superficies como arrugas en un rostro que ha visto demasiado.
El musgo trepaba sin permiso, cubriendo antiguas inscripciones que nadie recordaba haber escrito.
Cada piedra parecía haber sido colocada no por orgullo, sino por necesidad.
Y aún así, seguían allí. Firmes. Silenciosas.
Cubiertas de líquenes que relucían débilmente bajo la luz de los faroles mágicos.
La ciudad no se defendía con fuerza, sino con indiferencia.
Como si no fueran murallas... sino cicatrices.
Y la ciudad, un cuerpo que aún recordaba cada herida.

El invocado llegó a pie, cruzando un puente de piedra agrietada que unía los jardines exteriores del templo con los barrios más bajos de la ciudad.
El agua del canal corría turbia, espesa, con reflejos anaranjados.
Y el aire comenzaba a oler distinto:
menos incienso, más humo de leña, piel sucia, grasa, orina.
Y vida.

Las calles estaban adoquinadas de forma irregular, y en cada grieta crecía una flor diminuta o un pedazo de musgo obstinado.
Faroles de cristal templado colgaban de estructuras de madera que crujían con el viento.
Dentro de ellos, **luciernagas mágicas** revoloteaban lentamente, proyectando sombras móviles en paredes encaladas.

Había sonidos. No de música, ni de celebración.

Sino el ruido constante de una ciudad que se remienda a sí misma cada noche:
vendedores que discutían en dialectos rotos,
carretas arrastradas por animales hastiados,
niños que corrían entre charcos sin destino,
risas secas. Peleas contenidas. Secretos a media voz.

Naorhal era vieja. Y no quería morir.

El invocado caminaba sin prisa, pero con intención.
Su ropa —aunque ahora manchada y arrugada— aún conservaba un aire extraño, moderno para los ojos del lugar.
Eso le valía miradas ocasionales, pero no suficientes para alarmar.
Aquí, la extranjería era común.
Lo raro no era un hombre con mirada fría.
Lo raro era alguien que no pidiera nada.

A mitad de una calle sinuosa, una voz lo alcanzó.

—¡Hey, forastero! —gritó un chico desde la esquina, apoyado en una columna de ladrillo.

Tendría unos dieciséis años.

Desgarbado, ropa gris raída, cuchillo corto apenas visible bajo el cinto.

El invocado lo miró sin detener el paso.

El chico se adelantó.

—¿Nuevo por aquí? —insistió, como si las lunas lo hubieran puesto allí con ese único propósito.

El invocado lo evaluó de un vistazo. Flaco. Ágil. Peligrosamente valiente.

Útil. O molesto. Aún por decidir.

—Eso parece —respondió, sin tensión.

—Tarek —dijo el muchacho, con una sonrisa de zorro—. Y en esta ciudad, si no sabes a quién saludar... no sabrás a quién temer.

Antes de que El invocado pudiera replicar, una voz femenina y firme llegó desde las sombras de un portal lateral.

—Déjalo, Tarek.

La mujer que apareció no era joven.

Tampoco vieja.

Tenía ojos que habían visto cosas, y una voz que había aprendido a no temblar.

Vestía una túnica oscura, gastada en los bordes, y un pequeño saquito de hierbas colgaba de su cintura.

—Mira —dijo el muchacho con tono burlón—, siempre tan simpática.

Ella lo ignoró y se acercó a Lefuan.

—No pareces un ladrón. Pero tampoco pareces saber dónde estás.

—Estoy aprendiendo —dijo El invocado. Su tono era neutro. Su mirada, fija.

—Entonces te doy el primer mapa —dijo ella, sin moverse—. Taberna del León Dorado. Dos calles al este. Allí hablan quienes no deberían. Si tienes algo que ofrecer, alguien allí lo sabrá.

Mira giró sin más, deslizándose entre la gente con la naturalidad de quien no necesita despedirse.

El invocado caminó en la dirección indicada.

La ciudad parecía aceptar su presencia no por gusto, sino por costumbre.

Como una herida que ya no sangra, pero tampoco cierra.

Frente a una puerta de madera oscura y con herrajes oxidados, se detuvo.

Una cabeza de león tallada en bronce presidía la entrada.

Sus ojos estaban vacíos, pero algo en ellos lo incomodaba.

Como si observaran el interior... y no al visitante.

Entró.

El León Dorado olía a leña húmeda, cerveza derramada y secretos fermentados.

El calor era espeso.

Las velas colgaban bajas, proyectando luces anaranjadas sobre las mesas rústicas.

Y las conversaciones bajaban de volumen al notar su presencia, sin detenerse del todo.

Se sentó en un rincón. Solo. Pero no por mucho.

Una mujer se acercó sin decir palabra.

De cabello oscuro, recogido con descuido en una trenza floja que dejaba caer algunos mechones sobre el rostro.

Su delantal olía a humo, a pan horneado y a largas jornadas que no daban tregua.

Sus manos, fuertes y agrietadas, hablaban de años inclinadas sobre madera, piedra y piel.

Su espalda no era noble, pero su postura —firme, recta, presente— sí lo era.

Y en su mirada vivía una dignidad que no pedía permiso.

Dejó una jarra espumosa frente a él, el líquido ambarino derramando apenas una gota sobre la mesa agrietada.

—Aquí vienen todos a buscar algo —dijo, sin mirarlo de frente, con la voz de quien ha visto muchas llegadas... y pocas partidas—.

Pero cuidado con lo que deseas.

—Busco respuestas —respondió el invocado, sin levantar la voz.

No como quien exige, sino como quien nombra una consecuencia inevitable.

La mujer lo miró entonces de soslayo, apenas un instante.

Y esbozó una sonrisa cansada, de esas que no brotan de alegría sino de experiencia.

—Aquí —dijo—, las respuestas cuestan más que el oro.

Y se cobran en silencio.

El invocado bebió.

No por sed.

Sino por costumbre.

Porque siempre —sin excepción—, alguien siempre ofrece una bebida antes de un destino.

La taberna era un refugio torcido entre sombras,
más antigua de lo que sus vigas admitían,
más viva de lo que sus muros aparentaban.

Las mesas eran irregulares, talladas a golpe de necesidad,
cubiertas de cicatrices, derrames secos y nombres raspados por manos que ya no volverían.
El suelo crujía con cada paso, no por fragilidad, sino por memoria.

La gente hablaba en susurros, en risas ahogadas, en discusiones que sabían quedarse puertas adentro. Hombres de mirada baja, mujeres de rostro firme, jóvenes que aún no sabían cómo fingir indiferencia. Todos distintos, y sin embargo...
todos cargando algo que no decían.

Había humo en el aire, pero no del tabaco ni de hechizos:
era el humo de las historias no contadas. De las promesas rotas.
De los silencios que arden cuando nadie los mira.

El invocado los escudriñó como quien busca patrones en un idioma que aún no domina.
Pero no juzgaba. No se apartaba. Solo aprendía. Porque cada rostro era un reflejo posible.
Y cada gesto, un eco de algo que él aún no recordaba haber olvidado.

Y esa noche, entre la espuma de la cerveza y las sombras que reptaban por los muros agrietados de la ciudad,

Naorhal registró su nombre.

Sin saber aún lo que eso significaba.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 4: *La noche sin sueño*

La habitación era pequeña. Techo bajo. Madera vieja.

Una única ventana que dejaba entrar la luz de las dos lunas filtrada por cristales sucios.

No era una habitación de nobleza, ni de taberna populosa.

Era una cámara lateral del León Dorado, oculta tras un pasillo angosto con olor a moho y yerbas secas.

El invocado no la había pedido.

Simplemente, Mira se la había ofrecido al pasar, sin mirarlo.

“A veces, el silencio vale más que una cama limpia.”

Se sentó en el borde de la cama.

El colchón crujió con la resignación de años de historias ajenas.

No había chimenea. Solo paredes frías, desnudas, que devolvían el eco de cada silencio.

Ni alfombra. El suelo era de madera gastada, astillada en algunos bordes, como si hubiese olvidado el consuelo del abrigo bajo los pies.

Ni lámpara. La única luz provenía de una vela consumida hasta la mitad, su llama temblando con cada corriente de aire, proyectando sombras largas que se estiraban por la estancia como dedos del pasado.

El lugar no ofrecía calidez. No invitaba. Solo estaba.

Como una cáscara habitada por lo mínimo.

Como si el mundo hubiese sido vaciado... a propósito.

Solo la luz temblorosa de las lunas entrando en un ángulo oblicuo.

Un halo azulado sobre el suelo.

Otro, más tenue, sobre la pared.

Y su cuerpo entre ambos.

Como una balanza sin centro.

Deslizó los dedos por su muñeca izquierda.

Aún sentía el temblor leve del truco de sombras, como si su propia magia no terminara de asentarse en este mundo.

El zumbido no se había ido del todo.

Tampoco lo esperaba.

Era como un eco que no encuentra el cañón adecuado donde morir.

Como si algo —en alguna parte— estuviera llamándolo aún.

No sabía qué. Ni quién.

Pero sí sabía que **no era el templo.**

No se recostó. Solo cerró los ojos y se apoyó contra la pared áspera.

La madera olía a humo viejo y a sueños usados.

No dormía. No soñaba.
Pero **recordaba... sin recordar.**

Fragmentos.
Una palabra rota.
Un rostro sin forma.
Una risa de niña.
Un jardín en otro tiempo.
Una promesa.

Pero no eran recuerdos.
No eran suyos.
No todavía.

Eran como semillas flotando en agua oscura.
A la espera de que algo las tocara.

En otro plano, fuera del tiempo y la ciudad, **Naeliz observaba.**
No desde las estrellas, ni desde el altar, ni desde un sueño.
Desde el **tejido mismo del devenir.**

Y lo veía.
Allí, sentado en esa habitación sin historia.
Un hombre que aún no sabía su nombre completo.

Naeliz no hablaba. No tocaba. Solo sentía.
Y esa noche, mientras El invocado no soñaba,
ella **soñaba con él.**

Era el **reconocimiento de una pieza olvidada** volviendo a encajar en la urdimbre.
El mundo aún no sabía que lo necesitaba.
Pero Naeliz sí.

Las horas se deslizaron sin tiempo ni tregua.
Los murmullos de la taberna se apagaron, quedando solo ecos apagados.
Las velas se consumieron hasta su fin, dejando la habitación en penumbra.
Y la ciudad se envolvió en un manto profundo de silencio.

Pero en aquel cuarto oscuro, algo seguía despierto.
No era el cuerpo, cansado y quieto.
Ni la mente, que buscaba descanso sin hallarlo.
Era el alma.
Vigía eterna, sin sombra ni descanso.

Esperando el primer encuentro.
La primera palabra que cambiaría su rumbo.
La primera mirada que no lo confundiría con otra cosa que **lo que era.**

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 5: *El día en que todos caminaron hacia algo*

**El invocado despertó antes del alba,
no porque el sueño hubiera llegado a su fin,
sino porque nunca había logrado comenzarlo.**

Su cuerpo se sentía extraño, menos ajeno que la noche anterior,
pero aún lejos de ser suyo.
Fragmentado. Incompleto.

La habitación seguía igual, inmóvil en su rutina silenciosa.
La luz azul que la había bañado se había desvanecido, reemplazada por un gris húmedo y frío,
que se colaba lento y pesado como una niebla antigua a través de la rendija de la ventana mal
cerrada.

Fuera, el mundo comenzaba a despertar con sonidos imperfectos.
Un martillo golpeaba el hierro, firme pero sin urgencia, cada impacto reverberando con una calma
obstinada. Una voz áspera rompía el aire, llamando a sus hijos con nombres gastados por el tiempo
y la costumbre. El chasquido metálico de una cuerda en el pozo rompía el silencio con un ritmo
constante y monótono. Y más allá, los pájaros no cantaban. Emitían notas cortantes, secas y
mecánicas, como si se obligaran a pronunciar melodías que no recordaban del todo, prisioneros de
un ritual sin alma.

El invocado bajó las escaleras del León Dorado sin llamar la atención.
La sala común estaba medio vacía: una pareja dormida sobre una mesa, un anciano que removía una
sopa ya fría, y Mira barriendo en silencio con el mismo saco de hierbas colgado al costado.

Ella no lo miró.
Solo dijo:

—El pan es fresco. Pero la leche no ha llegado. Decide según tu estómago.

El invocado dudó un segundo.

Y entonces, como un chispazo desde algún lugar lejano —más cerca de los huesos que de la mente
—, **recordó su nombre.**

—Lefuan Lucius —murmuró, como si se lo dijera a sí mismo.
Luego, levantó un poco la mirada—. Mi nombre es Lefuan.

Mira alzó apenas una ceja, sin interrumpir el movimiento de la escoba.
Se detuvo justo antes de girar, y respondió sin florituras:

—Mira. Y este no es un lugar que haga muchas preguntas.

Lefuan asintió. Tomó una hogaza sin agradecer. Partió un trozo y lo comió en silencio.
Como si masticar le permitiera recuperar una parte de sí.

Fuera, la ciudad ya se agitaba.

Naorhal de día no era menos extraña, pero sí **más disimulada.**
La magia dormía en los cimientos, sí, pero **el hambre mandaba en las calles.**

Los mercados abrían con lentitud, los mercaderes encendían inciensos para espantar la mala suerte,
y los templos menores hacían sonar campanas ahogadas para marcar el inicio del "quinto compás"
—la hora que los mendigos sabían que aún no traía limosnas, pero ya alejaba los sueños.

Lefuan caminó por calles secundarias, evitando las avenidas principales.
No porque temiera ser reconocido... sino porque **su cuerpo elegía siempre el borde.**

El borde del camino.

Donde la tierra se deshace en susurros, y cada paso se siente más ligero, más libre.

El borde de la luz.

Donde la claridad titubea y las sombras susurran secretos, donde la vista se pierde y el alma respira.

El borde del mapa.

Donde lo conocido se desvanece, y lo incierto comienza a dibujarse con trazos invisibles.

Así era como respiraba mejor.

En ese límite, en esa frontera entre mundos, donde la realidad se estira y el tiempo se vuelve maleable.

Cerca del mediodía, bajo los altos ventanales del Templo Alto de Assil, la luz se colaba en haces inclinados, dispersándose sobre los mármoles gastados y los estandartes desgastados por siglos de fervor.

Irisel se arrodilló ante el Consejo de los Brazos de la Luz.

No porque creyera que ellos lo merecieran.

Sino porque el rígido protocolo del templo lo exigía, una cadena inquebrantable de gestos y símbolos que ella había aprendido a respetar con una mezcla de resignación y desafío.

Vestía su túnica negra, ribeteada en plata,

cada hilo una promesa silenciosa, cada pliegue una sombra de su pasado.

Su cabello, recogido en una trenza que portaba con orgullo la marca del tercer círculo, testimonio visible de años dedicados a la disciplina y al silencio.

La daga, afilada y limpia, descansaba en su cintura, lista para hablar en el momento necesario.

El murmullo del consejo se detuvo cuando un sacerdote alzó la voz con pesar contenido:

—El Invocado escapó.

Un segundo sacerdote, más joven, apretó los labios y añadió con tono grave:

—Escapó... antes de que el círculo se cerrara.

Eso lo convierte en un error.

En una amenaza.

Los ojos de Irisel se mantuvieron bajos, sus dedos apenas tensos sobre la tela de su túnica.

Pero su voz surgió firme, sin necesidad de alzar la cabeza:

—¿Y en un objetivo?

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier palabra.

En esa pausa suspendida flotaba la verdad no dicha, el peso de lo inevitable.

No hacía falta una respuesta.

Todos sabían lo que implicaba.

Fuera de la cámara, mientras cruzaba el largo pasillo adornado con vitrales que filtraban la luz en fragmentos de colores difusos, Irisel no dijo nada.

Sus pasos resonaban suaves sobre el frío mármol, un ritmo contenido y preciso, pero en su mente algo vibraba con intensidad creciente.

No era el peso del deber.

Ni la seguridad de la fe.

Era otra cosa, algo más inquietante.

Una chispa inesperada: curiosidad.

No había visto al Invocado de cerca.

Solo conocía su forma, esa figura rota y ausente que había desafiado el orden.

Solo había sentido la sombra de la ruptura en el rito sagrado.

Y eso, sabía con una certeza silenciosa, era peor que cualquier profanación abierta.

Porque una cosa es luchar contra un enemigo tangible,

con reglas y rostros conocidos,

con una amenaza que se puede nombrar y enfrentar.

Pero otra muy distinta es perseguir una sombra...

una sombra que nunca pidió ser invocada,

que no buscaba este mundo ni el caos que traía consigo.

Mientras tanto, en otro punto de la ciudad, Lefuan se inclinaba sobre una charca oscura, reflejo imperfecto del cielo.

Miró su propio rostro flotando entre las aguas sucias y las hojas caídas.

No se reconocía.

No del todo.

Pero no había odio en ese reflejo turbio.

Solo observación.

Estudio.

Porque cuando no sabes quién eres,

cuando el pasado y el presente se funden en un desconcierto sin nombre,

entender cómo caminas, cómo respiras, cómo te sostienes en el mundo,

es un buen punto de partida.

Aquel día, dos personas caminaron en direcciones opuestas,

sin buscarse, sin nombrarse.

Como dos piezas separadas de un mismo tablero.

Pero el mundo ya comenzaba a alinearlos, a colocarlos en sus destinos.

Y desde el velo invisible que separa lo dicho de lo callado,

donde las palabras aún no se han formado pero ya pesan en el aire,

Naeliz seguía observando.

Silenciosa como la sombra que se desliza sin hacer ruido,

paciente como el tiempo que todo lo revela y todo lo oculta.

Sus ojos veían más allá de las acciones, más allá de las intenciones,

captaban los hilos invisibles que tejían destinos,

los susurros imperceptibles que comenzaban a articularse en la tela del presente.

Naeliz permanecía allí,

ni juez ni verdugo,

solo guardiana del umbral donde los secretos se vuelven hechos.

Mientras el ciclo, implacable, se tejía una vez más...

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 6: Voces en penumbra — El consejo y los ecos del error

La sala del Consejo de los doce era más antigua que el trono.

Y más oscura.

No por falta de luz, sino porque sus piedras no reflejaban ninguna.

Estaban hechas de basalto velado, una roca que absorbía el fulgor como si le ofendiera.

Las antorchas colgadas a intervalos regulares crepitaban con fuego azul.

No por decoración, sino por protección.

Arihén había exigido que cada reunión del Consejo se hiciera a puerta cerrada y bajo esos fuegos encantados. Solo ellos podían revelar si uno de los presentes no era... real.

Esa noche, once sillas estaban ocupadas.

Once rostros, cada uno con poder sobre una parte distinta del Reino Interior: comercio, ejército, fe, herencia, extranjería, ciencia, augurios, lengua, ley, recursos, y sombra.

Ninguno era rey.

Pero todos podían torcer el rumbo de un reino si hablaban al unísono.

Arihén no se sentó.

Permanecía de pie, con las manos entrelazadas detrás del cuerpo, la mirada fija en el mapa desplegado sobre la mesa de ónice.

Naorhal al centro.

Doce ciudades menores alrededor.

Un solo símbolo nuevo, aún sin nombre, marcado en rojo al pie del templo: *El Error*.

—Hemos fracasado —dijo el consejero de Augurios. Su voz temblaba, no de miedo, sino de impotencia—. Lo que no debía ser traído escapó de la red. Es un mal presagio.

—No sabemos si es maldición o... error —corrigió la voz neutra del consejero de Ley.

—¿No es lo mismo? —dijo la mujer del Asiento de Recursos—. Todo lo que escapa a su función se convierte en carga.

Arihén no hablaba aún.

Miraba la runa roja.

Cada línea estaba marcada con la sangre de un venado blanco. Aquel que había sido sacrificado al alba para permitir la invocación.

El ritual pedía pureza, y el mundo había devuelto libertad.

—Un Invocado no desaparece —dijo finalmente Arihén, sin levantar la voz—. Un Invocado guía.

Silencio.

El tipo de silencio que no deja espacio a negaciones.

—Y si no está aquí... ¿quién alumbrará el paso que viene?

El consejero de Herencia entrecerró los ojos.

—¿Insinúas que sin él, quedamos ciegos?

—No ciegos —respondió Arihén—. Solo expuestos.

Sin el espejo que nos muestra lo que no queremos ver.

La consejera de Fe, envuelta en su capa de lino oscuro, habló por primera vez en la noche:

—¿Y si no fue enviado por Assil? ¿Y si su ausencia es el juicio?

Arihén se giró lentamente hacia ella.

—Entonces el juicio ya ha comenzado.

Y no tendremos a nadie que lo traduzca.

—¿Cuál es su propósito, majestad? —insistió alguien más—. ¿Por qué sostener esta incertidumbre?

Arihén caminó hasta el ventanal sellado, sin mirar a nadie.

—Porque cuando la luz se retira...

no se busca una antorcha.

Se espera a quien tenga el valor de entrar en la oscuridad.

Y esa palabra bastó para congelar varias respiraciones.

No porque dudaran de su fe.

Sino porque Assil no hacía peticiones a los hombres. No directamente.

Sino porque **Assil no pedía. No corregía. Solo manifestaba.**

Y cuando lo hacía... la historia cambiaba.

—¿Y si fue un error de lectura? —preguntó el consejero de Lengua—. Las runas del sueño antiguo son ambiguas.

—El sueño no erró —dijo Arihén—. Fue la ejecución la que falló.

—¿Y qué propone hacer su majestad? —preguntó el consejero de Sombra, con voz suave como terciopelo, y filo apenas contenido—.

¿Cazarlo? ¿Encerrarlo? ¿Usarlo?

Sus dedos jugaban con el borde de un sello lacrado, negro como humo seco.

No lo alzó. No lo rompió.

Pero el gesto bastó para que los demás supieran que **sus sombras ya estaban en movimiento.**

Irisel, aunque no estaba en esa sala, **ya había recibido el mensaje.**

Y como siempre...

no necesitó esperar la orden para actuar.

Arihén no respondió de inmediato.

Giró lentamente hacia ellos, su mirada tan serena como el primer día de sus coronas.

—No sabemos si la invocación falló... o si decidió escapar.

Y en este palacio, no podemos permitirnos ignorar ninguna de las dos posibilidades.

Hizo una pausa.

—Así que sí. Vamos a buscarlo.

Y cuando lo encontremos... lo traerán con vida.

O no lo traerán.

Extendió un fragmento de pergamino.

Informes dispersos.

Siluetas no identificadas.

Rastros sin firma en los bordes del reino.

—No tenemos a un arma suelta —dijo Arihén, alzando la voz apenas lo necesario.

—Tenemos algo peor: **una voluntad sin cadena.**

Al mismo tiempo, del otro lado de Naorhal, el cielo comenzaba a llover barro.
No era un fenómeno común, ni tampoco extraordinario.
Simplemente, *ocurría*.
La ciudad, como siempre, lo aceptaba.

Lefuan escurría un saco de tela frente a la entrada trasera del León Dorado.
Había pasado la mañana transportando bultos de hierbas para Mira, y ayudando a cambiar los filtros de las velas encantadas que colgaban sobre la entrada.
No por generosidad.
Ni por gratitud.
Sino porque sabía que cada gesto mantenía su libertad.

—Te ves ridículo con esa cuerda —dijo una voz detrás de él.
Era Tarek, apoyado contra un barril de vino viejo.
—Y tú sigues pareciendo alguien que debería estudiar más y hablar menos —respondió Lefuan sin mirarlo.
Tarek rió.
—Los rumores corren, forastero. Y hoy traen algo jugoso.

Lefuan lo miró, midiendo si el muchacho exageraba por dramatismo o necesidad de atención.
—¿Qué rumores?
—Que el templo cometió un error. Que El invocado escapó. Que está oculto entre la gente.
—¿Y tú lo crees? —preguntó Lefuan, arrojando el saco vacío sobre una piedra.
—Yo creo lo que me pagan por creer —respondió Tarek, encogiéndose de hombros—. Pero algunos mercaderes han empezado a sellar sus puertas con sal. Dicen que no es bueno que lo que vino de fuera camine sin propósito.

Lefuan se limpió las manos.
No dijo nada.
Pero su sombra, proyectada bajo la luz de una vela torcida, parecía más delgada.
Como si quisiera separarse.

—¿Y tú? —preguntó Tarek, bajando la voz—. ¿Crees que un hombre pueda venir de otro mundo sin razón?
—No lo sé —respondió Lefuan—. Pero si lo hizo... probablemente ya esté haciendo preguntas.
—¿Qué tipo de preguntas?
Lefuan sonrió apenas.
—Las que hacen temblar los tronos.

Tarek abrió los ojos con una mezcla de respeto y recelo.
—Tú no eres como los otros.
—Y tú hablas demasiado para vivir tanto —respondió Lefuan.
Luego entró.
Y la lluvia de barro siguió cayendo.
Y la ciudad, como siempre... lo aceptaba.

Mientras tanto, en lo alto del palacio, la reina Arihén alzaba la mirada al cielo enlodado.
Y por primera vez en once años, su corazón no sentía pesar.
Sentía... posibilidad.

♦ Capítulo 1 – La invocación

Subcapítulo 7: Irisel en la búsqueda — Donde la luz no brilla igual

El viento de las alturas traía consigo el eco de campanas ahogadas.
Naorhal se extendía como un tapiz herido bajo la mirada de Irisel, cada calle una cicatriz, cada plaza una célula abierta al rumor.
Desde lo alto del Torreón de la Bruma, la ciudad parecía más pequeña, más ordenada.
Una mentira cómoda.

Irisel no buscaba con furia.
Buscaba con método.
No preguntaba, no forzaba, no invocaba.
Escuchaba.

Vestía de gris, no de negro.
Sus armas estaban ocultas, sus símbolos de Assil cubiertos por un manto sin emblemas.
A los ojos de la ciudad, era solo una viajera más con rostro firme y pasado impreciso.

Había seguido huellas sutiles:
una posada que ocultaba más secretos que camas,
una tabernera que hablaba poco y escuchaba demasiado,
un muchacho con ojos de sabueso y manos rápidas.
Todo señalaba al forastero.
Todo lo confirmaba.
Pero Irisel no lo perseguía para matarlo.
No aún.

Sabía que algo había salido mal.
No en la invocación, sino *en el mundo mismo*.
Y él... era la grieta por donde ese error se filtraba.

Al atardecer, entre las plazas del segundo anillo, escuchó los nombres.
Y entonces supo dónde estaría.

La ceremonia era pública, pero no abierta.
Un acto simbólico entre nobles, rodeado de bardos contratados y templarios de mirada vacía.

Lefuan caminó entre los invitados con la torpeza medida de quien no desea parecer demasiado cómodo ni demasiado extraño.
Había cambiado de ropa: una túnica de tonos azul ceniza, un cinturón de cuero oscuro, botas limpias.
Nada noble.
Pero tampoco plebeyo.

Tarek lo había traído con una excusa sencilla:
"Necesitan manos para mover las ofrendas."

Y allí estaba.
Entre músicos y murmullos, entre ramas de olivo quemadas y hilos de incienso.
Sujetando una bandeja con un cuenco tallado en piedra volcánica.
No sabía para qué servía.

Solo que tenía que dejarlo a los pies del estrado, bajo la mirada de una joven cubierta con un velo blanco.

Irisel permanecía oculta en las sombras de un corredor lateral, apenas visible tras un pesado toldo colgante que filtraba la luz en franjas irregulares, teñidas de un rojo profundo como sangre oscurecida.

El aire estaba cargado, denso y expectante, prefería esperar, observar y comprender antes de actuar. Sin embargo, su mano reposaba con tensión contenida cerca de la empuñadura de su daga, lista para un movimiento que tal vez nunca llegaría.

Sus ojos, atentos y fríos, no perdían detalle.

La princesa alzó la mirada lentamente, como despertando de un sueño intranquilo.

Lefuan, en un gesto fugaz y silencioso, sostuvo su mirada.

No hubo reconocimiento en ese intercambio.

Ni sorpresa.

Pero sí... un eco sutil, una vibración invisible que atravesó el espacio entre ellos, como un recuerdo velado que apenas rozaba la superficie del presente.

En ese instante, sin el estruendo de luz ni trueno, el aire pareció hacerse leve, casi etéreo, como si el mundo mismo respirara por primera vez en días, liberando una tensión acumulada.

Irisel, pese a la urgencia de su deber y al pulso acelerado de su corazón, no intervino.

Se quedó allí, sombra silenciosa, testigo invisible de un momento suspendido entre el pasado y lo que aún estaba por venir.

Más tarde, cuando el cielo se cubría de un gris mineral, y la ceremonia se había dispersado en vino y canciones olvidables, Lefuan caminó junto a Tarek por los callejones de vuelta a la taberna.

Desde el tejado de una casa vacía, Irisel los seguía con la mirada.

La daga seguía envainada.

Pero su convicción comenzaba a agrietarse.

Y en su pecho, bajo la cicatriz que sellaba su voto a Assil, algo palpitaba con la forma vaga de una duda.

Naeliz, envuelta entre los hilos invisibles de lo no dicho, dejó escapar un suspiro apenas perceptible, como el roce tenue de una brisa entre hojas secas.

Las piezas del tablero comenzaban a rozarse, a encontrarse en un juego silencioso y antiguo.

Todavía ignoraban que eran jugadores en una partida que trascendía sus propios designios, que sus movimientos tejían una red que ninguno alcanzaba a comprender.

Era un suspiro cargado de presagio,

la calma tensa antes de que la tormenta revelara su verdadero rostro.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 1: *El festival — La ciudad enmascarada*

Tras una semana, Naorhal amanecía distinta.

La niebla que usualmente flotaba sobre los tejados no era hoy un estorbo, sino parte del rito.

Los comerciantes no vociferaban; recitaban.

Los niños no gritaban; reían entre susurros.

Los templos abrían no para rezar, sino para que cada vecino **encendiera su propia llama**.

La **Fiesta de las Luces** no era un día santo.

No celebraba una victoria, ni una coronación, ni la fundación de nada.

Celebraba lo que **nunca se dijo**.

El instante en que, según el mito, las dos lunas bajaron al mundo durante una noche de silencio absoluto,

y sus sombras **se miraron entre sí... sin comprenderse**.

De aquel encuentro, dijo la leyenda, nació el **destino**.

Y desde entonces, una vez cada paso completo de las lunas,
la ciudad se disfrazaba de sí misma.

Las calles se decoraban con miles de **velas flotantes**, pequeñas luces atrapadas en burbujas que navegaban por el aire como si buscaran a quién seguir.

Los balcones colgaban cintas de colores distintos:

rojo por el deseo,

verde por lo no dicho,

azul por la memoria de lo que aún no ocurrió.

Nadie llevaba su rostro descubierto.

Ni mendigo, ni noble.

Cada quien portaba una **máscara distinta**, y la tradición dictaba que **nadie podía hablar su propio nombre hasta que se apagaran las luces del último farol**.

Era la noche en que la identidad se rendía.

La noche en que los dioses **cerraban los ojos**.

Los preparativos llevaban días.

Los artesanos tallaban nuevos faroles de papel,

las cocineras llenaban urnas con sopa especiada y panes dulces con forma de luna creciente,

y los clérigos —sí, incluso los de Assil—

guardaban sus dogmas por una noche, sabiendo que el pueblo necesitaba celebrar lo que no entendía más que lo que podía adorar.

Desde lo alto, Naorhal parecía una constelación caída.

Los tejados brillaban con fuegos de mil tonos.

En los canales, barcos con luces de loto surcaban lentamente el agua turbia.

En las plazas, acróbatas y contadores de historias preparaban sus actos bajo los nudos de luz colgante.

Pero el corazón de la fiesta no estaba en los templos ni en las calles.
Estaba **en el anonimato compartido**.

Por una noche, nadie era quién debía ser.

En los barrios altos, donde los nobles aún fingían importar más que los símbolos,
la **reina Arihén** contemplaba la ciudad desde su torre.

No participaba.

Ya no.

Había una copa de vino sin tocar junto a ella.

Un pergamino enrollado con un decreto aún sin firmar.

Y una sola frase en su mente, repetida como un eco de infancia:

“Las luces se encienden para que las sombras bailen sin culpa.”

En la calle principal, los tambores resonaban como el pulso de la piedra misma.

Un ritual antiguo en ritmo nuevo.

Gente con máscaras de ciervo, cuervo, zorro, lechuza.

Rostros pintados con polvo de luna y pigmento mineral.

Las puertas del recinto estaban abiertas de par en par, como bocas antiguas que ya no pedían permiso.

Los juicios, al menos por esa noche, quedaban suspendidos entre susurros.

Las reglas, tan férreas durante el día, dormían como bestias aletargadas bajo el fulgor de las linternas colgantes.

Era la noche en que nadie debía ser visto.

Y por eso mismo... todos se veían.

Los rostros tras los velos.

Los gestos entre sombras.

Los secretos que brillaban más intensamente cuanto más intentaban ocultarse.

Entre ese mar de luces inciertas, perfumes dulces y máscaras que decían más que los labios,
un hombre caminaba.

Sin máscara.

Sin prisa.

Sin disfraz ni linaje que lo precediera.

Lefuan Lucius.

Aunque para ellos aún no era más que una figura sin historia,
un eco nuevo en un salón lleno de nombres antiguos.

No tenía legado que lo defendiera.

Ni escudo heráldico que anunciara su lugar.

Solo pasos.

Firmes, conscientes.

Y ojos.

Ojos que empezaban a cruzarse con otros,

a dejar una marca sutil en quienes, por un instante, lo miraban sin saber por qué no podían dejar de hacerlo.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 2: *La llegada de Lefuan — Un invitado sin máscara*

Lefuan cruzó la calle principal de Naorhal como quien atraviesa un sueño que no le pertenece.
Y era eso exactamente.

Un sueño ritual.

Una ilusión colectiva que, sin embargo, todos creían con más fuerza que a sus dioses.

La ciudad era un jardín de símbolos.

Las luces colgantes se balanceaban suavemente, proyectando reflejos ondulantes sobre las fachadas.
A cada paso, sonaban instrumentos de cuerda y viento: notas suaves, disonantes, de melodías que no buscaban armonía, sino **movimiento**.

La música no celebraba nada concreto.

Era más bien una memoria sin rostro, sostenida por la repetición.

Y él... sin máscara.

Avanzaba como una grieta en la perfección coreografiada del salón.

No había tela sobre su rostro,

ni símbolo que lo disfrazara de algo que no era.

Solo piel, mirada, y una presencia que no pedía lugar,

pero lo reclamaba igual.

La gente lo notaba, aunque fingieran no hacerlo.

Nadie lo miraba directamente.

No había dedos apuntando, ni cuchicheos abiertos.

Pero a su paso, los cuerpos se giraban un grado más de lo necesario,
como si la gravedad se viera alterada un instante.

Como si el aire, al rodearlo, cambiara de densidad.

Los rostros enmascarados —tan seguros detrás de sus sonrisas de cera y seda—
se detenían una fracción más de lo socialmente permitido.

Un pestañeo que no llegaba.

Una reverencia que olvidaba concluirse.

Algunos se apartaban sin darse cuenta,
como movidos por un instinto más antiguo que la cortesía.

Otros lo ignoraban con una rapidez torpe,
demasiado inmediata,
demasiado consciente.

Porque esa era la regla no escrita de la noche:
todos debían llevar algo que los ocultara.

Una máscara. Una excusa.

Y Lefuan no llevaba nada.

Caminaba despojado, como si su rostro desnudo fuera en sí mismo un acto de violencia sagrada,
una negación del juego...
o una invitación a cambiar las reglas.

Sus ropas no eran nobles ni andrajosas. No brillaban con el lujo de los hijos del oro, ni colgaban con el peso sucio de los olvidados. Eran funcionales. Silenciosas.

Una capa gris oscura que ya había perdido el color en los bordes, como si el tiempo la hubiera besado con ceniza. El dobladillo estaba gastado, no por negligencia, sino por distancia recorrida. Camisa de lino endurecido por el polvo del viaje.

Llevaba una camisa de lino crudo, endurecida por el polvo seco de muchos viajes.

No había bordado. No había broche. Solo una tela que ya no podía llamarse nueva.

Y bajo el pliegue de la capa, asomaban unas botas de suela extraña, ni de cuero ni de metal, fabricadas con una intención que no pertenecía del todo a este mundo.

Eran como él: sólidas, ajenas, y con la huella de otro tiempo.

Y sus ojos... **demasiado despiertos.**

No vagaban sin rumbo.

No titubeaban ante las luces y los rostros ocultos.

No exploraban como quien recién llega, ni se maravillaban como un visitante.

Tampoco jugaban.

Miraban. Directos. Serenos.

Como si cada imagen que cruzaba su campo de visión quedara archivada en piedra.

Como si midiera distancias, ángulos, rutas de escape y flaquezas humanas.

Como si el mundo mismo —con sus máscaras, su música y sus reglas— no fuera más que una amenaza latente.

Un juego cuyo final ya conocía.

Se detuvo frente a un puesto pequeño, apartado, apenas iluminado por los propios objetos que ofrecía.

Faroles artesanales colgaban de cuerdas irregulares, oscilando levemente como si respiraran.

Eran esferas de cristal imperfecto, selladas con hilos de cobre retorcido.

Dentro de cada una, una llama vivía atrapada —algunas titilaban, otras giraban lentamente como si buscaran una salida.

El fuego tenía colores distintos: azul pálido, ámbar sucio, carmesí profundo, incluso una que ardía en un blanco casi doloroso.

Tras la mesa de madera desgastada, una anciana encorvada se mantenía inmóvil.

Llevaba una máscara de pájaro, el pico largo y agrietado por el uso.

Sus manos eran finas como raíces viejas, y olían a cera derretida y memoria.

—¿Deseas uno? —dijo, con voz rasposa, como ramas secas al quebrarse—.

Uno por deseo, dos por promesa... tres por secreto.

Lefuan la miró por un momento, sin responder.

Luego sus ojos se posaron en los faroles,

como si tratara de escuchar lo que las llamas querían decirle.

—¿Y qué ocurre —preguntó al fin— si no tengo ninguno?

La anciana parpadeó lentamente.

Debajo de la máscara de pájaro, su boca se curvó en una sonrisa cansada, más sabia que amable.

—Entonces estás vacío... o lleno.

Lo sabrás al final de la noche.

Él no tomó nada.

Solo asintió con un gesto que era más una despedida que una respuesta, y continuó caminando entre la muchedumbre.

Las calles comenzaban a angostarse por tramos, como si la ciudad respirara con dificultad. Los cuerpos se veían obligados a rozarse, los perfumes se mezclaban, las palabras se diluían en un murmullo espeso.

Pasó junto a un grupo de niños disfrazados de zorros, con capas rojas y antifaces de tela. Saltaban y reían como si fueran pequeños espíritus del bosque, lanzando puñados de pétalos al aire como si bendijeran cada paso.

Uno de ellos, más pequeño que los demás, se detuvo de pronto frente a Lefuan. Tenía las mejillas pintadas de blanco, y ojos que no eran de juego.

Lo miró en silencio.

Luego alzó una flor pálida, temblorosa entre sus dedos, y se la ofreció sin decir palabra.

Lefuan la aceptó. No sonrió. No agradeció.

Solo la sostuvo un instante en la mano, como si su peso fuera mayor de lo que parecía.

Cuando el niño regresó corriendo con los suyos,

una de las niñas le preguntó algo al oído.

Él se encogió de hombros, y mientras se alejaban, el viento arrastró apenas un murmullo que Lefuan no escuchó, pero la noche sí:

—Olía a sueño... pero no de los nuestros.

En una glorieta cubierta de tela roja, un grupo de músicos afinaba sus instrumentos mientras acróbatas se balanceaban en sogas invisibles entre los balcones.

Máscaras de lobo, de ciervo, de cabra, de mariposa.

Ritmos sin medida. Risas que se apagaban apenas pronunciadas. Un sueño compartido.

Y Lefuan, caminando sin disfraz, era **una fisura en la ilusión.**

Desde una terraza elevada, entre cortinas de seda que ondulaban con la brisa cálida, un par de nobles lo observaban con disimulo.

Uno de ellos, joven, con el rostro apenas sombreado por su máscara de cristal oscuro, murmuró:

—Ese no lleva marca. ¿Lo ves?

El otro entrecerró los ojos, inclinándose apenas sobre la baranda de piedra.

—¿Crees que es extranjero?

—¿Y si es uno de los cinco?

—No... —dijo el segundo, con voz más baja aún—. Los cinco no se mostrarían aún. No así.

El primero asintió lentamente, pero no dejó de mirar.

Su tono cambió, volviéndose casi reverente:

—O tal vez —dijo el primero, mirando con atención—, es el fuego antes del relámpago.

Y mientras los rumores empezaban a brotar como gotas de tinta en agua clara, él seguía avanzando. Ajeno. Pero no del todo.

Como si **supiera que el mundo giraba en torno a un núcleo que aún no había tocado.**

A lo lejos, en otra calle en curva, una joven con capa blanca y máscara de cuervo caminaba en dirección opuesta. No con prisa. Pero sí con dirección.

La seguía una figura esbelta, felina, de ojos plateados.

Y cuando las luces de ambas calles se cruzaron...

también lo hicieron sus destinos.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 3: *Luana en la multitud — Princesa sin título*

Luana caminaba entre la gente como si flotara.

No por gracia heredada ni adiestramiento cortesano.

Sino por algo más simple: **conocimiento**.

Conocía a su pueblo. Sus calles, sus fiestas, sus rutinas.

Sabía dónde se formaban los remolinos de niños, dónde los músicos improvisaban armonías sobre callejones rotos, dónde los ladrones eran románticos y los mendigos sabios.

Y esa noche, era solo **una sombra blanca entre luces múltiples**.

Vestía una capa sencilla, de lino bordado con hilos de plata apagada.

Sobre el rostro, una máscara de cuervo —una de las más respetadas del festival.

Los antiguos decían que el cuervo era el único animal que recordaba sus sueños.

Y que traía palabras del mundo que viene después.

A su lado, como siempre, caminaba **Goucha**.

Alta, de movimientos suaves y pasos elásticos.

Sus ojos —felinos, plateados, atentos— absorbían cada gesto del entorno.

Llevaba el rostro descubierto, como correspondía a una gou vinculada.

Los que sabían ver la reconocían, pero no se atrevían a nombrarla.

Porque nombrarla sería nombrar a quien la llevaba en vínculo.

Y eso, en la Fiesta de las Luces, estaba **prohibido**.

Luana no hablaba. Solo observaba.

Estaba quieta, pero no ausente.

Sus ojos recorrían cada rincón del festival como si intentaran memorizarlo todo antes de que se deshiciera con el alba.

Los aromas la envolvían como un manto cálido y lleno de memorias que no sabía si eran suyas:

pan de raíz dulce, horneado en brasas con pétalos confitados;

carne de ave adobada con especias que ardían apenas al respirarlas;

vapor de hierbas amargas, que subía desde pequeñas teteras ceremoniales y dejaba en el aire un susurro de bosque y despedida.

Los sonidos flotaban a su alrededor, acariciándole los oídos como dedos invisibles:

cítaras de cuerda tensa, flautas talladas en hueso ancestral, tambores de agua que palpitaban desde callejones ocultos.

Cantos sin palabras se alzaban desde los tejados, mezclándose con el zumbido de los faroles al arder.

Pero lo que más sentía eran los **colores**.

Todo brillaba. No por la luz... sino por la intención.

Vestidos tejidos con reflejos, máscaras de seda bordada con hilos de luna, confetis de hojas doradas que caían como nieve templada.

Y en medio de esa sinfonía de sensaciones, Luana respiró hondo.

La ciudad estaba viva. No como palacio. No como reino. Sino como cuerpo.
Como un ser que esa noche recordaba que podía latir sin mandato, sin miedo.

Y por unas horas, quizás las únicas en mucho tiempo, ella no era princesa.
No era promesa.
No era figura ni futuro.

Solo parte de ese cuerpo.
Solo piel dentro de la piel de Naorhal.
Solo una mujer...
que pertenecía.

**Goucha habló por primera vez tras más de media hora de andar.
Su voz era baja, casi respetuosa con el silencio que habían compartido.**

—Te miran menos este año —dijo.
No era sarcasmo. Solo precisión.

Luana asintió despacio, sin necesidad de ocultar el acuerdo.

—Eso es bueno.

—¿No extrañas que te reconozcan?

Ella sonrió bajo la máscara —una pieza sencilla, de marfil pintado con tinta azul—
una sonrisa real, aunque nadie pudiera verla.

—Hoy no —respondió.

Siguieron caminando. Las calles se estrechaban como gargantas de piedra, y los sonidos del festival quedaban a veces atrás, a veces se arremolinaban como si buscaran alcanzarlos.
Pasaron bajo un arco tejido con hiedra seca y cintas rojas, y al girar por una calle angosta, emergieron de pronto en la plaza lateral de los Talladores.

Allí, el mundo parecía suspendido en un instante que no pertenecía al resto de la ciudad.

El suelo estaba cubierto de pétalos secos —rosas, lilas, hierbas deshojadas— que crujían con cada paso como memoria marchita.

Sobre sus cabezas, decenas de lámparas colgaban de hilos cruzados, formando una red de luz blanda, como si las estrellas hubieran bajado solo para presenciar algo.

El aire olía a madera tallada, a cera templada, a promesas que ya nadie recuerda pero aún flotan.

Y allí, sin buscarlo, lo vio.

No como se ve a alguien entre la multitud.

Lo vio como se reconoce un símbolo en medio del ruido:
claro, inevitable.

Como si siempre hubiera estado ahí, esperando.

Él estaba quieto, apartado del flujo de la plaza, junto a una antigua fuente cerrada por una reja de hierro negro forjado.

El agua ya no corría —hacía años que la habían sellado—, pero el cuenco de piedra aún retenía humedad, y las hojas caídas formaban círculos imperfectos en su interior.

No hacía nada. No hablaba con nadie.

Solo estaba allí, como si la ciudad hubiera girado a su alrededor sin notarlo.

La luz de las lámparas colgantes se quebraba en su mirada, y aun así, sus ojos no parecían reflejarla.
Miraba hacia lo alto, hacia las redes de faroles, como si buscara entender un patrón invisible entre las llamas suspendidas. Como si no perteneciera del todo a esa realidad.

Como si estuviera comprobando que seguían ahí.

No llevaba máscara. No la necesitaba. Y no era una provocación... sino una omisión, deliberada o inconsciente, que lo hacía aún más ajeno al ritual de todos los demás.

Pero lo que más desconcertaba no era su rostro descubierto. Era la sensación de que, incluso sin ocultarse, era más ilegible que todos los enmascarados juntos. Como si su presencia emitiera una frecuencia distinta, apenas perceptible... pero imposible de ignorar.

Goucha lo sintió al instante. Sus orejas se movieron levemente. Sus ojos, entrenados en el silencio emocional de Luana, buscaron señales que no encontraron.

No lo miró directamente, pero se tensó de forma casi imperceptible. Los dedos se le cerraron un poco más en el bastón. Y su voz, cuando habló, fue más grave, casi ronca:

—Ese... no está aquí para celebrar.

Luana se detuvo. No por sorpresa, ni por duda. Sino porque su cuerpo reaccionó antes que su mente, frenando como si reconociera una sombra familiar.

—¿Lo conoces? —preguntó Goucha en un susurro, apenas rompiendo el silencio que los envolvía.

—No —respondió Luana, con voz suave—. Pero creo... que sí.

Durante unos segundos, el mundo pareció **detener su rotación**.

No por magia. Ni por hechizo ni por milagro, Sino porque **la coincidencia perfecta** exacta de dos destinos es una fuerza que ni el tiempo se atreve a desoír.

Cuando los ojos de Lefuan se alzaron y se encontraron con los suyos, no hubo relámpagos, ni ráfagas de viento, ni música dramática que anunciara un cambio.

Solo hubo **una pausa**.

Una pausa densa, profunda, esa clase de silencio que presagia todas las historias que realmente importan.

Luana no dio un paso adelante.

No todavía.

Pero algo dentro de ella **ya había dado el primer paso, ya se había movido**.

Y Goucha... lo sintió con claridad...

Goucha lo supo.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 4: *El gesto — La ofrenda de luz*

El silencio ceremonial cayó con una sincronía sobrecogedora.

La ciudad entera, por unos minutos, dejó de respirar.

Las campanas del templo bajo —tres notas graves, una aguda, otra grave— marcaron el inicio del ritual central.

La gente se reunió en torno a la **Columna del Recuerdo**, un monumento de piedra lisa que emergía desde el centro de la plaza como un hueso de la tierra.

En su cima, un cuenco vacío, esperando recibir las ofrendas de fuego.

La tradición era clara:

cada ciudadano debía colocar una **vela ritual**, encendida con fuego tomado de su hogar.

Un fuego que llevaba el calor de la memoria, la esencia del lugar donde habían nacido y crecido.

Un fuego propio, familiar, íntimo, que contenía en su llama el latido invisible de sus vidas, sus alegrías y sus pérdidas.

Así, en esa noche sagrada, la ciudad recordaba quiénes eran, de dónde venían, y qué habían vivido.

Pero Lefuan no lo sabía. Nadie se lo había explicado.

Y aunque se lo hubieran dicho, tal vez no habría logrado comprender.

Los asistentes avanzaban en fila, lenta y silenciosamente, como un río de sombras iluminado por pequeñas luces titilantes.

Las máscaras ocultaban sus rostros, pero no lograban disimular los gestos que delataban las emociones.

Un niño tembloroso ofrecía su vela, con lágrimas que reflejaban la luz como diminutos cristales rotos.

Un anciano sostenía la suya con manos arrugadas y temblorosas, como si fuese lo único que aún le quedara para sostener.

Una pareja compartía la llama entre sus dedos entrelazados, un pequeño pacto sellado en cera y luz, frágil pero eterno.

La ceremonia era íntima, solemne, un susurro colectivo que traspasaba palabras.

Y todos la honraban con respeto, con la gravedad de lo sagrado. Y todos la honraban sin palabras.

Todos... menos uno.

Lefuan se acercó al altar, sin haberse colocado en la fila. Nadie se atrevió a detenerlo.

No porque lo reconocieran, sino porque su presencia **desestabilizaba las formas**.

Tenía en la mano algo que no era una vela.

Una **ramita seca** que había recogido horas antes, al salir del templo-palacio, cuando aún no sabía que cada gesto sería interpretado como un símbolo.

La sostuvo entre los dedos.

La prendió con una llama improvisada —una chispa que brotó entre dos uñas frotadas en un gesto mágico. El fuego no era dorado. Era **azulado**. Breve. Vivo. Fugaz.

Y lo depositó en el cuenco sagrado. Sin reverencia. Sin rezo. Solo con una expresión ausente.

Y se alejó. Un murmullo recorrió la plaza. No escándalo. No furia.

Sino algo peor para una ciudad de tradición: **incomprensión**.

Luana lo observaba desde el otro extremo de la plaza, pero en realidad llevaba vigilándolo en silencio desde el instante en que lo había visto por primera vez, junto a la verja de hierro forjado que protegía la fuente sellada.

Oculto entre los bailarines que giraban en la rueda ceremonial, sus ojos escudriñaban cada movimiento, cada gesto, cada sombra que lo rodeaba, sin perder detalle.

A su lado, Goucha contenía el aliento, como si respirar fuera un acto demasiado ruidoso para aquel instante sagrado.

—No... —susurró, apenas audible—. No sabe lo que está haciendo.

Luana no respondió.

No apartó la mirada de él.

Porque en ese momento, más que nunca, él era real.

No era arrogancia lo que guiaba sus pasos, ni desprecio por el rito que tantos veneraban.

Era simplemente eso que algunos sabios llaman libertad esencial:

el poder de actuar sin miedo a las costumbres, porque se desconoce su cárcel.

Y lo que Luana sintió no fue admiración, ni sorpresa, ni siquiera alarma.

Fue algo más profundo, más callado, más íntimo.

Y Goucha, cuyo espíritu estaba anudado al de Luana, lo sintió también, como una corriente invisible que emergía desde lo desconocido y se alojaba pesado, punzante, entre sus costillas.

Porque ese gesto, ese fuego azul que Lefuan portaba sin pedir permiso, no había sido un insulto.

Había sido una ofrenda real.

No tradicional.

No autorizada.

Pero tan profundamente verdadera que estremecía el alma.

Y eso, en Naorhal...

era un peligro mayor que la más cruel de las traiciones.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 5: *El encuentro — Fuego compartido*

El bullicio de la plaza había retomado su curso, como si el gesto de Lefuan hubiera sido asimilado por la ciudad con la misma facilidad con la que olvida lo que la incomoda.

Las luces titilaban y danzaban al ritmo de las sombras otra vez..

Los músicos afinaban sus instrumentos, tejiendo melodías circulares que llenaban el aire de promesas invisibles.

El aroma del vino especiado se mezclaba con risas y susurros, fluyendo libremente como un río indómito.

Pero para Luana, el festival ya había cambiado.

Ella lo había seguido, y Goucha a su lado.

Sus pies, envueltos en sandalias de cuero suave, se deslizaban entre los pliegues de la multitud.

A su lado, **Goucha** la seguía en silencio, cada paso contenido, cada mirada tensa.

Sabía que no podía detenerla.

Pero más aún, comprendía —en lo más hondo— que no debía hacerlo.

Porque había en su andar una certeza antigua,

la clase de impulso que no se frena sin torcer el curso de lo inevitable.

Lefuan había tomado una calle lateral, estrecha y mal iluminada, donde las piedras del suelo parecían susurrar recuerdos y la música se convertía en un eco lejano, distorsionado por la humedad de los muros antiguos.

No huía. Solo buscaba un rincón de aire sin ojos, un fragmento de noche sin vigilancia.

Y allí, bajo una guirnalda de **fuegoflor** —esas enredaderas sagradas que ardían sin consumir, resplandeciendo como brasas suspendidas en el tiempo—, la vio.

No la esperó. No la llamó. Solo la reconoció.

Como se reconoce el reflejo de una ausencia compartida.

Como alguien que, como él, buscaba sombra...

no para esconderse, sino para respirar.

Ella se detuvo a tres pasos de él. La capa blanca aún la envolvía como un pliegue de luna.

La máscara de cuervo ocultaba su rostro, pero sus ojos —ocultos o no— parecían atravesar la penumbra.

Las guirnaldas de fuegoflor ardían sobre sus cabezas, arrojando reflejos cálidos sobre la piedra mojada, como si cada chispa contuviera una palabra no dicha.

Cuando Luana habló, su voz fue firme, clara, sin prisa.

Como si ya lo conociera. **No necesitó presentación.**

—No llevas máscara.

Lefuan alzó la mirada. Sus ojos no tenían miedo. Tampoco curiosidad.

Solo la calma de quien ya ha estado en demasiados lugares... y en ninguno al mismo tiempo.

—Tampoco me disfrazo bien —respondió con sencillez.

Luana ladeó apenas la cabeza, como si sus palabras la hubieran descolocado... o interesado.

Pero no se movió.

—Aquí no disfrazarse es la forma más rara de esconderse —dijo ella.

Él la miró de nuevo. Esta vez más largo.

Sus ojos, oscuros pero nítidos, se alzaron hacia las flores encendidas que titilaban sobre ellos. Parecían flotar. Como pensamientos que aún no decidían si volverse verdad.

—¿Y si no quiero esconderme?

—Entonces eres el único —respondió ella, casi en un susurro.

Lefuan bajó la vista. No por duda. Sino como quien marca el peso de una elección.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Vienes aquí para esconderte... o para que no te encuentren?

Por un momento, el silencio fue más fuerte que la música lejana.

La fiesta seguía. La ciudad giraba. Pero allí, bajo esa luz temblorosa, había una grieta.

Luana no respondió de inmediato.

Sus labios se movieron apenas,
como si las palabras hubieran aprendido a dudar.

—No lo sé aún —dijo al fin—. Tal vez vine a recordar algo...
...o a perderlo del todo.

Luana miró hacia la plaza.

Las luces danzaban suspendidas entre hilos invisibles,
como si flotaran en el recuerdo de una ciudad que aún no sabía si despertar o seguir soñando.
Desde allí, el mundo parecía más lejano. Más frágil.
Como una historia que se repite cada año sin saber por qué.

—A veces —dijo, sin volver la mirada aún—.

Pero más que esconderme... me gusta ver sin ser vista.

Su voz era tranquila, como agua sobre piedra antigua, pero tenía una carga que Lefuan no supo medir del todo. No era evasiva. Era precisa.

Él giró levemente hacia ella. El fulgor de las fuegoflor se reflejaba en los bordes de su capa. Parecía envuelta en un resplandor que no venía de fuera, sino de algo que dormía justo debajo de la piel.

—¿Y qué ves —preguntó él, sin retórica—
cuando nadie sabe quién eres?

Luana lo miró entonces.

No movió el cuerpo.

Solo la cabeza, apenas.

Y los ojos tras la máscara de cuervo se clavaron en los suyos,
como si ya lo hubieran hecho antes, en otro tiempo, en otro rostro.
Lo evaluaron. No con dureza. Con reconocimiento.

Y luego respondió, con voz más baja, como si la confesión necesitara ese tono:

—Veo quiénes mienten mejor cuando creen que nadie los observa.
Y quiénes, como tú...

Hubo una pausa. Una que no era duda, sino contención. Y entonces:

—...no saben mentir en absoluto.

Él no respondió enseguida. Solo parpadeó. Y por primera vez en muchas horas, sonrió.

No una sonrisa grande, ni de defensa. Una sonrisa leve, íntima.

Un gesto leve. Real. Como si algo dentro de él recordara cómo hacerlo.

Como quien encuentra, al fin, una grieta amable en la muralla de una noche ajena.

Lefuan asintió, una vez.

Y sin mirarse más, permanecieron allí, de pie, como dos notas en el borde de una canción que aún no había comenzado.

Luana sonrió. El silencio entre ellos no era incómodo.

Era denso, como una manta tendida sobre algo frágil.

Goucha, más atrás, se mantenía de pie con los brazos cruzados, los ojos clavados en Lefuan.

No con hostilidad. Ni siquiera con sospecha. **Con cautela.**

Era raro ver a Luana hablar con un desconocido. Raro... pero no imposible.

Y sin embargo, ahí estaba.

De pie frente a él, como si el resto de la plaza hubiera dejado de importar por unos instantes.

Luana dio un paso más cerca. No fue brusco ni suave. Él no retrocedió.

La distancia entre ambos era ahora apenas la que deja el respeto... o la tensión.

—¿Tienes algo que ofrecer esta noche? —preguntó ella.

Él tardó un segundo en contestar.

—No vine a ofrecer —dijo finalmente, con tono calmo—. Vine a entender.

Luana ladeó ligeramente la cabeza, como quien gira una llave invisible en el aire.

La llama de una de las fuegoflor osciló sobre ellos, teñida de un azul más pálido.

—¿Y has entendido algo? —susurró.

Él la miró entonces, directamente. Sin arrogancia. Sin defensa.

—Sí —dijo— Que lo que brilla en exceso... normalmente teme a su sombra.

Luana se quedó en silencio. Pero algo en su máscara pareció tensarse.

Goucha, desde su rincón, no se movió. Pero tragó saliva.

—Entonces sabrás caminar aquí —dijo ella, tras escucharlo.

Su voz no llevaba juicio ni burla. Era apenas un hilo de certeza.

Luego, giró con naturalidad y comenzó a alejarse entre los destellos dorados del festival.

Lefuan la siguió con la mirada, como quien intenta retener una figura que ya se disuelve en el sueño.

—¿No me dirás tu nombre? —preguntó, antes de que su silueta se perdiera por completo entre la multitud.

Ella se detuvo apenas. No se giró, pero su voz flotó hacia él entre faroles suspendidos.

—Hoy no. Mañana... tal vez. Si me recuerdas sin máscara.

Y sin más, se fundió entre los pliegues ondulantes del festival, como si su capa blanca hubiera sido otra llama efímera de la noche.

Lefuan quedó inmóvil un momento, observando la dirección por la que se fue.

Fue entonces cuando Goucha pasó junto a él. No dijo palabra. Tampoco se detuvo.

Pero al cruzarse, sus ojos se encontraron, sin dramatismo, sin desafío. **No hubo juicio.**

Y en esa mirada, no hubo desdén. Ni aprobación. Solo una advertencia muda.

La clase de advertencia que no amenaza: constata. Fue apenas un segundo, pero bastó.

Como si algo ancestral —más antiguo que ambos, más sabio que el lenguaje— hubiera asentido desde lo hondo de la historia. Y luego, Goucha también desapareció.

Y Lefuan, por primera vez esa noche, sintió que el mundo... había tomado nota.

♦ Capítulo 2 – La Fiesta de las Luces

Subcapítulo 6: *El acto — La consumación silenciosa*

El festival seguía ardiendo en las calles como una fogata sin centro.

Las luces colgantes danzaban entre canciones cada vez más desordenadas.

El vino quemaba más la garganta, dejando un sabor áspero que despertaba recuerdos olvidados.

Las máscaras, al borde del olvido, resbalaban de los rostros con movimientos torpes y miradas que ya no podían sostenerse.

Los bailes perdían ritmo, transformándose en pasos lentos y pesados, cuerpos que se rozaban con una cercanía incómoda, casi desesperada, como si el aire entre ellos se espesara con secretos no confesados.

Y lejos de todo eso, en los **jardines laterales del palacio de cristal**, donde las luciérnagas no eran decorativas sino salvajes, **Luana volvía a buscarlo**.

Goucha la había seguido hasta el umbral del pasillo de arbustos.

Luego se detuvo.

—¿Estás segura? —preguntó con la voz más baja que su aliento.

Luana no respondió.

Solo caminó.

Lefuan descansaba recostado sobre un banco de piedra frío, bajo un árbol cuyas hojas, teñidas de rojo y carmesí, susurraban con la brisa nocturna.

El cielo oscuro se desplegaba sobre él, y las dos lunas, en su lenta y eterna danza celeste, proyectaban sombras paralelas que bailaban sobre el césped aún húmedo por el rocío.

El aire llevaba un aroma a tierra mojada y a hojas secas, mezclado con la sutil fragancia de las flores nocturnas que apenas se atrevía a despertar.

Ella apareció sin hacer ruido, como un suspiro que se cuela entre los pliegues del viento.

No pronunció palabra alguna.

Con movimientos suaves, se deslizó a su lado, quitándose primero la capa que la envolvía, dejando caer la tela con delicadeza.

Luego, lentamente, se desprendió de la máscara que ocultaba su rostro, revelando una expresión que parecía fundirse con la penumbra.

Sin un gesto, se sentó junto a él, tan cerca que sus hombros rozaron, y ese contacto, leve pero tangible, rompió la distancia que parecía haberlo separado del mundo.

Lefuan giró la cabeza despacio, como si quisiera retener cada detalle, cada sombra y cada línea de su rostro iluminado por la luz lunar.

La vio. Realmente la vio.

Y en ese instante, por primera vez desde que había llegado a este lugar extraño, el peso de la extranjería se deshizo. **No se sintió un extraño.**

No era un intruso. No estaba perdido.

Era alguien que había encontrado un fragmento de hogar.

Luana extendió su mano con una firmeza serena, sin una pizca de duda o vacilación.

Sus dedos envolvieron los de Lefuan con una suavidad decidida, como si marcaran un límite invisible que ya no podría cruzarse.

Con paso lento y deliberado, condujo aquella mano hasta su rostro, dejando que el roce de la piel despertara una chispa apenas contenida.

Después, descendió hacia su cuello, donde la piel parecía tan frágil como un suspiro atrapado. Finalmente, posó su mano sobre su pecho, justo en el lugar donde el corazón latía con un ritmo profundo y misterioso, una cadencia secreta que ninguno de los dos había escuchado antes pero que ahora resonaba entre ambos.

No hubo invitación en aquel gesto.

No hubo súplica ni necesidad.

Solo una certeza compartida, una afirmación silenciosa que no requería palabras:

—Aquí. Ahora. Sin máscaras.

Lefuan se inclinó hacia ella, como si respondiera a una llamada interior que lo atraía sin remedio.

Sus labios se rozaron con la delicadeza de dos piezas que parecían hechas para encajar en ese preciso instante, bajo aquella luz tenue y cómplice, cargada del peso invisible de una historia que apenas comenzaba a escribirse.

Sus cuerpos, aún ajenos a sus propios lenguajes, aprendieron a comunicarse sin errores esa noche.

Bajo la doble luna, con las estatuas de piedra como silenciosos testigos, sellaron su encuentro con un beso profundo y cálido, como si por un momento el mundo entero se hubiera desvanecido alrededor de ellos.

La consumación fue un acto silencioso.

Sin palabras pronunciadas.

Sin promesas hechas.

Sin nombres que definir lo que acababa de suceder.

Sus cuerpos se entrelazaron sobre la hierba fría,

entre ramas que crujían por el roce de la piel y hojas que caían sin que nadie las notara.

En la intimidad que siguió, Lefuan notó un tercer par de ojos que los observaba con discreción... no desde la maleza, sino desde la sombra de la propia muchacha.

Una silueta femenina, de orejas puntiagudas y cola flexible, aguardaba sentada en una posición de respeto. No llevaba máscara. Su piel era pálida, sus ojos felinos. Y aunque su cuerpo era hermoso, su actitud no era la de una amante ni de una sirvienta.

Era la misma felina con la que había cruzado miradas fugaces durante la fiesta, aquella presencia que se había quedado grabada en su memoria como un destello en la penumbra.

—¿Quién es ella? —preguntó Lefuan, aún desnudo, cubierto por la túnica ligera de la princesa.

La joven rió suavemente, sin esconderse más.

—Ella es mi *gou*. Se llama **Goucha**. Un regalo cuando cumplí doce años. Está conmigo desde entonces.

—¿Un regalo? —repitió, con incredulidad.

—Las *gou* nacen para formar vínculos. Son... especiales. No esclavas, pero tampoco libres. No como ustedes lo entenderían.

Goucha se acercó lentamente, y en ese instante Lefuan sintió algo extraño: una especie de **eco emocional**, como si la excitación de la princesa la envolviera, amplificada desde otro cuerpo.

—Comparten emociones... —murmuró.

Luana asintió.

—Las gou son el alma dividida en dos. Desde niñas, se unen primero con nosotras, las mujeres, en un vínculo sagrado. Son nuestras protectoras, guardianas por un pacto más fuerte que cualquier lealtad sellada. El hombre viene después, si ambas lo aceptan. Los matrimonios verdaderos son tríadas: una mujer, su gou, y un hombre digno de ambas.

—¿Y si no lo es? —preguntó Lefuan, con una sombra de duda en la voz.

—Entonces ninguna lo acepta —respondió ella con calma, firme como una roca inamovible.

Lefuan guardó silencio. Las palabras flotaban en el aire denso de la noche, mezclándose con el murmullo lejano del festival. El mundo que ella describía era ajeno y complejo, un entramado de votos y vínculos que le costaba descifrar. Pero él también era extraño en esa tierra, un elemento fuera de lugar, un viajero que aún buscaba su sitio.

Esa noche fue algo más que pasión compartida. Fue la siembra silenciosa de una historia que ninguno de los dos comprendía todavía, pero que ya comenzaba a enredarse en sus almas, trazando un destino tejido en hilos invisibles.

El mundo siguió girando, implacable y ajeno a las pequeñas revoluciones que sucedían en su seno. Naorhal, con sus calles viejas y secretos profundos, no se rindió ante la quietud que parecía querer atraparla. Pero el destino, ese tirano invisible, hizo una pausa. Naeliz, eterna tejedora de ciclos, detuvo su mano por un instante fugaz.

En los hilos invisibles que tejían el futuro, una hebra comenzó a brillar con un calor nuevo, casi como un suspiro olvidado que despertaba después de siglos dormido.

Cuando la tormenta de aquella noche se calmó, Luana se levantó con una calma contenida, sus movimientos eran silenciosos, llenos de una fuerza contenida y sutil. No miró atrás, no necesitaba hacerlo. Se vistió con la misma delicadeza con la que se guarda un secreto precioso, recogió su máscara con cuidado, y la colocó sobre su rostro, cubriendo la verdad que había dejado al descubierto.

Sus palabras, dichas sin volverse, se desvanecieron en el aire pesado del jardín:

—No preguntes quién soy.

Solo recuerda cómo te sentiste esta noche.

Con ese adiós, se internó en las sombras del jardín, dejando tras de sí un rastro de aroma extraño, de una flor que no existía en ningún mapa ni memoria, pero que se quedó grabada en la piel de Lefuan, impregnada en su alma como un recuerdo indeleble.

Él no intentó detenerla. No buscaba respuestas que aún no podían ser desveladas. Cerró los ojos, y por primera vez desde que había llegado a este mundo extraño, una sonrisa sincera se dibujó en su rostro. Porque esa noche, no había sido un extraño, ni un intruso.

Había sido un hombre.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 1: *Ecos del día anterior — Rumores bajo la luz rota*

Naorhal despertó envuelta en una mezcla extraña de suciedad y belleza, silenciosa como un suspiro contenido. La Fiesta de las Luces, con todo su esplendor y furor, había concluido apenas unas horas atrás, pero sus rastros persistían en cada rincón, como un sueño que se resiste a desvanecerse. En las plazas, los faroles apagados colgaban, caídos y rendidos, balanceándose ligeramente con la brisa tenue de la madrugada, como cuerpos exhaustos tras la batalla.

Las calles llevaban todavía el aroma de la cera derretida que había iluminado las noches, mezclado con el dulzor agrio de frutas fermentadas que languidecían en los puestos abandonados y con el incienso barato que se mantenía flotando en el aire, intangible, como un espectro amable que se niega a marcharse. Sobre los charcos formados por el rocío y las lluvias pasajeras, las máscaras caídas yacen dispersas, como rostros sin dueño, mudos testigos de las identidades temporales que la noche había cobijado.

Los pétalos secos, esparcidos en capas irregulares sobre el suelo, crujían bajo los pasos medidos y cansados de los primeros trabajadores que regresaban a sus labores, intentando devolverle el orden a la ciudad tras la catarsis colectiva. Era la mañana que seguía al olvido ritual, al descanso sagrado después del fervor.

Y sin embargo, en medio de esa calma engañosa, algo permanecía intacto. Algo que la ciudad aún no se atrevía a nombrar, una sombra persistente en la memoria de aquel amanecer, un susurro escondido en el viento que prometía que nada, ni siquiera el olvido, podría borrar del todo.

En el bullicioso mercado del Puente de las Carpas, tres mercaderes se apiñaban entre montones de especias y telas, sus voces bajas y urgentes resonaban con la fuerza de un secreto compartido:

—Yo lo vi con mis propios ojos —aseguró uno, frunciendo el ceño—. No llevaba máscara alguna. Caminaba como si fuera el único verdadero en medio de la multitud.

—¿Y la mujer de blanco? —intervino otro, bajando la voz—. ¿La que desapareció con él entre los jardines, sin miedo ni prisa?

—Dicen que... —la tercera voz se quebró en un susurro apenas audible, dejando el misterio flotando en el aire, como humo que se escapa entre los dedos.

En los corredores silenciosos y frescos del Templo de Assil, dos acólitos se movían en una danza ritual mientras trapeaban el suelo de piedra pulida. Sus palabras eran un eco apagado bajo la cúpula sagrada:

—La suma invocadora no ha regresado desde anoche —murmuró el más joven, sus manos deteniéndose un instante.

—¿Crees que fue él? —preguntó el otro con una mezcla de duda y temor—. ¿El que estuvo en el altar?

—Nadie se esfuma así. Ni siquiera un invocado desaparece sin dejar rastro... a menos que no haya sido invocado del todo —respondió el mayor, con un dejo de inquietud que cortaba el aire frío del templo.

Mientras tanto, en la imponente sala norte del Palacio de Cristal, donde la luz se fragmentaba en destellos sobre las superficies pulidas y donde los miembros del círculo íntimo de la reina Arihén se reunían en susurros cargados de poder, los rumores se hacían más concretos y peligrosos:

—Luana no pasó la noche en sus aposentos —informó una voz baja pero firme.

—¿Estás seguro? —preguntó otro, mirando a su alrededor con cautela.
—Goucha regresó sola —continuó, con la sombra de un secreto inconfesable—. Y no respondió a ninguna pregunta.
—Entonces es cierto —musitó alguien más, con un peso que hacía temblar el silencio—.
—¿Qué es cierto? —preguntó alguien al borde del susurro.
—Que ese forastero no es solo un problema mágico. Es un problema político. Uno que podría desgarrar todo lo que conocemos.

Lefuan avanzaba por las calles de Naorhal con una indiferencia casi palpable, ajeno a casi todo lo que lo rodeaba. No era ignorancia lo que lo apartaba del bullicio y las miradas, sino una decisión consciente, un escudo invisible que levantaba ante el mundo.

Sabía que los ojos se posaban sobre él con más intensidad que antes. Sentía las miradas largas y cautelosas de los comerciantes en sus puestos, el susurro contenido de los cortesanos que lo seguían a distancia, e incluso la curiosidad mezclada con temor en los ojos de los niños, quienes ahora se apartaban silenciosos al cruzar su camino.

Nada de eso le perturbaba. No todavía.

Su ropa era la misma del día anterior: una capa gris, desgastada en los bordes, sin bordados ni emblemas que revelaran alianzas o lealtades. Sin embargo, su paso era firme y seguro, cargado con la gravedad precisa de quien no necesita pedir permiso para existir.

Cada paso que daba resonaba con una calma que era a la vez desafío y aceptación, como el susurro de una tormenta contenida bajo la piel de la ciudad.

Pasó por la herrería de los Quellan, donde los aprendices callaron al verlo.

Por la biblioteca baja, donde una anciana copista detuvo la pluma un instante mientras él cruzaba la galería.

Por la fuente central, donde los músicos callejeros interrumpieron el ritmo de flautas para observar su espalda alejarse.

En el interior del León Dorado, el murmullo constante de las conversaciones se mezclaba con el aroma penetrante de las infusiones y especias. Mira, ágil y silenciosa, se movía entre las mesas como una sombra acostumbrada al lugar, sirviendo tazas humeantes a media docena de clientes dispersos.

Cuando Lefuan entró, ella no pronunció palabra alguna. Sin levantar la mirada, colocó cuidadosamente un cuenco humeante sobre la barra y se retiró, dejando tras de sí el leve suspiro del vapor que se escapaba.

Desde un rincón oscuro, Tarek alzó dos dedos en señal de saludo, esbozando una sonrisa torcida, mitad burla, mitad advertencia.

—¿Sabías que los nobles detestan que alguien les quite la atención sin pronunciar palabra? —murmuró con voz baja—. Es como arrebatarse el bastón a un cojo: no se caen por debilidad, sino por pura rabia.

Lefuan tomó un sorbo en silencio. La infusión le quemó la lengua con un sabor amargo y dulce a la vez, una mezcla incómoda que recordaba a una verdad aún no revelada, pendiente de ser entendida.

Desde la terraza lateral del templo, Irisel permanecía inmóvil, su figura envuelta en la sobriedad de la túnica oscura que danzaba apenas al compás del viento nocturno. Sus ojos, fijos y sin parpadeos, parecían atravesar la distancia con una intensidad fría y serena. En su mano derecha, una pequeña hoja de palma giraba lentamente entre sus dedos, oscilando como una moneda que aún no decidía qué cara revelar. No pronunciaba palabra alguna, ni hacía el más mínimo gesto; su cuerpo era un ancla en medio del flujo caótico de la ciudad. Pero su mente, afilada y alerta, estaba fija en un único punto: no en el bullicio de Naorhal, ni en sus luces ni sus sombras, sino en él, en el hombre que había irrumpido sin máscara ni pasado.

En las calles, los rumores se arrastraban como serpientes silenciosas, enroscándose en cada conversación, en cada mirada furtiva. Nadie podía olvidar la figura sin máscara, ni la presencia inquietante que había atravesado la ciudad como un viento helado. Los habitantes de Naorhal se despertaban con la sensación difusa de que algo invisible ya estaba cambiando el tejido mismo de sus vidas.

Naorhal seguía despertando entre sombras y susurros, y el eco de aquella noche aún vibraba en cada rincón. La ciudad no sabía qué pensar, ni qué esperar. Solo sabía que algo había cambiado, algo que aún no tenía nombre ni forma.

Mientras tanto, en la cámara alta del Palacio de Cristal, la reina Arihén leía un informe con la tranquilidad de quien sabe que cada palabra pesa más que un ejército. Apenas dos páginas, unas cuantas frases contenidas en un papel bien cuidado, pero una sola palabra destacaba, subrayada tres veces con tinta firme y decisiva: “Invocado.”

No hubo gritos ni mandatos apresurados. No esa noche. Sólo una orden clara, dicha con voz medida y fría:

—Traedlo. No como prisionero. Como... incógnita.

Y así, sin ceremonias ni avisos, mientras Naorhal comenzaba a despertar lentamente de la resaca de su noche más sagrada, aquel extranjero fue convocado a presentarse ante el trono. No para ser juzgado ni celebrado, sino porque, en ese preciso instante, el mundo parecía haber perdido el guion para lidiar con su existencia.

Arihén permanecía inmóvil, sabía que aquello era solo el principio, que las piezas estaban en movimiento y que, aunque aún no lo entendiera del todo, el equilibrio que sostenía su mundo pendía de un hilo frágil y tembloroso.

En el silencio que precedía al alba, las preguntas se amontonaban sin respuestas. Los hilos invisibles del destino comenzaban a tensarse, a entrelazarse en una trama que nadie podía detener.

Mientras Naeliz observaba desde su velo intangible. Sabía que aquel momento no era casualidad ni azar, sino el latido exacto de un destino que se tejía con hilos eternos.

Paciente, silenciosa, dejaba que las piezas se movieran, porque ella era la única que comprendía...

El ciclo, una vez más, estaba a punto de comenzar.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 2: *Convocatoria real — El juicio sin palabras*

Dos hombres lo esperaban al pie del León Dorado. No vestían armaduras ni llevaban insignias ruidosas. Sus capas largas caían pesadamente hasta los talones, tejidas en lana fina, con el escudo de la familia real bordado en hilo plateado sobre el pecho: un halcón blanco en pleno vuelo, rodeado por tres estrellas de ocho puntas. Ninguno hablaba entre sí. Solo esperaban, con propósito.

—Señor Lefuan —dijo el más joven, con una voz clara y sin la menor inclinación de cabeza—. La reina solicita su presencia.

Solicita. No “ordena.”

Una palabra elegida con precisión quirúrgica: suave como terciopelo, firme como hierro.

Una elección de palabras que decía mucho... y ocultaba más.

Lefuan no frunció el ceño. No preguntó por qué. No pidió tiempo ni explicación. Desde hacía días sentía el peso de ojos que no se veían, de pasos que no hacían ruido. Sabía que el momento llegaría, y que no era algo de lo que pudiera alejarse. Así que simplemente asintió... y caminó con ellos.

Atravesaron los barrios altos de Naorhal en silencio. Las losas pulidas del camino devolvían un leve eco de sus pasos, como si la ciudad entera los escuchara pasar. Las casas eran altas, coronadas de cristal. Algunas ventanas se entreabrían apenas, dejando ver sombras inmóviles tras los visillos. No eran curiosos. Eran testigos.

Ya no era el extranjero.

Ya no era solo el hombre sin máscara.

Ahora era aquel al que la reina había llamado.

Y eso, en Naorhal, era motivo suficiente para que la gente cerrara las puertas... inquietaba.

El Palacio de Cristal se alzaba sobre la colina más antigua de Naorhal como un templo congelado en medio de un mundo que aún se movía. No brillaba como su nombre prometía. Bajo la luz gris de la mañana, sus vitrales parecían ojos cerrados y sus muros de piedra pálida exhalaban una quietud demasiado deliberada, como si el tiempo allí caminara de otro modo.

No era un lugar para celebrar. Era un lugar **para decidir el destino de los demás**.

Y esa mañana, el nombre de Lefuan —un nombre aún sin raíces— pendía del aire como una hoja que aún no ha caído... pero ya ha sido soltada.

Lo condujeron por un corredor ancho, donde el mármol crujía suavemente bajo las suelas y las paredes devolvían un eco contenido, como si respetaran el silencio de los juicios importantes. A ambos lados, estatuas de piedra sin rostro lo escoltaban: cada una sostenía un símbolo distinto. Una corona rota. Una pluma de ave ennegrecida. Una balanza cuyos platos estaban vacíos.

No eran ídolos.

Eran advertencias.

Nadie lo tocó. Nadie habló. Nadie lo detuvo.

Pasaba entre ellos como si ya fuera parte del palacio... o como si quisieran ver si él creía serlo.

La sala de audiencias no era alta ni intimidante. Era circular, contenida, antigua como la primera promesa de ley. La luz descendía desde un vitral espiralado que cubría el techo entero, dejando que los colores se proyectaran lentamente por las paredes, como si el juicio no viniera de palabras, sino del tiempo.

Y en el centro, sola, sin trono ni escoltas, sin corona ni cetro, estaba la reina Arihén.
No lo miraba como a un súbdito.
Lo observaba como se observa una pregunta sin respuesta...
...o una amenaza aún sin forma.

La reina. No vestía para la ocasión. Vestía para la verdad.

Su vestido era de luto, tejido con una tela densa que absorbía la luz en lugar de reflejarla. Apenas unos hilos dorados recorrían el borde de las mangas y el cuello, como recuerdos que se niegan a apagarse del todo. El cabello recogido en un moño severo, sin corona, sin joyas. No hacía falta. La autoridad se sentía como una presión en el aire, venida no de símbolos... sino de historia vivida.

Y sus ojos. Eran lo único en ella que no guardaba silencio.
Había en ellos una elocuencia áspera, el idioma de los que han gobernado bajo tormenta y han aprendido a mantenerse en pie mientras todo a su alrededor se cae.

—No llevas armas —dijo con voz baja, firme.

Lefuan negó con la cabeza.

—No soy una amenaza.

La reina entornó los ojos, como si evaluara no solo la respuesta, sino su derecho a existir.

—Lo sabes tú —respondió—. No lo sabe el reino.

Entonces descendió un peldaño. No con arrogancia. Sino con una curiosidad grave.

La forma de moverse de alguien que no se acerca por confianza, sino porque necesita mirar más de cerca aquello que desafía su comprensión.

—¿Sabes quién soy?

—No oficialmente —respondió Lefuan, sin apartar la mirada.

La reina asintió apenas.

—Eso no importa. Las máscaras han caído.

Hubo un breve silencio.

Y luego, sin acusación, sin juicio, solo con una calma inquietante:

—Estuviste con alguien anoche.

Lefuan no respondió. Y ella tampoco repitió la pregunta.

Fue entonces cuando las puertas laterales se abrieron con un sonido que cortó la sala como una grieta. No hizo falta trompeta, ni anuncio. El silencio lo llenó todo.

Lefuan giró. Y la vio.

Luana.

Vestida de blanco marfil, como una promesa aún no hecha.

Una capa bordada en hilos de plata y esmeralda se extendía tras ella como la estela de una verdad recién nacida.

Sobre su frente, una corona delgada, más símbolo que ornamento.

Y por primera vez, el cabello suelto, cayéndole como una cascada sin defensa, sin estrategia.

Sus ojos no temblaban. Su paso no dudaba.

Pero todo en su gesto hablaba de algo que quería quedarse en silencio... y no podía.

Y en ese instante suspendido, donde el pasado aún no se había convertido en consecuencia, ella y Lefuan se miraron.

Como si el mundo se estuviera escribiendo desde esa mirada en ese instante.

Solo una pausa en el aire.

Como si los nombres hubiesen llegado tarde a una historia que ya estaba en marcha.

—¿Tiene algo que decir, Alteza? —preguntó la reina, sin sarcasmo ni dureza, como si dejara una puerta entornada más por deber que por deseo.

Luana no respondió de inmediato.

Volvió el rostro hacia Lefuan.

No miró su ropa.

Ni sus manos.

Ni siquiera su postura.

Lo miró a los ojos.

Allí donde no se puede mentir.

Donde habita lo que aún no tiene nombre.

Y entonces habló.

Con voz firme, sin elevarla, como quien no necesita convencer a nadie porque ya ha elegido.

—Nada.

Ya lo he dicho todo... con lo que no dije anoche.

Sus palabras no buscaban justificar. Solo señalar lo invisible.

Porque a veces, el silencio es más revelador que cualquier confesión.

La reina se giró lentamente hacia él.

Sus ojos, fríos y calculadores, recorrieron su figura como quien examina un símbolo aún no descifrado.

Detuvo la mirada en su rostro, en esos ojos que no evitaban los suyos.

Luego, en la capa sin bordes reales, en las botas manchadas de un barro que no pertenecía a ningún reino conocido.

Frunció apenas el ceño. No por desagrado.

Sino por una inquietud que no encontraba forma.

—Tiene algo... extraño —murmuró, como si pensara en voz alta—.

No camina como un mendigo. Ni se presenta como un noble.

Y sin embargo... no parece un cualquiera.

Y por un instante, incluso el silencio pareció preguntarse quién era ese hombre realmente.

—No lo es —dijo la princesa, dando un paso al frente sin temblar—. Lo escojo como uno de mis pretendientes.

Un murmullo recorrió la sala como una ráfaga.

Las palabras viajaban entre labios apretados y miradas consternadas.

—¿Pretendiente...? ¿Después de esta deshonra?

—¿Ha perdido el juicio? —susurró alguien desde la galería alta.

—¿O está desafiando la línea de sangre?

Pero Luana no parpadeó. No retrocedió.

Su voz, clara como el filo de una espada ceremonial, cortó la sala en dos:

—Lo escojo —repitió—. Según las leyes del linaje solar, tengo derecho a designar hasta cinco candidatos. Este es uno.

El silencio que siguió fue más peligroso que cualquier grito.

Arihén cerró los ojos por un instante. No por debilidad.

Sino para escuchar el rumor de sus propios pensamientos:

Si lo desautorizaba, desafiaba la legitimidad de su hija. Si lo aceptaba, arriesgaba el prestigio del trono.

Y si lo eliminaba... habría sangre ante testigos.
Y Naorhal no perdonaba el espectáculo innecesario.

Finalmente, la reina abrió los ojos.
Lo miró como si pudiera reducirlo a un símbolo útil.
Y entonces, con la voz pulida de quien ha tomado una decisión irreversible:

—Entonces lo incluyo oficialmente en la selección —dijo, firme—. Como uno de los cinco.

Un nuevo murmullo emergió desde las sombras:
nobles de túnicas bordadas, escribas de dedos temblorosos, clérigos que ya comenzaban a redactar su descontento en silencio.

Lefuan frunció el ceño. No por miedo. Ni siquiera por duda.
Sino porque, sin haberlo pedido, acababa de convertirse en algo más que un extranjero.
Y sabía —con esa certeza que arde bajo la piel—
que aquello era el principio de otra clase de batalla.

—¿Selección...? —repitió Lefuan, con voz baja, como quien tantea el borde de un precipicio.

—Cinco pretendientes —explicó Arihén, sin emoción—. Por derecho ancestral, mi hija escoge a cinco hombres dignos de disputar su mano.

De entre ellos, uno será nombrado consorte real y será su esposo.

—Ella ya ha elegido cuatro —añadió, tras una pausa—. Tú eres el quinto.

El eco de esa última frase pareció asentarse con peso en las paredes de mármol.

Lefuan no se movió. No por desconcierto.

Sino porque algo en él —más antiguo que el cuerpo que habitaba— intentaba leer entre líneas.
¿Oportunidad o emboscada?

—¿Y si me niego? —preguntó, sin hostilidad.

Luana respondió antes que su madre, con la voz tranquila de quien no ruega ni suplica, pero ya ha vencido:

—Eres libre de hacerlo...

Una pausa.

—Pero me gustaría verte intentarlo.

Y entonces sonrió. No con arrogancia.

Con una serenidad tan honda, tan incommovible, que dolía.

La reina no mostró reacción alguna. Solo bajó la vista hacia uno de los escribas que aguardaban entre las columnas.

—Tendrás dos días —dictó—. El ritual comienza con la primera prueba: el regalo.

—¿Qué tipo de regalo? —preguntó Lefuan, con la voz tan firme como sus pasos.

—Uno que hable de ti —respondió Arihén, sin dudar—.

Uno para ella.

Y uno para mí.

El silencio que siguió fue distinto al anterior.

No era asombro. Era anticipación.

Como si el destino acabara de trazar una línea en el suelo...
y todos contuvieran el aliento para ver si él la cruzaría.

Y con esa frase, Arihén se giró con la dignidad intacta de quien da órdenes que ni los dioses contradicen, y abandonó la sala.

Luana la siguió, su capa ondeando tras ella como un último vestigio de la noche anterior.

Pero justo antes de cruzar el umbral de mármol, se detuvo.

Giró apenas el rostro, lo suficiente para que sus ojos encontraran los de Lefuan, como si midiera una distancia que sólo ella podía calcular.

Y con voz clara, templada por algo más antiguo que la realeza, dijo:

—Ayer fuiste sombra.

Hoy, eres reflejo.

Veamos si mañana... puedes ser luz.

Y desapareció tras los pliegues de las puertas dobles. Sin ceremonia.

Solo la promesa implícita de una historia que aún no había comenzado a contarse.

Y así, sin saber del todo cómo ni por qué, Lefuan pasó de ser un extraño sin máscara, un intruso en medio de un festival de símbolos, a convertirse en pretendiente oficial de la princesa del Reino Solar.

Se quedó bajo un cielo de cristal inmóvil.

Con un eco nuevo retumbando dentro del pecho.

Lefuan no estaba acostumbrado a ese tipo de emoción.

No era deseo. No era ternura. No era ese apego efímero que conocía de otras noches.

Era algo más incómodo. Más hondo.

Como si una raíz ajena se hubiese alojado en su pecho sin permiso.

No sabía si era amor —porque nunca lo había sentido de forma limpia—, pero sí sabía que algo en ella lo desordenaba.

Y con ese desorden... llegó algo que sí reconocía.

La necesidad de luchar. No por defensa. No por territorio. Sino por ella.

Porque, aunque aún no comprendiera lo que sentía, su cuerpo ya se preparaba con el ímpetu silencioso que sólo un hombre conoce cuando una mujer lo elige... y aún no es suya.

Y esa certeza, tan feroz como inexplicable, lo hizo erguirse con la misma expresión con la que uno se alista para una guerra que desea ganar.

No por gloria. Sino por algo más difícil de nombrar.

No tenía armadura. Ni apellido.

Ni respaldo en las cortes ni en los cleros.

Ni siquiera sabía las reglas del juego.

Pero ya estaba dentro.

Y eso —más que el peligro, más que el desconcierto— eso fue lo que le hizo sonreír.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 3: *La elección — El derecho de Luana*

La sala del Velo Alto se abría como un abanico contenido entre piedra blanca y madera oscura, elevada sobre columnas que no buscaban altura, sino solemnidad.

No era un trono lo que presidía el lugar, sino una plataforma circular de mármol pálido, tallada con las marcas del tiempo y las fases de las lunas.

Nadie podía sentarse allí.

Ningún rey. Ningún dios.

Solo los herederos.

Y esa tarde, todos los ojos estaban puestos sobre ella.

Luana.

Erguida como una llama que aún no ha decidido si consumirá o guiará.

El cabello recogido en doble trenza alta, según dictaba la línea materna de su linaje solar.

La capa real —blanca como la luna menor— caía abierta sobre sus hombros, un gesto ancestral que anunciaba que aún no era reina... pero ya era reclamada por el tiempo.

A su lado, como una sombra que respira con ella, **Goucha**.

Vestía una túnica gris sin adornos. Sus brazos cruzados sobre el pecho. Su postura firme.

Y en sus ojos, esa calma feroz que sólo tienen quienes no buscan enemigos... pero los esperan.

El maestro de ceremonias —anciano alto, piel marcada por los siglos y manos cubiertas de anillos rituales— alzó una vara de madera negra con incrustaciones de sal azul y proclamó con una voz clara como campana:

—Se alza la heredera.

Y con ella, el derecho antiguo.

Escoger a cinco.

No para amarlos.

Sino para revelarlos.

Las palabras vibraron entre las columnas, rebotando en las paredes cubiertas de estandartes que representaban siglos de pactos, rupturas y sangre derramada por menos.

Los nobles más altos de la corte ocupaban sus estrados tallados con escudos de linaje.

Cada uno vestido según los colores de su casa: rojos granates de guerra, azules imperiales de sabiduría, verdes entrelazados con filigrana de oro, púrpuras y negros de juicio.

Todos sabían lo que venía.

O creían saberlo.

Porque esa tarde, bajo la luz oblicua que descendía por el vitral central en forma de sol roto, algo comenzaba a girar fuera de los cauces del rito.

Y aunque aún no lo sabían, no sería la heredera la que sería puesta a prueba...

Sino el reino mismo.

—Habla, hija del linaje —dijo el maestro de ceremonias, alzando la vara ritual que marcaba el derecho de elección**—. ¿Quiénes serán los cinco que disputarán tu destino?**

Luana dio un paso adelante.

Su capa se agitó levemente con la corriente templada que recorría la sala, como si incluso el aire respetara la gravedad del momento.

Su voz se alzó nítida, sin titubeos.

Ni dulce ni dura.

Definitiva.

—**Primero**, *Sael de Ryndara*.
—**Segundo**, *Velkhan del Mar de Lasas*.
—**Tercero**, *Hedarín del Claro Oscuro*.
—**Cuarto**, *Lysir Val-Raem*.

Cuatro nombres. Cuatro casas. Cuatro alianzas trazadas en tinta, oro y sangre.

Cada uno, al ser pronunciado, inclinó la cabeza con el gesto medido de quien ha esperado toda su vida ese momento.

Sael sonrió con confianza heredada.

Velkhan se mantuvo serio, los ojos fijos en Luana como si ya ensayara la victoria.

Hedarín cerró los puños, como quien carga con promesas.

Lysir, el más joven, bajó la mirada con humildad fingida.

La corte murmuraba apenas. Todo marchaba según lo previsto.

Pero entonces, Luana alzó de nuevo la voz. Solo una frase. Una ruptura.

—**Y el quinto...**

Hubo una pausa. No vacilación. Sino estrategia.

—**El quinto no es noble.**

No es nuestro.

No es siquiera... previsible.

Los murmullos crecieron como oleaje. Un noble giró el anillo de su dedo con furia.

Una dama dejó caer su abanico de plumas, que quedó inmóvil en el mármol como un pájaro abatido.

En los estrados, las cejas se alzaron, los murmullos se mezclaron con miradas cargadas de alarma, burla o escándalo.

—**El quinto es Lefuan.**

El forastero.

El invocado.

Mi elección.

Y con esa frase, la ceremonia dejó de ser protocolo. Y se convirtió en historia.

El silencio fue más sonoro que el escándalo que amenazaba con nacer.

Un silencio espeso, cargado de significado, como el instante exacto en que un edificio comienza a inclinarse pero aún no cae.

Los nobles no aplaudieron. Ni hablaron. Ni siquiera respiraron del todo.

Solo sus ojos se agitaron: unos encendidos por la ofensa, otros por la fascinación... y algunos por el miedo a lo que no sabían cómo detener.

En un rincón en sombra, **Irisel** observó. No pestañeaba.

Una mano descansaba cerca del cinto, donde la empuñadura de su daga temblaba levemente por el peso de la atención.

La otra colgaba libre, pero los dedos... se cerraron un poco.

No dijo nada.

Pero algo en su postura cambió, como un animal que, sin moverse, deja de parecer dormido.

La reina **no intervino**. Ni palabras de aprobación. Ni gesto de censura.

Solo el parpadeo lento de una mujer que, más allá del poder, entendía lo irreversible.

El juego ya no era suyo.

Ahora era del destino.

Lefuan, de pie en un lateral, sin escolta, sin estandarte, sin joyas ni emblema, no pareció sorprendido. Tampoco agradecido. Simplemente... **presente**.

Como si su cuerpo ya hubiera estado allí en otra vida, como si sus pasos lo hubieran traído no hacia el inicio de algo, sino hacia **la continuación de lo inevitable**.

El maestro de ceremonias, que hasta entonces había hablado con voz clara, tragó saliva. Sus dedos temblaron apenas al sostener el pergamino ritual.

—**Lefuan** —dijo—.

Incluido por voluntad directa de la heredera.

Y añadió, como dicta el protocolo ancestral:

—¿El convocado acepta el desafío?

Lefuan dio un paso.

Sus botas sonaron secas sobre el mármol, como un tambor que marca el ritmo de algo que nadie había ensayado.

—¿Desafío? —dijo, mirando a Luana, no a la sala.

—**Lo acepto.**

Un silencio cayó como un paño pesado.

Y luego, como si todos los pulmones hubieran contenido el aire al mismo tiempo, la sala **exhaló**.

El ritual continuó.

Los escribas reanudaron su trazo.

Las miradas volvieron a sus carriles.

Pero **nada** era ya igual.

Los cinco estaban definidos.

El tablero, dispuesto.

El juego, en marcha.

Y aunque la **prueba de los regalos** sería el primer movimiento oficial, los ojos de **tres pretendientes** ya se habían vuelto hacia Lefuan no como a un rival que pudiera derrotarse, sino como a **una variable que no sabían cómo calcular**.

Y **Luana**, en su lugar de luz elevada, sabía que no había elegido al más fuerte.

Ni al más noble.

Había elegido al único que no pedía permiso.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 3.5: El estudio del forastero — Sombras entre ofrendas

Los pasillos del Biblioteca Imperial estaban casi vacíos aquella mañana.

El eco de los pasos de Lefuan reverberaba con discreción, como si incluso el suelo evitara interrumpir los pensamientos de quienes se atrevían a leer más allá del presente.

Allí, entre pergaminos de márgenes quemados y códices sellados con lacre antiguo, él buscaba respuestas. O mejor dicho... un símbolo.

Había aceptado el desafío de ofrecer dos regalos: uno para la princesa, otro para la reina.

Pero no sabía qué entregar. No aún. No en el idioma sutil y encriptado de ese reino.

Así que se refugió en la Biblioteca Imperial, un lugar donde el polvo era más antiguo que algunos linajes y las lámparas de lectura se encendían solo con nombres autorizados.

Leyó durante horas, sin detenerse.

Tratados de paz redactados con caligrafía quebrada, acuerdos sellados con sangre y promesas.

Decretos de herencia territorial cubiertos de tachaduras y disputas marginales.

Mapas olvidados en los que las fronteras temblaban con cada siglo.

Anotaciones rituales sobre los movimientos de las lunas y su influencia en los juramentos.

Incluso un códice prohibido, encuadernado en cuero negro y tinta invisible que solo emergía al primer rayo del alba, encantado por un conjuro de ignorancia selectiva: si no estabas listo para entenderlo, simplemente lo olvidarías.

Y entonces... algo encajó.

No una revelación.

Una fisura.

Una cláusula apenas mencionada en los márgenes de un manuscrito casi desintegrado.

Una posibilidad enterrada bajo siglos de costumbre.

Lefuan no sonrió. No dijo palabra.

Solo cerró el pergamino con ambas manos, con la delicadeza de quien envuelve una llama.

Lo devolvió al estante exacto del que lo había tomado, como si supiera que la biblioteca recordaba.

Y luego, se alejó en silencio.

La solución estaba allí. Y no pensaba compartirla.

Porque los secretos que cambian el rumbo de una historia... no se pronuncian en voz alta.

En la corte, mientras tanto, los otros cuatro pretendientes hablaban con libertad y desprecio.

A menudo, entre ellos.

—¿Has visto al forastero? —decía Lysir Val-Raem, con tono melifluido—. Camina por los jardines como si estos le pertenecieran. Sin guardia, sin emblema, sin tutor. Solo con ese aire de... ignorancia encantadora.

—Ignorancia, sí —añadía Hedarín del Claro Oscuro—. Y encantadora, quizá. Pero también peligrosa. A veces, el veneno llega sin sello real.

—Yo diría que es solo un perro callejero con buenos modales —sentenciaba Velkhan, apurando una copa de vino añejo—. Ladra poco, muerde menos. Pero los bufones de la corte siempre necesitan nuevos disfraces.

—Quizá por eso Luana lo escogió —murmuraba Sael de Ryndara, sin levantar la voz—. No por lo que es. Sino por lo que los demás no ven.

Ninguno lo temía. Solo lo menospreciaban con la cómoda arrogancia de los herederos.
Como si el mundo no pudiera sorprenderlos ya.
Como si todo lo importante estuviera escrito en genealogías y sangres.

Lefuan, por su parte, emergió del Archivo al caer la tarde, con los ojos aún cargados de letras antiguas y una quietud densa en la respiración.

No regresó a la posada. No buscó consejo ni compañía. No frecuentó tabernas ni templos.

Simplemente caminó. No como quien deambula. Sino como quien calibra.

Como un cartógrafo de lo invisible, midiendo el pulso de la ciudad paso a paso.

Se detuvo frente al parque viejo, donde las estatuas de gobernantes pasados estaban alineadas en una elipse rota. Contó los peldaños gastados del pedestal de la Reina Fundadora.

Observó la forma en que la sombra del obelisco marcaba el tiempo sobre el empedrado.

Apuntó con la mirada —no con las manos— el punto exacto donde convergían las palomas al final de la fuente central. Nada era casual. Todo era registro.

No anotó nada en papel.

Pero sus ojos lo retuvieron todo, como si cada ángulo y cada grieta fueran parte de un mecanismo que solo él comprendía.

Desde un banco de piedra cercano, Tarek lo seguía con la mirada, un panecillo a medio comer en la mano y el ceño fruncido de quien está presenciando algo demasiado grande o demasiado absurdo.

—Este tipo no es normal —murmuró—. O es un loco... o es el único cuerdo en esta ciudad de farsantes.

Y ni siquiera él, que solía hablar hasta con las farolas, se atrevía a acercarse.

Porque Lefuan, esa tarde, no caminaba como un hombre.

Sino como una pregunta formulada en voz baja al destino.

Estaba presente, sí. Pero solo en parte.

La otra mitad de él —la que nadie veía— estaba sumergida en la idea que había comenzado a gestarse entre los anaqueles de la biblioteca.

Y mientras los otros pretendientes ensayaban sus discursos, encargaban joyas o preparaban bestias extrañas, Lefuan no mostraba nada.

Ni cajas envueltas, ni promesas, ni símbolos.

Solo el silencio de alguien que ya ha elegido... pero aún no ha pronunciado la elección.

Y ese silencio —tan afilado, tan intencional— era, para quienes lo notaban, más perturbador que cualquier grito.

Su silencio era, lo que más ruido hacía.

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 4: *El regalo del día doble — El ritual de las lunas y el sol*

Las campanas del Santuario Astral repicaban con un ritmo irregular, como si las manos del cielo hubieran decidido hablar en clave.

No eran campanas comunes. Cada una, suspendida en su torre de mármol tallado.

Ese día, sin embargo, algo extraño ocurría.

Las dos campanas de tono doble —la menor de bronce rojo y la mayor de plata pálida— sonaban al unísono, vibrando con un eco que atravesaba techos y columnas como un aviso contenido en música.

El fenómeno no era milagroso. Pero era raro. Raro como para detener una conversación.

Raro como para hacer que los ancianos alzaran los ojos sin palabras.

Ambas lunas, la carmesí y la blanca, alcanzarían su punto de plenitud en la misma noche.

Y al día siguiente, el sol —con su corona de fuego expandida— marcaría el cenit más largo del ciclo solar.

Una noche de dos lunas llenas... seguida por el día más largo del año.

A esta coincidencia, los astrónomos la llamaban con reverencia matemática: **el Día Doble**.

Los sacerdotes, más supersticiosos, lo mencionaban solo con amuletos en la mano.

Y los cortesanos... lo codiciaban.

Porque en Naorhal, los ciclos celestes no eran solo asuntos de astronomía.

Eran pactos. Pistas. Llaves.

Durante el Día Doble, las puertas del poder se abrían más de lo habitual, y el tejido de la tradición era lo suficientemente delgado como para que alguien audaz pudiera coser un hilo nuevo.

Los pretendientes lo sabían.

Y por eso, durante ese intervalo sagrado, debían ofrecer sus regalos dobles:

—Uno para la princesa.

—Otro para la reina.

No se trataba solo de obsequios bien elegidos. Era un lenguaje.

Un discurso simbólico entregado sin palabras. Una alegoría de intenciones.

Regalar no era dar: era declarar.

Y cada gesto, cada objeto, podía ser interpretado en diez direcciones diferentes.

En los corredores del Palacio de Cristal, la tensión se palpaba como un vapor invisible.

Los pretendientes se movían como piezas inquietas en un tablero demasiado antiguo.

Ninguno confiaba del todo en su elección.

Porque el regalo perfecto no solo debía encantar a quien lo recibiera...

debía anticipar todas las consecuencias que su recepción provocaría.

Y en ese delicado laberinto de símbolos y alianzas, una sola palabra mal dicha —o una piedra mal entregada— podía cambiar el curso de una dinastía.

Lefuan no buscó consejo ni guía en sus pasos.

Sin rodeos, solicitó una cita en el Archivo Imperial de Inscripciones, el santuario donde los secretos de Naorhal se archivaban en pergaminos y sellos antiguos.

El escriba que lo recibió era un hombre viejo, marcado por el tiempo y la rutina: ciego de un ojo, con una túnica sin mangas que dejaba ver brazos huesudos, y una paciencia que rozaba la hostilidad contenida.

—¿Qué desea registrar? —preguntó con voz áspera, sus ojos apenas buscando tras el rostro impassible de Lefuan.

—Un acto simbólico —respondió éste con firmeza—. Tres documentos. No mágicos, pero sí con sello oficial.

—¿Tema?

—Propiedad...

—¿De qué clase?

—Las ..., a nombre de Luana.

—Y el ..., a nombre de su madre.

El escriba lo miró fijamente, en un silencio que pesaba como el eco de mil historias sin cerrar.

—¿Está bromeando?

—No —replicó Lefuan con calma glacial—. Estoy narrando.

—¿Qué clase de documento es este?

—Uno que quedará en la historia porque alguien decidió escribirlo primero.

El anciano suspiró, cargado de resignación y misterio.

Mojó su pluma en tinta negra extraída de cristales oscuros, y comenzó a trazar las letras con la solemnidad que solo da el tiempo.

Tres rollos fueron redactados. Tres firmas estampadas con precisión.

Tres sellos de cobre, grabados con la fecha exacta del Día Doble, fueron impresos con el eco de la solemnidad.

Uno de esos documentos quedó archivado, protegido entre sombras y polvo.

Otro fue entregado a Lefuan, con la advertencia muda de su peso.

Y el tercero... fue enviado al Salón de Herencias, guardado entre las profecías que susurraban futuros inciertos.

Cuando Lefuan salió, el cielo se había vestido de violeta profundo.

Las dos lunas, aún pálidas, colgaban juntas, como ojos ancestrales que observaban la historia sin parpadear.

Esa noche, las calles se inundaron de faroles blancos.

El pueblo celebraba sin comprender del todo.

Bailaban bajo una danza astral que susurraba destinos que aún no podían leer.

Pero en el palacio, bajo la fría piedra pulida y los tapices ceremoniales,

los preparativos comenzaban para lo que sería recordado como la noche en que alguien ofreció a la princesa el velo, y a la reina, su propio estandarte .

♦ Capítulo 3 – El nombre detrás de la máscara

Subcapítulo 5: *La noche de las lunas — El doble regalo*

La gran bóveda de la Sala Aural estaba iluminada por fuego blanco. Velas suspendidas en filamentos invisibles flotaban en espiral, siguiendo el ritmo lento de la respiración colectiva de la corte.

El aire olía a incienso de ámbar, a cuero nuevo, a tensión ceremonial.

Sobre el suelo de mármol —un espejo bruñido con vetas de obsidiana— se reflejaban las figuras de los cinco pretendientes alineados como estatuas vivas.

Y al fondo, sobre un estrado de cristal, se sentaban **Luana**, la heredera, y **Arihén**, la reina.

La heredera llevaba una corona lunar ligera, con un rubí blanco sobre la frente.

Su vestido era gris plateado, más sencillo que el de sus doncellas.

Pero sus ojos brillaban con la misma intensidad que las dos lunas en lo alto del cielo.

Las dos lunas ya eran visibles, una creciente y rojiza, la otra entera y blanca, elevándose juntas como testigos imparciales.

La ceremonia había comenzado.

La sala del Velo Alto brillaba con una luz contenida, filtrada por los vitrales altos que teñían el mármol de sombras color ámbar y escarlata. A lo largo de la espiral central, se extendía el corredor ceremonial, flanqueado por estandartes de cada casa noble y vigilado en silencio por guardianes sin rostro.

Uno a uno, los pretendientes se adelantaban, cubiertos con capas de gala, cada paso medido, cada gesto calculado. Sostenían sus ofrendas como si portaran no objetos, sino símbolos envueltos en piel y oro.

Primero, se dirigían a la princesa: inclinación breve, palabras justas, una entrega envuelta en metáfora. Después, giraban hacia la reina: un segundo presente, más sobrio, más político, cargado de intención contenida.

Dobles dones. Dobles intenciones.

Un desfile de alianzas posibles disfrazadas de poesía.

Un juego de espejos donde cada gesto reflejaba más de lo que decía.

Y alrededor, decenas de cortesanos observaban sin parpadear, susurrando lo que aún no se atrevía a gritarse: que el equilibrio se alteraba.

Y que cada regalo, en silencio, cambiaba el peso de la balanza.

**

Sael de Ryndara, el primero, ofreció a **Luana** una lanza ceremonial.

Forjada en mithril de la grieta de Alkar, decorada con plumas encantadas de un ave ya extinta.

—*“Para que su brazo esté siempre protegido.”*

Luego se volvió hacia la reina Arihén y ofreció un estuche sellado con encaje negro.

En su interior: **el último mapa táctico escrito por su abuelo**, el general Raedar, quien derrotó a los Vashtur en la Guerra de la Estepa.

—*“Para que el trono recuerde siempre cómo defender su corazón sin perder la razón.”*

**

Velkhan del Mar de Lasas avanzó con paso ceremonioso.

A **Luana** le ofreció una botella de agua sellada, tomada del ojo central de la tormenta infinita que azotaba su costa.

—*“Porque el amor no se conquista: se navega.”*

Para **Arihén**, desplegó un manto tejido con hilos de coral encantado.

Cada hebra había sido recogida por buceadores de sangre noble, y el color cambiaba según la marea emocional de quien lo usara.

—*“Porque una reina también siente, y lo oculto a veces es lo que más la sostiene.”*

**

Hedarín del Claro Oscuro trajo a **Luana** una copa sin fondo.

Encantada para nunca vaciarse.

—*“Para que tu sed —de poder, de arte, de mundo— nunca se apague.”*

Para la **reina**, sin palabras, presentó una piedra tallada del tamaño de un puño.

Pero no era una piedra cualquiera.

Era **una geoda sellada por luz**, atrapada durante un eclipse triple en el Valle de los Lamentos.

Se decía que quien la abría en el momento justo podía ver el rostro del dolor... y elegir perdonarlo.

—*“Para que el pasado no encadene lo que aún puede florecer.”*

**

Lysir Val-Raem ofreció a **Luana** un retrato viviente: una pintura que respiraba, sonreía y envejecía con quien la mirara.

—*“Para que te veas a ti misma como te verá quien te ame de verdad.”*

Luego se giró hacia **Arihén** con elegancia excesiva, y le tendió una caja fina, de madera perfumada.

En su interior, un simple espejo redondo.

Pero al mirar en él, uno no veía su reflejo, sino **la imagen de uno de sus ancestros**, el que más se le parecía en carácter.

—*“Para que no olvide de dónde viene... ni lo lejos que ha llegado.”*

**

La corte aplaudió con dignidad medida. Los nobles sonrieron con aprobación.

Los escribas anotaron cada objeto, cada frase, cada impresión pública.

Todo marchaba como dictaban los protocolos: pasos medidos, gestos refinados, palabras cinceladas con anticipación. Las ofrendas eran bellas.

Los aplausos llegaron puntuales, educados, sin entusiasmo real.

La reina se mantuvo imperturbable, un mármol dorado en su pedestal.

La princesa, inmóvil, parecía esculpida en sal.

Pero entre las columnas, los murmullos comenzaban a agitarse como humo contenido.

Faltaba uno. El que no traía escolta ni legado. El que no había prometido nada.

Lefuan.

Y sus manos aún estaban vacías. Pero sus ojos... no. Sus ojos ya sabían qué traían.

Hasta que el maestro de ceremonia pronunció:

—Lefuan Lucius. El Invocado. Huésped sin linaje.

El salón enmudeció. No con dramatismo, tan solo una expectación densa.
Lefuan avanzó con paso constante. No apresurado, no solemne. Simplemente presente.
Sus ropas eran las mismas que en días anteriores: sin bordados, sin metales, sin colores de casa.
Su andar era limpio, desprovisto de escolta o escudo.

Su rostro, abierto como una pregunta aún no formulada.

Saco solo un pequeño estuche de cuero envejecido. Nada más.
Lo cargaba como quien lleva algo frágil... pero no por su materia, sino por lo que podría significar.

Frente al trono, se inclinó apenas —lo justo para honrar sin arrodillarse—.
Luego, con calma, abrió el estuche. De su interior extrajo un rollo de pergamino, sellado con hilo de cobre y marcado con una fecha: la del Día Doble.
Y entonces habló.

—Majestad. Alteza.
Vengo a entregar mi ofrenda.

Se giró hacia Luana.
Y sus palabras, aunque firmes, tenían una cadencia extraña:
como si no estuviera pronunciándolas... sino recordándolas.

—Nadie puede regalarte una joya que iguale lo que ya eres.
Ningún objeto puede competir con tu presencia.
Así que no traje uno. Traje **una idea**.

**Una pausa. No para el efecto.
Sino porque toda idea verdadera pide silencio antes de ser revelada.**

Lefuan levantó la vista hacia el cielo, como si considerara la inmensidad por un momento, y entonces respondió con naturalidad:

—Mi regalo es el más grande que alguien pueda ofrecer. No cabe en cajas. No se puede medir en quilates ni encerrar en jaulas.

Se giró hacia la sala, proyectando la voz como si hablara en un teatro:

—Propongo regalarle a vuestra hija... las dos lunas de este mundo. Tituladas y registradas a su nombre. Un gesto simbólico, poético... y jurídicamente válido, si los magos notariales no están tan oxidados como parecen.

Sostuvo el pergamino en alto. Pero antes de hablar, alzó la vista hacia Luana.
Y solo entonces, habló.

—Esta es una inscripción simbólica.
Registrada, firmada, sellada.
He entregado a tu nombre las **dos lunas de Naorhal**.

Un silencio denso, casi irreal, se apoderó de la sala. Ni el roce de telas ni el crujido de asientos rompía la quietud. Y luego... estallaron las primeras risas. No todas a la vez. Algunas surgieron contenidas, como si dudaran de su derecho a existir; otras fueron secas, punzantes, como dagas lanzadas al centro del salón.

—¿Las lunas...? —rió un noble de voz temblorosa—. ¡Por favor, qué ridiculez!

—¿Pretende que un documento le conceda la propiedad del cielo? —soltó otro, entre carcajadas incrédulas—. ¿Va a poner su nombre en los astros?

—Esto no es una ofrenda —intervino una voz más grave, cargada de indignación velada—. Es una sátira. Una burla disfrazada de audacia.

Y el eco de esas palabras, como un murmullo convertido en juicio, empezó a crecer entre los pliegues de la corte.

Lefuan alzó la mirada con calma y respondió:

—Según las leyes vigentes, todo territorio no reclamado o sin soberano reconocido puede ser inscrito legalmente a nombre de quien presente la solicitud formal y cumpla con los requisitos establecidos. No se trata de una burla, sino de un acto jurídico válido y fundamentado. Las lunas de Naorhal, hasta hoy, no tienen dueño registrado.

A partir de hoy —añadió—, los niños podrán mirar al cielo y decir:

“Esas son las lunas de Luana.”

Y no tendrán que entender por qué.

Solo sentir que **eso tiene sentido.**

Luana lo miraba sin parpadear. Sus ojos, profundos como pozos antiguos, no delataban emoción alguna, pero bajo la superficie de su serenidad, algo palpitaba. Como un animal sagrado que despierta con cautela. El pulso de su alma ya no era uniforme.

A su lado, Goucha permanecía sentada, la espalda recta, las manos cruzadas con una precisión que rozaba lo ritual. Su rostro era de piedra pulida, pero sus sentidos —vinculados al corazón de la heredera— vibraban como cuerdas de un laúd al borde del desgarró.

En el salón, el tiempo pareció vacilar. Las risas murieron como ecos mal enterrados. Los cuchicheos no se atrevieron a nacer. Quedaron solo miradas suspendidas en el aire, cejas alzadas con incredulidad, bocas abiertas que no sabían si burlarse o preguntar.

Y sin embargo, la reina no habló. No alzó una mano. No frunció un solo músculo del rostro.

El maestro de ceremonias, por su parte, mantuvo la vista fija en el suelo, como si comprendiera que había entrado en un terreno donde los libros no dictaban ley.

Porque no existía norma que condenara los gestos imposibles. Ni cláusula que deshiciera las metáforas. Ni reglas que castigaran la belleza absurda.

En un rincón, una anciana apretó los labios. En otro, un joven cerró los ojos como si presenciara algo que no debía mirar.

Y el salón, dividido en su entendimiento, eligió lo único que le quedaba: el silencio.

Los murmullos comenzaron como una lluvia tenue sobre el mármol.

—¿Se cree poeta? —susurró alguien, con un deje de desprecio contenido.

—¿Esto es una burla? ¿Una ofrenda imaginaria? —dijo otro, entre dientes, demasiado alto para ser inocente.

—Ni siquiera un anillo. Ni una piedra. Nada que pueda tocarse...

Las voces no eran aún gritos, pero se propagaban como fuego seco.

Desde las galerías elevadas, las cabezas comenzaban a inclinarse unas hacia otras. Los abanicos se abrían sin calor, con gestos inquietos. Algunos cortesanos se reían entre dientes, otros simplemente fruncían los labios, sin saber si era prudente indignarse o esperar.

No era escándalo todavía. Pero era desconcierto.

Y el desconcierto en la corte... era más letal que la burla.

Pero la reina no reía. No del todo. Había algo en esa idea que le había hecho levantar una ceja. Un regalo imposible... sí, pero uno con potencial simbólico. Si se presentaba bien, podía convertir a su hija en "**Princesa de las Lunas**" y a ella misma en algo aún más poderoso.

Lefuan percibió la grieta sutil en el rostro de la reina —una contracción apenas visible en la comisura de los labios, un parpadeo que tardó un instante más de lo necesario.
Y entonces, como quien ha esperado el momento exacto para herir sin violencia, dio el golpe final.

Sacó otro estuche de cuero, idéntico al primero.
El mismo material envejecido. La misma discreción casi provocadora.

Avanzó con paso firme hasta detenerse a pocos pasos del estrado real.
No se arrodilló. No desvió la mirada. Pero tampoco la retó.
Simplemente la sostuvo —con la claridad con la que se observa un eclipse, sabiendo que uno no debería... pero no puede evitarlo.

Y entonces habló. Con la voz exacta que se usa para decir lo irreversible:

—Y para vos, Majestad... tengo algo aún más digno: el título de *Reina del Sol*.

Un murmullo no bastó para lo que recorrió la sala.
Fue más bien una sacudida. Un crujido emocional.
Un giro de vértebras en cien columnas aristocráticas.

—Vuestra Majestad —añadió, sin levantar la voz—.
Para vos... tengo el sol.

Y entonces cayó el silencio. No un vacío.
Sino una presencia densa, aplastante, que nadie se atrevía a llenar.
Ni los nobles. Ni los escribas. Ni siquiera las piedras.

Abrió el estuche. De su interior extrajo un rollo de pergamino igual al anterior, lo desenrolló.

—Arihén de Naorhal: Reina del Sol.

Dueña de la luz que no teme sombra.
Señora del día que no se esconde.
Autoridad no por mandato, sino por persistencia.

No lo entregó. Lo sostuvo en alto. Lo dejó brillar como si hubiese sido convocado.

—No vengo a decir lo que sois.
Solo a dejarlo escrito... para que otros no lo olviden.

La reina Arihén no se movió al principio.
Ni un pestañeo, ni un suspiro, ni el menor ajuste en su postura.
El tiempo pareció doblarse en torno a su inmovilidad, como si incluso los hilos del destino esperaran su reacción.

Luego, con una lentitud deliberada, se puso de pie.

Su silueta se alzó sin prisa, pero con el peso total de la autoridad.
Y su sombra —larga, nítida, imponente— se proyectó sobre el mármol como una firma viva.
Una advertencia sin palabras.

Sus ojos se clavaron en los de Lefuan.
Y cuando los encontraron, se sostuvieron allí.
No había fuego en ellos, ni hielo. Tampoco juicio, ni perdón. Ni hostilidad ni simpatía.
Solo algo más raro: atención absoluta.

La reina lo miró fijamente. Por un momento, su máscara de hielo se quebró lo justo para revelar un destello de placer. Era una jugada peligrosa, absurda, y sin embargo... brillante.

—Acepto —dijo por fin—.
El sol será mío. Y las lunas serán de Luana.

Los nobles enmudecieron. Sabían que el gesto no tenía fuerza mágica ni territorial, pero tenía fuerza narrativa. Y en la política de Naorhal, eso valía más que cualquier mineral.

Lefuan se inclinó con fingida reverencia. Sabía que aún no había ganado nada... pero también que los otros pretendientes, por más tesoros que trajeran, jamás podrían superar la arrogancia de regalar el cielo.

Un murmullo comenzó a deslizarse por la sala, suave pero firme, como el viento que anuncia tormenta.

No era burla ni desdén, sino un susurro cargado de reconocimiento apenas contenido.

Los aplausos se contuvieron, medidos, como si cada palma fuera un secreto compartido.

Los ojos de los presentes se cruzaban, buscando confirmación en las expresiones ajenas, y en medio de esa red invisible, Goucha permanecía sentada justo detrás de la princesa.

Sus manos, apretadas con fuerza sobre el regazo, delataban un latido apresurado y contenido, como si su corazón hubiera despertado un recuerdo dormido, algo antiguo y profundo.

Desde un balcón alto, envuelto en sombras, Irisel observaba en silencio, su mirada fría y penetrante, siguiendo cada gesto, cada suspiro, con una atención que trascendía el presente.

Irisel observaba.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 1: *El día después de los cielos — Consecuencias de un gesto imposible*

El amanecer no trajo paz. Sólo claridad implacable.

Una luz desbordada que se colaba entre las piedras, las cortinas, los ojos mal dormidos.

Naorhal despertó bajo un cielo limpio como una hoja recién escrita, pero había algo distinto en el aire. Algo imperceptible, y sin embargo presente.

No era el clima, que seguía perfecto.

No era un nuevo decreto ni un golpe de estado. Era otra cosa.

Una vibración leve en la conciencia colectiva.

Una idea. Plantada como semilla en medio de una ceremonia.

Una idea que se había sembrado sin permiso.

Sin estandarte. Sin legitimidad. Y sin embargo, viva.

—¿Las lunas...? ¿Es en serio?

—Firmó un documento, dicen. Oficial, con sello y todo.

—¿Y qué importa si no vale nada? ¡La mitad del mercado ya habla de él!

—Mi hija no deja de preguntarme si puede ser "princesa de las lunas". Te lo juro. Hasta le ha hecho un dibujo.

Y así, antes de que los poetas la nombraran, antes de que la corte decidiera cómo callarla, la historia ya se estaba escribiendo sola.

Y Lefuan, con nada en las manos y todo en el gesto, ya no era solo un nombre extranjero.

Era el rumor que no se podía detener.

En los mercados, en las casas nobles, en los patios de entrenamiento...

el gesto de Lefuan se replicaba como una historia infecciosa.

Había tocado una fibra que nadie había previsto.

Los otros pretendientes lo entendieron antes que nadie. No lo dijeron en voz alta.

Pero lo sintieron en el cuerpo. En ese punto del estómago donde el orgullo huele el peligro.

Sael, al amanecer, seguía practicando sus estocadas en el patio interior del pabellón azul.

Pero sus golpes ya no eran limpios. La espada, que antes danzaba, ahora golpeaba con rabia.

Cada tajo tenía furia. Cada giro, una sombra de descontrol.

Velkhan, encerrado en su cámara de mármol y espejos, corregía su discurso para la corte.

Tachaba líneas y dictaba nuevas, cada una más adornada, más pesada... menos suya.

La elocuencia ya no le bastaba. Y eso lo descomponía.

Lysir, silencioso como un sacerdote enfermo, envió a sus heraldos a la biblioteca del ala oeste.

—Buscad precedentes —ordenó—.

¿Alguna vez alguien ganó terreno con palabras sin objeto?

¿Con gestos imposibles de contradecir porque no tienen peso... ?

Y **Hedarín**, el más callado de todos, no entrenó. No leyó. No planeó.

Se sentó en el muro más alto de su estancia y miró al cielo sin pestañear.

Las lunas aún flotaban allí, pálidas en el día.

Y murmuró, sin amargura ni admiración, como quien reconoce la belleza en una herida:

—Qué truco tan sucio...y tan perfecto.

En la sala privada del palacio, donde la luz entraba filtrada por celosías de ónice blanco, Luana deslizaba los dedos sobre el pergamino de las lunas. No lo había mostrado a nadie. No lo había guardado en cofres ni entregado a escribas. Lo mantenía cerca. Plegado con cuidado, entre los pliegues de su capa de descanso, como se guarda un recuerdo que aún arde pero no quema.

Sus dedos lo recorrían con una delicadeza ausente, como si no lo leyera con los ojos, sino con la piel. Como si en cada curva de tinta, en cada hilo de cobre, hubiera algo que hablaba en un idioma que no necesitaba traducción.

Una carta no enviada. Pero recibida igualmente.

Con la precisión de una ofrenda y la ternura de una promesa no pronunciada.

—¿Qué piensas? —preguntó Goucha, sin mirarla, mientras tallaba un peine de hueso con la destreza silenciosa de su estirpe. Sus movimientos eran lentos, casi meditativos.

Cada diente del peine surgía de la materia como una pequeña verdad liberada.

Luana no respondió enseguida.

Sus ojos seguían cerrados, como si aún mirara el gesto en lugar del objeto.

Cuando habló, lo hizo en voz baja, sin intención de romper el silencio, sino de sumarse a él.

—Que nadie más me ha mirado... como si ya supiera lo que yo soy.

No lo que aparento. No lo que esperan. Lo que soy.

—¿Y eso te gusta? —insistió Goucha, sin dureza ni prisa.

La pregunta era una piedra dejada sobre el agua.

Luana no respondió.

Solo dejó el pergamino a un lado, con la misma reverencia con que se deposita una joya en una tumba vacía. Luego cerró los ojos.

Y Goucha supo, sin necesidad de dones proféticos ni vínculos mágicos, que la respuesta no necesitaba forma. Ya estaba escrita. En la quietud. En el silencio.

En los jardines elevados del Palacio de Cristal, donde los árboles eran podados con la precisión de un juicio y el aire olía a flores que solo abrían al mediodía, la reina Arihén contemplaba el sol con el ceño fruncido. No como quien admira su esplendor, sino como quien sospecha de su persistencia.

Sentada en un banco de mármol envejecido por siglos de decisiones, sostenía sobre su regazo el pergamino que Lefuan había inscrito a su nombre. La ofrenda. El gesto. El desafío.

No lo mostraba. Tampoco lo ocultaba.

Sus dedos lo alisaban con la misma lentitud con que se desgrana una profecía.

Lo había leído ya media docena de veces. Y aún no decidía si era un halago... o un truco barato.

—Ha conseguido algo que ninguno de los otros pretendientes logró —dijo al fin, sin mirar a nadie. Su voz no sonó complacida. Ni alarmada. Solo... lúcida.

Una consejera de cabello níveo, envuelta en sedas de archivo y lógica, se inclinó ligeramente.

—¿Una ventaja política?

Arihén dejó escapar una breve exhalación.

Ni risa. Ni desprecio. Más bien... resignación.

—No.

—Entonces... ¿qué?

La reina entrecerró los ojos, como si aún viera el eco de las lunas donde antes hubo obediencia. Y respondió:

—Un problema sin solución.

En la parte baja del templo, donde el mármol olía a incienso dormido y el eco del silencio hablaba más que los rezos, Irisel se entrenaba sola.

El sol, aún oblicuo, dibujaba geometrías precisas en el suelo.

Sus pasos seguían una coreografía antigua:

lanzas cortas, movimientos oblicuos, cortes que no buscaban herir, sino recordar.

Cada giro, cada respiración, era una plegaria encubierta.

Una forma de mantener el cuerpo alerta... y movimientos de sombra.

Desde la penumbra de una de las columnas, una novicia la observaba sin atreverse a interrumpir el ritmo hipnótico.

—¿Es cierto... lo del invocado? —susurró—. Que ofreció el sol...

Irisel no detuvo el movimiento.

Solo giró la muñeca con precisión, dejando que la lanza corta silbara con elegancia en el aire.

—Ofreció palabras —corrigió, con voz contenida—.

Pero las palabras... también pueden cortar.

Y a veces, más hondo que el acero.

Esa misma tarde, cuando Lefuan descendía por el barrio intermedio rumbo al León Dorado, algo en la atmósfera había cambiado. Los colores no eran distintos. Ni las calles. Ni los sonidos. Pero sí las miradas. Ya no lo evitaban. Tampoco lo saludaban. Lo medían.

Como quien contempla una figura geométrica que no encaja en ningún patrón... y sin embargo, parece contener una verdad que aún no saben nombrar.

Como si quisieran entender qué era lo que habían dejado entrar.

Tarek lo esperaba sentado en la escalera de piedra frente al León Dorado, una rama seca en la boca como si masticara su propia incredulidad.

El sol empezaba a caer tras los tejados, dorando las fachadas con esa luz que convierte lo cotidiano en presagio.

Al ver a Lefuan, sonrió con la torcedura típica de quien ha sido testigo de algo que aún no entiende del todo.

—¿Te das cuenta de lo que hiciste?

—¿Un poema caro? —dijo Lefuan, sin detener el paso.

—Una maldita revolución —replicó el muchacho—.

Y ni siquiera con espadas. Sin sangre. Solo con un maldito pedazo de papel.

Dentro de la taberna, el aire olía a menta tostada y a tabaco suave.

Mira no dijo nada al verlo. Solo dejó una taza de té sobre su mesa, como si el gesto fuera parte de una ceremonia secreta.

—Hoy vino un noble a preguntar por ti —murmuró.

—¿Qué quería?

—Saber si sabías lo que estabas haciendo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no.

Pero que lo hacías igual.

Lefuan bebió en silencio. El té estaba tibio, con ese amargor dulce que siempre llegaba después de una decisión que no podía deshacerse.

Y en ese instante, sin necesidad de confirmaciones ni mapas, lo supo:
había cruzado una línea. Una que no estaba escrita en ninguna ley ni dibujada en ningún escudo.
Una que los otros aún ni siquiera sabían que existía.

No por haber ofrecido la luna.

Ni por haber prometido el sol.

Sino porque el pueblo —ese enjambre invisible que los nobles siempre olvidaban—
había comenzado a levantar la vista. A mirar hacia arriba.

Y a preguntarse si esas luces lejanas... ya tenían nombre.

Y los nombres, como todo lo que arde lento,

son el principio de todo cambio.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 1.5: El juicio de los dioses

La noche había caído como un velo sobre la ciudad, pero el interior del palacio estaba más tenso que nunca.

Mientras los nobles murmuraban sobre el “regalo celestial” de Lefuan y los heraldos del trono debatían la legitimidad de títulos cósmicos, una figura avanzaba con paso silencioso por los corredores: **Irisel**, la asesina de Assil.

Llevaba semanas observándolo, estudiándolo. Lo había seguido en secreto, escuchado sus palabras, analizado sus gestos. Y ahora, tras su “ofrenda” en la sala del trono, ya no tenía dudas.

Cada sombra parecía seguirlo como si el mundo ya conspirara en torno a él. No era solo una anomalía: era un foco de disrupción. Había sobrevivido al ritual, desafiado los designios, y ahora hablaba con la reina como si el trono le perteneciera por derecho implícito. Si alguna vez lo alcanzaba —si alguna vez las coronas se inclinaran ante él— el equilibrio mismo de Naorhal correría peligro. Era impredecible, ajeno a las reglas, y por eso mismo... una amenaza.

Él era el invocado. El ritual sí había funcionado.

Había escapado, sí, pero no era un fracaso. Era una anomalía.

Y las anomalías, según el dogma, debían ser eliminadas.

Lo encontró solo en el jardín de las estatuas. Sentado sobre una piedra, mirando el reflejo de las lunas en el estanque.

Entonces Irisel atacó. Sin preámbulos. Su hoja curva salió de la vaina como un rayo, dirigida a la garganta.

Pero no llegó.

Una fuerza invisible se interpuso entre ambos. El aire tembló. El suelo se agrietó. Y los ojos de Lefuan brillaron con una luz azul oscura, como el fondo de un océano sin fin.

Irisel cayó de rodillas. La daga temblaba en su mano, sin obedecerla.

Una voz habló a través de Lefuan. No era suya. Era profunda, vasta, con ecos de miles de relojes marchando al unísono.

«Yo soy **Naeliz**. Guardián del tiempo. Este mortal ha sido elegido. Su cuerpo, su espíritu y su juicio son ahora parte de mi herencia.»

Irisel no podía moverse. La magia le pesaba sobre los hombros como una losa divina.

—¿Por qué él?! —susurró con rabia—. ¡No cree en los dioses!

«Y, sin embargo, los representa mejor que muchos de sus fieles.»

El brillo se apagó. Lefuan se desplomó, inconsciente. La voz cesó.

Y la asesina, entre la ira y la confusión, entendió la gravedad de lo ocurrido.

El invocado había sido elegido.

Horas después, Irisel lo arrastraba —semiinconsciente— por los pasillos del Gran Templo de Assil. Los clérigos protestaban, confundidos, al ver a la asesina aparecer con su víctima...

Cuando Lefuan volvió en sí, el mundo era una cacofonía de sonidos apagados y luces demasiado nítidas. Su cuerpo pesaba, pero algo en su interior se había vaciado y llenado a la vez.

Estaba tendido en el centro del **Gran Salón del Templo de Assil**, rodeado por clérigos, nobles, y soldados que se mantenían a distancia, como si temieran que la luz lo consumiera o que hablara con otra voz.

Solo **Irisel** se mantenía cerca, en silencio. Su rostro no mostraba emoción, pero sus ojos no lo soltaban.

Él se incorporó con dificultad. Le dolía el cuerpo, el alma, y hasta la sombra.

No podía hablar. Una mordaza de lino rugoso le ceñía la boca, y sus muñecas, atadas con cuerdas firmes y sellos de contención, le ardían con cada movimiento. No estaba allí como invitado... sino como prisionero.

Columnas envueltas en seda dorada, tapices con el rostro de Assil bordado en hilo de luz, candelabros flotantes y una plataforma central custodiada.

El primero en alzar la voz fue el **Sumo Iluminado Varenth**, un anciano de rostro sereno y mirada como vidrio:

—El dogma es claro. Las anomalías deben ser juzgadas por el Cónclave de la Luz.

—Y también lo es la señal —interrumpió Irisel, por primera vez sin agachar la cabeza—. Yo lo vi. Yo lo *sentí*. Esa no era magia común. No era posesión. Fue *Naeliz*.

Un murmullo sacudió el templo. Algunos retrocedieron un paso, como si el nombre pesara en el aire.

El **Guardaluz Relhain**, joven, con túnica recién bordada y palabras aún verdes, se atrevió:

—¿Y si fue un engaño? ¿Una ilusión? ¿Un eco de lo que deseábamos ver?

Irisel se volvió hacia él, sus palabras cortantes:

—¿Y si no? ¿Estás dispuesto a cargar con el juicio de un dios por no reconocer su señal?

Varenth alzó una mano, pidiendo silencio.

—No podemos juzgar con miedo, ni con fervor. Solo con testimonio y equilibrio.

Así se convocó el **Juicio en la Nube de Vela**, una antigua práctica del templo para determinar si alguien hablaba con voz propia o era un canal de los dioses.

Lefuan fue colocado en el centro del círculo, con cinco clérigos dispuestos alrededor.

Irisel no se movió de su lado.

Varenth presidió.

La ceremonia duró hasta el amanecer.

Y cuando la última vela se apagó sola —antes de que alguien soplara, antes del viento— cuando el humo escribió una espiral hacia el cielo...

todos supieron la respuesta.

Varenth habló:

—Naeliz ha tocado a este hombre. No por fe. No por linaje. Sino por necesidad.

Se volvió hacia los presentes.

—Y cuando un dios escoge... solo un necio se interpone.

El templo no aclamó. No adoró. Pero tampoco ejecutó.

Lefuan fue liberado. Con una condición no escrita, pero entendida:

el ojo de Assil siempre estaría sobre él.

Y desde ese día, Varenth permitió que un nombre nuevo apareciera en los registros del templo, bajo categoría singular: **“El Portador del Reloj Roto”**.

Irisel se acercó sin una palabra. Con un gesto lento y preciso, rompió los sellos que ataban sus muñecas y retiró la mordaza con manos firmes. No fue un acto de compasión, sino de protocolo. La decisión ya había sido tomada.

Lefuan caminaba, hacia la salida.

Antes de cruzar el umbral, Lefuan se detuvo. Miró por encima del hombro, con la voz aún áspera por la mordaza:

—No pedí ser invocado. Pero ya que estoy aquí... haré que valga la pena.

Algunos sacerdotes murmuraron, escandalizados. Pero nadie lo detuvo.

Y mientras salía del templo, sus pasos resonando con más fuerza de la que esperaba, entendió que había cruzado un umbral invisible. Ya no era solo un extranjero. Ni un pretendiente.

Era un símbolo.

Desde lo alto del templo, Irisel lo observaba marcharse.

Esa misma noche, la reina mandó llamarlo. No en el trono, sino en sus aposentos privados.

Lo esperaba sola, con una copa de licor solar y una expresión más pensativa que altiva.

—Parece que sabes jugar con los dioses mejor que con los hombres —dijo, sin preámbulos.

Lefuan se mantuvo de pie, sin responder.

—Mi hija te ha elegido como uno de sus cinco pretendientes. Pero ahora... hay quienes te ven como algo más. Hay nobles que temen que uses tu estatus para alterar las tradiciones. Hay clérigos que quieren verte colgado por blasfemia.

—Y tú, ¿qué quieres?

La copa en la mano de Lefuan seguía tibia.

El licor solar bajó por su garganta como un recuerdo cálido, punzante.

La reina se levantó con lentitud, sin perder su compostura. Caminó hacia la ventana de cristal oscuro que daba al patio interior. La luna pálida trazaba una línea sobre su rostro.

—Cuando era joven, soñaba con incendiar el trono —dijo Arihén, como quien habla del clima—. No destruirlo. Solo... quemar lo suficiente para que no me enajenara como a mi madre.

Lefuan no respondió. La copa se mantuvo firme entre sus dedos.

—Pero aprendí —continuó ella— que el poder no se quema. Se traslada. Se disfraza. Se duerme en tus rodillas mientras tú crees que lo dominas.

Se giró hacia él, más cerca ahora.

—Por eso te llamamos. No por la profecía. No por la niña. Ni siquiera por... —hizo una pausa—. Te invocamos porque el Reino está quebrándose.

Silencio.

—Las profecías dejaron de hablar hace cuatro inviernos.

Los nacimientos de la nobleza han descendido en un treinta por ciento.

El vínculo con las fuentes sagradas es errático.

Assil no responde con claridad.

Y hay zonas enteras del sur donde el tiempo *no se comporta* como debería.

Dejó la copa sobre la mesa. Se acercó más.

—El templo cree que es culpa del pecado. Los nobles creen que es culpa del hambre. Yo... creo que el mundo se está deformando desde dentro.

Como una herida que nadie quiere mirar.

Se detuvo frente a él.

—Y entonces apareciste tú.

Fuera del tiempo. Fuera del guion.

Un hombre sin raíz que pronuncia palabras que nadie recuerda haber escrito, que evoca símbolos que los sabios han dejado de traducir.

Y sobre ti... un dios que ya no hablaba desde hace siglos, de pronto, rompe el silencio.

Lefuan la observó con quietud.

—Entonces... ¿fui invocado para ser una herramienta?

—No. —Su respuesta fue rápida—. Fuiste invocado para ser una ruptura.

Un corte limpio entre lo que fue y lo que debe venir.

Afuera, el viento arrastraba el murmullo de los salones lejanos. El castillo no dormía.

—Hay facciones que quieren apropiarse de ti —continuó la reina—.

El Alto Consejo quiere que te cases con Luana y desaparezcas en un título.

El brazo más radical del templo —los Fieles de la Luz— piden tu ejecución pública, para que tu muerte “purifique el error ritual”.

Y hay algo peor...

Se acercó aún más, hasta estar a un suspiro de distancia.

—Hay quienes creen que no existes. Que eres una ilusión colectiva. Un mito encarnado.

Y esos...

esos no querrán destruirte. Querrán *usarte como profecía viva* para justificar sus guerras.

Lefuan cerró los ojos un instante. Todo encajaba. El ritual. La mirada de Irisel.

La forma en que los soldados lo evitaban sin razón.

—¿Y tú? —repitió él, con voz baja—. ¿Qué harás conmigo?

La reina sonrió. No fue una sonrisa de poder.

Fue una de esas que solo las madres exiliadas de su ternura pueden esbozar.

—Yo voy a dejarte jugar.

Porque este reino necesita caos lúcido más que orden podrido.

Pero recuerda esto, Lefuan Lucius del otro mundo:

Los dioses escogen a quien no quiere ser héroe. Y el pueblo, tarde o temprano, exige que lo seas.

Se dio la vuelta, dispuesta a dejarlo.

—¿Por qué me lo cuentas todo ahora? —preguntó él.

Arihén se detuvo, sin girarse.

—Porque la partida ya ha comenzado. Y yo quiero saber si te van a coronar... o a colgar.

La reina lo miró largo rato. Luego sonrió, como una gata evaluando una criatura nueva.

Le ofreció la copa. Lefuan la tomó, bebió, y no volvió a decir nada.

Porque entendía que la partida estaba en marcha. Que el juego de alianzas, fe y poder ya no tenía reglas fijas.

Y que, por algún giro torcido del destino, él era la pieza que nadie sabía cómo mover... pero todos querían controlar.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 2: *Los heraldos de la prueba — Anuncio del Desafío de las Virtudes*

Tres heraldos cruzaron los umbrales del Palacio de Cristal justo cuando el sol alcanzaba su cenit, proyectando sobre el mármol una luz tan densa que parecía un juicio.

No venían precedidos por fanfarrias ni escudos dorados.

No montaban caballos. Llegaron a pie, como lo hacen los mensajeros de lo inevitable.

Vestían capas largas que no ondeaban al viento:

una blanca, con el sello trenzado del templo;

una gris, marcada con el emblema austero del consejo civil;

y una roja, bordada en oro opaco con el halcón de la casa solar.

Cada uno era la voz encarnada de un poder ancestral.

Pero juntos... eran algo más.

No traían documentos. Ni sentencias. Eran su propio mensaje.

Porque su aparición no anunciaba una ceremonia más. Anunciaba un pacto.

Una conjunción que ocurría solo cuando el reino debía rendirse ante su propio mito:

la alianza temporal entre fe, ley y corona.

Así comenzaba la segunda etapa del rito.

Ya no habría obsequios envueltos en metáfora.

Ni discursos envueltos en seda.

Esta vez, el juicio no se expresaría con palabras...

La Sala de la Marea Baja —una estancia circular sin trono, sin columnas, solo piedra y silencio— se llenó con los pretendientes, los sabios, los clérigos y la corte silenciosa de Arihén.

Luana estaba presente, pero no pronunció una sola palabra.

Vestía de azul marino, profundo como la tinta antes del primer trazo, sin joyas ni brocados, sin el más mínimo adorno que pudiera suavizar su presencia.

Su capa, suelta a la espalda, caía recta como un pliegue de noche detenida.

Sus ojos, serenos y duros, permanecieron fijos en el centro del círculo ceremonial, donde el mármol claro parecía más blanco que en cualquier otra parte de la sala.

No buscó a Lefuan con la mirada.

No lo sostuvo ni un instante, como muchos esperaban.

Y sin embargo, su distancia decía más que cualquier declaración.

Era un lenguaje sin gramática, pero cargado de significado.

Ella estaba allí, sí. Pero no para guiar a nadie. Estaba allí para ver...
quién merecía acercarse.

Fue el heraldo gris, el de la corte, quien habló primero.
Su voz era firme, grave como una piedra al caer en agua quieta:
—El ritual ha avanzado con ofrendas. Con narrativas. Con ecos.
Pero el trono no se gana con símbolos solamente.

Luego, el heraldo blanco, del templo, dio un paso adelante.
Llevaba los ojos delineados con ceniza y el aliento medido por siglos de liturgia.
—Toda luz debe ser puesta a prueba en la oscuridad —dijo—.
A partir de esta noche, cada pretendiente será juzgado no solo por lo que dice...
sino por lo que puede sostener cuando todo lo demás cae.

Y fue el heraldo rojo, del consejo civil, quien cerró la proclama.
No alzó la voz. No lo necesitaba.
Cada palabra salía como un decreto ya grabado en piedra:
—Tres desafíos.
Tres caminos.
Tres espejos del alma.
Uno físico, uno político, uno espiritual.
Cada uno con sus dominios.
Cada uno con reglas más antiguas que cualquiera de nosotros.

Hizo una pausa, solo para que el peso cayera con elegancia:
—Quien triunfe en uno... será digno de respeto.
Quien lo haga en dos... ganará favor.
Quien lo haga en los tres...
será imposible de ignorar.

Los pretendientes escuchaban en silencio.

Sael apretaba los puños como si quisiera convocar la guerra con los nudillos.
Velkhan murmuraba fórmulas antiguas bajo la lengua, como si pudiera calcular la gloria.
Lysir inclinaba apenas la cabeza, invocando a sus ancestros como testigos mudos.
Hedarín giraba su anillo con un tic invisible, como si el metal le diera consuelo.
Lefuan... simplemente **parpadeó una sola vez**.
Y sonrió. No con soberbia. No con ironía.
Sino con la tranquila fascinación como si alguien acabara de ofrecerle un juego de dados cargados.

El primer desafío fue anunciado para el amanecer siguiente:
una prueba de combate, cuerpo a cuerpo, sin armas letales.

No ganarían necesariamente los más fuertes, sino **los que mejor encarnaran la virtud de la “Fuerza Justa”**: saber cuándo golpear... y cuándo contenerse.

Tendría lugar en el jardín circular del palacio, un claro de mármol entre árboles esculpidos, donde todo eco era audible.

Allí, bajo la mirada imperturbable de la princesa, cada gesto sería un argumento.

El segundo reto llegaría al anochecer del día siguiente:
una disertación y juicio político ante el **Consejo de la Piedra Vacía**.
Un círculo cerrado, cubierto de tapices densos y columnas grabadas con leyes olvidadas.
Allí, cada pretendiente enfrentaría un conflicto político simulado, pero basado en hechos reales.
Una revuelta en las provincias solares.
Una sequía sostenida en los cultivos altos.

Una alianza con consecuencias ambiguas.

No se esperaba una solución perfecta.

No bastaba con tener razón. Percisaba **Visión, Juicio y Tacto**.

La tercera... no tenía fecha ni lugar.

Solo una advertencia, dicha por el heraldo blanco, con un susurro que heló incluso el mármol:

—Vendrá cuando menos la esperéis, será frente a un reflejo que no miente. No tendrá testigos.

Y tras esa frase, nadie habló. Porque todos comprendieron, sin que nadie lo dijera, que la última prueba no se superaba con músculos ni discursos.

Irisel, presente en la sala bajó la vista una fracción de segundo.

Sabía exactamente a qué se referían. Y no le gustaba.

Cuando los heraldos se retiraron, la sala quedó sumida en un murmullo contenido.

El juego había cambiado. La música de los símbolos había cesado. La poesía había terminado.

Y en su lugar, avanzaban ahora otras piezas: el cuerpo, la voluntad, el juicio.

Ya no se trataba de ser vistos. Sino de resistir.

De mostrar, sin quererlo, las grietas reales que todos escondemos tras el rostro que ofrecemos.

Al salir, Lefuan fue abordado por Tarek, que había logrado colarse disfrazado de paje.

La túnica era demasiado corta y el sombrero le quedaba torcido, pero caminaba con la soltura de quien ha hecho del descaro un arte.

—¿Y ahora qué harás, poeta?

¿Lucharás con metáforas?

Lefuan le revolvió el pelo sin responder, como quien responde con ironía al caos.

Pero el muchacho no se apartó. Caminó a su lado, bajando la voz solo un poco.

—¿Sabes lo que dicen ahí dentro? Que el dios que habló a través de ti es solo una farsa antigua... que la reina te tolera por capricho... y que alguno de esos nobles planea envenenarte antes del primer eclipse.

Lefuan ladeó la cabeza, sin frenar el paso.

—¿Y tú? ¿Qué dices tú?

Tarek se encogió de hombros.

—Yo digo que es la primera vez en años que algo *de verdad* interesante pasa en este reino.

Lefuan rió con un suspiro breve.

—¿Eso significa que vas a seguir pegado a mi sombra?

—Nah. Tu sombra se mueve demasiado.

Pero estaré cerca.

—Se detuvo un instante, más serio—. Solo... no creas que todos los golpes vendrán de frente, ¿sí? Aquí la gente se mata con sonrisas, y las estocadas duelen más si vienen con perfume.

Lefuan se volvió hacia él.

Lo miró largo rato, como quien mide una idea a medio formar.

—Tú eres demasiado listo para andar robando manzanas en mercados de cuarta.

—Y tú eres demasiado honesto para durar mucho en la corte —replicó el muchacho, sonriendo con dientes afilados—. Supongo que eso nos hace una pareja útil.

—O una tragedia en construcción.

—A mí las tragedias me aburren. Prefiero los finales que nadie se espera.

—¿Como este?

—Como tú —respondió Tarek, y se marchó silbando una tonada de borrachos que nadie en el palacio debería conocer.

Y Lefuan caminó hacia el ala oeste del palacio, donde aún no sabía que, entre las glicinas del jardín, le esperaban verdades con forma de puño.

El jardín del ala oeste no era un espacio de belleza.

Era una trampa de memorias.

Arbustos en forma de animales extintos, glicinas trepando sin orden sobre columnas rotas, y bancos de piedra agrietada donde nadie se sentaba por gusto, sino por necesidad.

Allí, donde la luz lunar no llegaba del todo y el perfume de las flores parecía contener una nota de hierro, Lefuan avanzó. No buscaba a nadie. No todavía.

Pero el jardín, como todo lo que importaba en ese mundo, no era un lugar neutral.

—Has sobrevivido al juicio de los dioses —dijo una voz grave.

Surgió de entre las glicinas, como si creciera con ellas.

Era **Velkhan del Mar de Lasas**.

Vestía de manera informal, pero no relajada.

Sus botas estaban manchadas de tierra. Su capa, de vino. Su mirada, de cálculo.

—¿Vienes a felicitarme o a desafiarme? —preguntó Lefuan sin detenerse.

Velkhan dio un paso adelante. A su espalda, emergieron **Sael de Ryndara** y **Hedarín del Claro Oscuro**.

Tres de los cinco pretendientes.

Tres figuras diferentes.

Un mismo objetivo.

—Queremos hablar —dijo Sael.

—Queremos entender —dijo Hedarín.

—Queremos saber si debemos aplastarte ahora... o más tarde —dijo Velkhan.

Lefuan se cruzó de brazos.

—Curioso. Nadie preguntó si yo quería hablar.

—No eres noble —sentenció Velkhan—. No eres de aquí. Y sin embargo, estás en la senda del trono. Eso, Lefuan, no es una conversación. Es una amenaza.

—No busco el trono.

—Y sin embargo, lo estás contaminando con tu sombra —dijo Hedarín—. ¿Qué sentido tiene nuestra sangre, si un dios puede señalar a un extranjero y romper las reglas?

—¿Qué sentido tiene vuestra sangre, si lo único que defendéis con ella es vuestra arrogancia? —replicó Lefuan, sin alzar la voz.

Por un segundo, nadie se movió. Fue Velkhan quien primero se adelantó. No con espada, sino con puño cerrado.

El golpe fue rápido.

Sorprendente.

Pero Lefuan se apartó medio paso, lo justo para que el puño rozara su mejilla sin fuerza.

Sael lo miraba en silencio.

Hedarín bajó la cabeza, frustrado.

—No vinimos a pelear —dijo finalmente Sael—. Vinimos a advertirte.

—¿Advertirme?

—Hay quienes no obedecen templos. Ni reinas. Ni dioses.

Y si sigues subiendo sin entender cómo funciona esta torre torcida que llamamos reino... te tirarán desde la cima antes de que puedas mirar hacia abajo.

—Entonces que vengan —dijo Lefuan—. Pero que vengan sabiendo que yo no caigo.

Yo *rompo*.

Velkhan se giró sin más.

Sael le dedicó una inclinación breve, como un saludo incompleto.

Hedarín lo miró por última vez, con un asomo de respeto en los ojos.

Cuando se marcharon, el jardín pareció suspirar.

Desde el borde del muro, entre las glicinas más altas, **Luana** había observado en silencio.

No por miedo. Ni por romanticismo. Sino por necesidad.

Porque el único que aún no sabía qué significaba Lefuan para ella... era él.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 3: *El duelo del jardín circular — Golpes que no eran contra el cuerpo*

El patio de la Lanza Blanca fue reacondicionado para la ocasión.

Arena recién tendida, gradas encantadas para amortiguar el eco, estandartes colgados entre columnas y una barrera de luz delimitando el círculo sagrado de combate.

No se luchaba hasta la muerte. Pero sí hasta la **esencia**.

No tenía estatuas. Ni flores. Ni fuentes.

Solo un anillo perfecto de grava blanca, delimitado por hileras de bambú tallado y muros cubiertos de líquenes antiguos.

En el centro, tierra firme. Tierra donde se caía sin herida... pero **con vergüenza**.

Cinco candidatos. Una liga cerrada. Todos pelearían contra todos.

Y solo los dos con más victorias llegarían al duelo final.

La corte estaba reunida en las gradas de piedra elevada, protegidas por un dosel ligero de tela azul pálido. Luana observaba desde el nivel más alto, sin compañía visible.

Vestía armadura ceremonial sin armas. Un gesto sutil, pero claro: **esa era su guerra**.

**

El primer combate fue entre **Hedarín del Claro Oscuro** y **Velkhan del Mar de Lasas**.

Ambos eran expertos, aunque de estilos opuestos.

Hedarín usaba una espada doble curva, ligera como una pluma encantada. Su danza era fluida, casi teatral.

Velkhan, en cambio, empuñaba una lanza corta de tres puntas y atacaba como el mar que representaba: imprevisible, violento, pero rítmico.

La lucha duró catorce compases.

Al décimo, Velkhan intentó una finta de torso que Hedarín esquivó girando sobre su propio eje.

Al duodécimo, intercambiaron golpes tan veloces que las chispas formaron una palabra sin lengua.

Pero en el decimocuarto, Hedarín arrojó su espada al aire, giró sin verla, y atrapó la segunda empuñadura con la mano izquierda, hundiéndola en el suelo entre los pies de su oponente.

No fue una victoria humillante.

Fue poesía.

**

El segundo combate destacado fue entre **Sael de Ryndara** y **Lysir Val-Raem**.

Sael vestía sin ostentación. Una túnica de lino oscuro y una espada de guardia cuadrada.

Lysir, en cambio, apareció con una capa de seda blindada con runas y una espada de cristal-memoria que reflejaba los temores del adversario.

Los primeros minutos fueron casi teatrales: Lysir hablaba, Sael callaba.

Lysir provocaba con insultos velados, Sael respondía con movimientos precisos.

Pero al sexto compás, Sael bloqueó un tajo alto, giró en línea baja y desarmó a Lysir con una precisión quirúrgica.

—¿Eso fue suerte? —preguntó Lysir, aún jadeando.

—Eso fue práctica —dijo Sael, y se marchó sin más.

**

Los demás combates se sucedieron entre días, con interrupciones por celebraciones y ayunos rituales.

- **Hedarín** derrotó a **Lysir**, pero cayó ante **Sael**.
- **Velkhan** ganó solo un combate, frente a **Lysir**, quien no ganó ninguno.
- **Sael** ganó todos.
- **Lefuan**, por su parte, venció a **Velkhan** y **Lysir**, sorprendió con una victoria tensa frente a **Hedarín**, pero cayó ante **Sael** en el enfrentamiento regular.

Aun así, su desempeño lo colocó en segundo lugar.

Y así fue convocado el **duelo final**.

**

Último combate: Lefuan vs. Sael de Ryndara

No había música. Solo el murmullo de las lunas.

Las gradas estaban en silencio. La reina observaba con los dedos entrelazados. Luana, a su lado, sin mostrar emoción alguna.

—No es personal —le dijo Sael, alzando la mano antes de comenzar—.

Pero no puedo dejarte lucir mejor que nosotros otra vez.

Lefuan no usaba espada noble ni armadura encantada.

Solo una hoja corta de filo apagado y un chaleco de cuero.

Sael, en cambio, vestía de negro oscuro con ribetes plateados, y su espada, aunque sin ornamento, tenía el aura de quienes han sido entrenados para matar sin odio.

El combate fue limpio. Silencioso.

Sael se movía como el viento entre ramas. Rápido, elegante, implacable.

Su primer ataque fue un giro bajo, una barrida con el talón que habría derribado a cualquiera... menos a alguien que no estaba allí.

Lefuan no esquivó: **ya no estaba donde lo esperaban**.

Sus movimientos no eran ortodoxos. Eran... sueltos.

Como si su cuerpo no respondiera al entrenamiento de academias, sino a la lógica de las calles.

Al azar que sobrevive.

El público contenía la respiración.

Sael lanzó una combinación de tres golpes. Dos conectaron. Uno falló.

Pero Lefuan **no contraatacó**.

Sael atacaba con constancia, obligando a Lefuan a retroceder en espiral, defendiendo sin improvisar.

Pero Lefuan... no buscaba ganar.

Buscaba *entenderlo*.

Y por un momento, lo logró.

En el noveno compás, Lefuan logró empujar a Sael fuera de su centro. Un giro inesperado lo puso a un paso de la victoria.

Pero no dio el golpe final.

Sael sí.

Un tajo limpio. Preciso. Detenido justo a un dedo de su garganta.
El filo vibraba aún en el aire cuando el silencio se hizo.

Y luego, como un suspiro contenido demasiado tiempo, estallaron los aplausos.
El público aplaudió a Sael —su técnica era impecable, su temple, indiscutible—.
La victoria fue clara.

Los más curtidos en combate —capitanes retirados, duelistas veteranos, instructores de las academias del sur— intercambiaban miradas de aprobación.
Reconocían en Lefuan algo que no se enseñaba:
La calma del que no teme caer.
La claridad del que sabe cuándo no es su turno.

En cambio, los nobles, vestidos de brocados y orgullo, no ocultaban su júbilo.
Una derrota para el forastero era, para ellos, un regreso al orden.
Una grieta menos en el muro de sus privilegios.
—Uno menos —murmuró un duque, alzando su copa.
—No durará otro desafío —respondió su prima, con media sonrisa.

**

Luana, desde lo alto, **no sonrió**.
Pero sus dedos se curvaron sobre el borde de piedra, como si palparan un pensamiento apenas formado. La capa le caía a un lado, olvidada por el protocolo, y en sus ojos no había júbilo... sino algo más extraño: Una pausa. Como quien contiene el aliento sin saber por qué.
A su lado, Goucha no dijo nada. Pero sintió la tensión suave de una cuerda invisible.

Irisel, desde la galería norte, observaba en diagonal, con los brazos cruzados y la mirada aguda.
—No es un guerrero —susurró, apenas audible—.
Y por eso... quizás sea el más peligroso.

Esa noche, Lefuan volvió a su habitación sin escoltas, con un corte fino en la mejilla como firma de una historia bien escrita.
Sobre su cama, cuidadosamente dispuesta, yacía una flor envuelta en seda azul profundo.
No tenía sello. No tenía nota. Pero su aroma... era de jardín cerrado tras cortinas de plata.
Desde una torre cercana, una figura encapuchada lo contemplaba entre sombras.
Era Irisel. O tal vez Luana. O ambas, en distintas horas de la noche.
Porque a veces, una derrota bien medida se vuelve eco.

Y ese eco —lento, persistente— es la forma más infalible de no desaparecer.

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 3.5: Goucha — El vínculo que recuerda sin palabras

Goucha nunca fue completamente libre. Ni completamente esclava. Nació entre márgenes. Su madre, una artista con la voz rota y los ojos de una sensibilidad inusual, podía llorar por sueños ajenos.

Su padre, un comerciante de especias nobles, nunca la reconoció en público, pero le enviaba libros sin firmar.

Desde los primeros meses, Goucha absorbía las emociones como otros niños absorben leche: sin comprender, pero necesitando.

En Naorhal, las **gou** no eran simples acompañantes.

Eran **vínculos vivientes**, entrenadas desde la infancia para servir como ecos emocionales de los nobles de sangre alta. No era esclavitud declarada.

Era otra forma de atadura: voluntaria, celebrada, disfrazada de devoción.

A los seis años, Goucha fue entregada al **Templo de las Tramas Vivas**, donde las niñas y niños con su don eran preparados.

Allí aprendió a silenciar pensamientos, a abrir su corazón solo cuando se le permitía, a leer una lágrima sin verla.

Pero a diferencia de muchas otras gou, **Goucha no se disolvía en los demás**.

No se perdía: **los contenía**.

A los diez años, le asignaron su destino.

Luana apenas una niña de doce años.

Una princesa de mirada inquisitiva, de emociones sin filtro, de sueños imposibles.

Una niña criada entre intrigas, que aprendía a disimular su fragilidad tras una voz firme.

El primer encuentro fue breve. El segundo... eterno.

La primera vinculación — Noche de espejos

La cámara estaba envuelta en incienso. Las velas flotaban en un círculo de aceite consagrado.

La sacerdotisa mayor recitaba el rito, su voz una cuerda suave entre ambas niñas.

Luana temblaba. Goucha, más pequeña, mantenía los ojos abiertos sin pestañear.

—¿Sabes lo que significa este lazo? —preguntó la sacerdotisa.

—No —respondió Goucha.

—Significa que serás espejo.

Sentirás su dolor antes que ella.

Y si alguna vez muere... una parte de ti también morirá.

Goucha bajó la mirada. Pero no lloró. Tomó la mano de Luana. Y aceptó.

La luz cambió. Una bruma azulada envolvió sus dedos unidos.

Y por un segundo, ambas sintieron un tirón dentro del pecho. No dolor. No magia. *Reconocimiento*.

Esa noche durmieron juntas. Y por primera vez... soñaron el mismo sueño.

Una puerta. Una corona partida. Y dos lunas llorando sobre un jardín y un roble blanco.

Los meses pasaron. Y donde iba Luana, iba Goucha. Como sombra. Y como raíz.
Cuando Luana reía, Goucha sonreía antes.
Cuando Luana se sentía sola, Goucha temblaba sin saber por qué.
Y cuando Luana fue obligada a callar por deber, **Goucha aprendió a sentir por ambas.**

A los trece, Luana fue encerrada tres días en el Salón del Silencio como castigo por un gesto desobediente. Goucha se encerró sola en el atrio, de rodillas, en ayuno absoluto.
Cuando al fin se reencontraron, no dijeron nada. Pero una lágrima cayó al mismo tiempo por el rostro de ambas. Y por un instante, hasta la piedra del templo pareció respirar con ellas.

Las gou no eligen. No tienen voto en el consejo. Ni asiento en el templo.
Y Goucha, aunque todos la llamaban "la callada", era quien más cosas había sentido en ese palacio.
Quien más secretos guardaba. Caminaba como quien ha aprendido a no dejar huella.
No por miedo. Sino por respeto.

Desde que fue vinculada a Luana, su vida no había sido suya del todo, pero tampoco esclava.
Era otra cosa. Una línea silenciosa entre dos corazones.

No hablaba si no era necesario. Y cuando lo hacía, sus palabras llevaban una textura que nadie más en el palacio entendía: la de quien siente antes de comprender.

Luana no necesitaba decir "tengo miedo" para que Goucha cerrara las ventanas.
No necesitaba llorar para que le ofreciera un cuenco con miel tibia.
En realidad, no necesitaba nada... porque Goucha ya lo sabía.

Pero el lazo, con los años, se había vuelto más complejo.
Ya no era solo acompañamiento. Era contención.

Cuando la princesa comenzó a soñar con mundos que no existían, cuando hablaba en duermevela con nombres que no se conocían, Goucha no buscó explicaciones.
Solo la sostuvo. La sostuvo mientras el reino la empujaba a ser figura, promesa, futuro.
La sostuvo como una raíz que no exige ser vista.

Y sin embargo... había momentos en los que algo se quebraba.

Cuando Luana hablaba con Lefuan —aunque fuera con cortesía distante o en gestos velados— cuando sus emociones se agitaban en presencia de aquel forastero, Goucha no sentía celos. Ni posesión. Solo una grieta. Leve. Sorda.
Como una cuerda que vibra sin romperse, pero sabe que está al límite de una nueva melodía.

No sabía aún qué era Lefuan. No del todo. Pero sí sabía lo que *iba a ser*.

No un reemplazo. No una amenaza.
Sino un nuevo vértice en el triángulo que ninguna cultura permite nombrar:
la conexión entre quien ama, quien contiene, y quien trastoca el destino de ambos.

Goucha aún se decía a sí misma que su deber era proteger a Luana.
Pero en las noches más largas, cuando la princesa dormía y los tapices no susurraban nombres sagrados, se sorprendía preguntándose quién la protegería a ella...
cuando el vínculo, inevitablemente, cambiara.

Porque nada permanece igual cuando los hilos del tiempo se tensan.
Y Lefuan era un nudo. Una interferencia. Un eco sin coherencia.

Y sin embargo, cuando él pasaba cerca... aunque no la mirara, aunque no dijera su nombre... una parte de ella temblaba. Como si lo reconociera de un sueño que aún no había tenido.

Pero pronto... **Lefuan** le hablaría.
Y el eco de ese vínculo —invisible, nuevo, aún sin nombre— podría cambiar el curso de todo.

✦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 4: *Las palabras bajo la cúpula — El juicio del consejo de sabios*

El **Consejo de la Piedra Vacía** se reunía una vez cada cuatro estaciones.

La sala donde lo hacían no era imponente, pero sí implacable.

Era circular, sin estandartes ni frescos, sin oro ni mármol.

Solo piedra lisa y sillas bajas dispuestas en círculo, todas iguales.

Y en el centro: nada. **Un vacío.**

Un espacio desnudo, sin altar, sin pedestal, sin propósito aparente.

Se decía que ese vacío representaba lo que nadie sabía, y que cualquier palabra pronunciada cerca de él... **debía merecer su eco.**

Allí se sentaban **los sabios del reino**: representantes de las grandes casas antiguas, eruditos del templo, jueces civiles, y diplomáticos sin apellido.

No todos eran nobles. No todos eran santos. Pero todos eran escuchados.

Presidía la sesión la suma consejera Ydena.

Una mujer vieja, ciega desde el nacimiento, envuelta en capas negras sin borde ni broche.

Se decía que no veía rostros... pero leía corazones como pergaminos abiertos. Hablaba poco.

A su lado, un escriba mudo trazaba con mano precisa cada frase pronunciada en tinta encantada.

Uno a uno, los pretendientes eran llamados a resolver un dilema planteado.

No había respuestas correctas. Solo **respuestas que revelaban.**

Sael recibió un conflicto territorial: dos regiones disputaban una misma fuente de agua, una con prioridad histórica, la otra con mayor necesidad presente.

Su respuesta fue medida, legalista, razonable.

—La historia debe pesar más que el deseo.

Se le otorgó el símbolo del equilibrio: ⚖

Velkhan enfrentó una disputa entre templos sobre la adoración de Assil frente a un dios local olvidado.

Su respuesta fue diplomática, evasiva, adornada con citas sagradas.

—El pueblo debe decidir su luz... pero con guía.

Recibió el símbolo del velo: 🕶

Hedarín discutió sobre una rebelión en una provincia empobrecida.

Su propuesta fue dura: disolverla por la fuerza y luego ofrecer ayuda humanitaria.

—No se negocia con quien desafía la estructura.

Recibió el símbolo del filo: ✂

Lysir enfrentó un dilema sobre linajes: un bastardo con gran talento y un noble inepto. ¿A quién dar poder?

Eligió al noble, justificando la tradición.

—El talento perece, la sangre perdura.

Recibió el símbolo del nudo: ?

Y luego llamaron a **Lefuan**.

No se levantó con solemnidad. No inclinó la cabeza.

Caminó como quien **no cree que pertenezca al teatro... pero respeta el escenario.**

Su dilema fue leído por Ydena con voz clara y sin adornos.

“Un pueblo pide ayuda a cambio de su lealtad.
El trono puede salvarlos... pero exigen reconocimiento como nación autónoma.
Si se acepta, se debilita el autoridad central.
Si se rechaza... morirán.
¿Qué haces?”

Lefuan no pidió repetir la pregunta. No pidió contexto. No pidió tiempo.
Solo caminó con pasos lentos hasta el centro de piedra, hasta el vacío.
Se detuvo como quien entra a una historia que ya conocía de otra vida.
Y dijo, sin elevar la voz:

—La respuesta es simple —dijo.

“Lo salvo. No por lealtad. Ni conveniencia, ni estrategia.
Sino porque **la vida no es una moneda**.
Y ningún reino merece sobrevivir si necesita que alguien se muera primero para decidir
si vale la pena.”

El silencio fue brutal. Fue denso. Los consejeros intercambiaron miradas.
Uno de ellos, anciano, soltó un leve chasquido de lengua.
Otro cerró los ojos con una lentitud cargada de juicio.
Otro se removió en su asiento.
Pero nadie habló.

Hasta que Ydena inclinó apenas la cabeza, como oliendo algo nuevo en el aire.

—¿Y las consecuencias? —preguntó con suavidad—.
El trono perderá respeto. Autoridad. Habrá consecuencias.

Lefuan la miró con una mezcla de respeto y desafío.

—Entonces el trono **no era autoridad**.
Era miedo disfrazado de orden.

La pluma del escriba tembló, y el eco del rasgido sobre el pergamino pareció un relámpago mudo.
Otro consejero —joven, de voz precisa— intervino:

—¿Y si ese pueblo, una vez salvado, se vuelve contra ti?
¿No habrás alimentado una serpiente?

Lefuan respiró hondo, y por un instante, no parecía un hombre en juicio.
Parecía un espejo, reflejando a quienes lo observaban.

—Prefiero criar serpientes —respondió—
a convertirme yo mismo en dragón, solo para mantenerlas asustadas.

Ydena no replicó. Luego asintió. Solo bajó el mentón en un gesto que nadie supo leer del todo.
Pero su voz, cuando volvió a hablar, tenía la textura de la piedra antigua:

—No es una respuesta de gobernante —dijo.

—No vine a ser rey —respondió él—.
Vine a no fingir que salvar vidas requiere permiso.

Al salir, no le dieron un símbolo tradicional. Solo un signo extraño, olvidado: ☉
El ojo pleno. La verdad sin velo.

Luana, en lo alto del ala este del Palacio Solar, permanecía sentada sola en su balcón privado. La noche ya caía, pero no encendió lámparas. Las sombras eran suficientes.

Bajo su asiento de mármol había un conducto, tallado siglos atrás por los arquitectos del linaje solar: un corredor de eco, diseñado para que los herederos pudieran escuchar los consejos del reino sin ser vistos, ni ser juzgados.

La voz de Lefuan, amortiguada por la distancia pero aún reconocible, llegó clara. Y cuando esa última frase resonó —“Vine a no fingir que salvar vidas requiere permiso”— Luana ... cerró los ojos.

Luana, en su balcón privado, escuchaba todo a través de un conducto de eco construido para herederos. Cuando oyó esa última frase... cerró los ojos.

Y por primera vez, imaginó no un reino... la silueta de un hombre que no necesitaba trono.

Muy lejos de allí, en las criptas de piedra del templo interior, donde los escribas del culto trabajaban sin luz solar y los pasos sonaban como oraciones veladas, Irisel leía.

Las transcripciones del juicio político habían sido entregadas a los altos iniciados apenas una hora después del cierre del Consejo.

Escritas con tinta negra y signos de precisión mágica, contenían cada palabra pronunciada ante la Piedra Vacía.

Irisel no buscaba drama. Ni errores. Ni virtud. Buscaba debilidades.

Su mirada recorría los nombres con la eficiencia de una hoja de obsidiana.

Sael: previsiblemente honorable.

Velkhan: floritura retórica.

Lysir: astucia decorativa.

Hedarín: ambigüedad útil.

Y entonces, Lefuan.

Su dedo se detuvo sobre la frase:

“Vine a no fingir que salvar vidas requiere permiso.”

Irisel frunció el ceño. Una línea, sin giros. Sin adornos.

Pero algo en esa sencillez la hizo soltar el aire de forma más lenta de lo habitual.

Y por primera vez en mucho tiempo, no supo qué hacer con lo que sentía.

Había seguido a reyes, generales, visionarios y herejes.

Siempre desde las sombras. Siempre sabiendo adónde iban.

Pero este forastero... este invocado sin armadura ni escudo...

No sabía a dónde lo conducía su camino. Y aun así avanzaba.

Con los pies desnudos sobre una ruta que él mismo inventaba.

Y lo peor —o lo mejor—

es que ella quería seguirlo. No para protegerlo. Ni para matarlo.

Solo para entender si lo que veía en él era locura... o el principio de otra verdad.

Una que aún no tenía nombre.

Y por primera vez... la asesina sintió que estaba siguiendo a alguien **que no sabía a dónde iba.**

Y eso, más que la herejía, **la descolocaba.**

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 5: *El espejo de la llama — Prueba espiritual en el templo de Assil*

No se anunciaba. No se escogía.

El Espejo de la Llama decidía cuándo era el momento.

Los pretendientes dormían en alas separadas del palacio cuando los acólitos del templo llegaron sin palabra, descalzos y silenciosos, con túnicas blancas bordadas con hilos rojos.

Uno a uno, fueron despertados. Sin previo aviso. Sin explicación.

—El reflejo está listo —decía el acólito.

Y eso era todo lo que se les permitía saber.

El templo estaba lejos de toda arquitectura del reino.

Tallado dentro de una montaña hueca, sin techo visible, sin entrada aparente para la luz... y, sin embargo, iluminado.

Las columnas se alzaban cubiertas de vendas antiguas, como si las piedras mismas sufrieran.

Se decía que cada venda envolvía un voto roto.

Que cada piedra del lugar conocía la verdad de alguien que había callado demasiado.

El suelo de basalto no devolvía pisadas. Las paredes eran tan lisas como la cera.

En su corazón, una cámara sin ventanas, iluminada por **una única llama blanca** suspendida en el centro, sin combustible aparente.

Bajo ella, un estanque poco profundo, sin agua, sin fondo.

Solo una superficie **perfectamente negra** que reflejaba a quien se paraba frente a ella.

El Espejo de la Llama.

Los pretendientes eran conducidos uno por uno. Sin compañía. Sin preguntas.

Sael vio a su padre —muerto hacía años— negando con la cabeza, decepcionado.

Velkhan se vio a sí mismo arrodillado ante un trono que no podía tocar.

Hedarín vio una versión suya sin ojos, sin lengua.

Lysir vio a muchos él mismo... todos discutiendo entre sí.

Cuando fue el turno de Lefuan, los acólitos dudaron.

—¿Está seguro? —preguntó uno, más joven que el resto.

—Nunca —dijo Lefuan con voz baja—. Pero sigo entrando igual.

La puerta de piedra se cerró detrás de él con un susurro más antiguo que el lenguaje.

Dentro, el mundo no tenía eco.

Solo la llama.

Y el espejo.

Avanzó. Sus pasos no sonaban. Su sombra no lo seguía.

Se detuvo frente a la superficie negra. Y esperó. Nada ocurrió. Ni una imagen. Ni una distorsión.

Al principio, **no se reflejó**. No como ausencia... sino como si **el espejo no supiera qué devolverle**.
Hasta que... el reflejo parpadeó. Antes que él.
Lefuan no se movió. Ni retrocedió. Solo apoyó una mano sobre la superficie negra.
La grieta se extendió. Pero no en el espejo. En él. Salió caminando sin palabra.
Luego, lentamente, surgió una figura. No era él. No del todo.

Era **una mujer**.

Alta. De rostro velado por fuego. Con ojos que no ardían, pero **comprendían**.
Sus cabellos eran vapor, sus manos extendidas como si ofreciera... o esperara.
Y entonces Lefuan supo el nombre. No porque lo recordara.
Había reconocido una verdad que no esperaba.
El fuego le **susurró sin llamarlo**.

Naeliz.

Ella no hablaba. Ni movía los labios.
Pero su silencio no era vacío: era una sentencia aún no pronunciada.

Lo miraba.
Y en su mirada no había juicio...
sino algo más inquietante:
espera.

Una ternura antigua, profunda, sin promesa.
Como una madre que aún no ha dado a luz a su propio hijo.
Como un divinidad que aún no ha decidido si ser redención o castigo.

Lefuan se arrodilló. No por reverencia. Sino porque **sus rodillas simplemente cedieron**.
—¿Qué eres... en mí? —murmuró.

Y la llama vibró.

Entonces el espejo mostró otra imagen:

La imagen no era nítida. Todo se veía como a través de un velo de niebla, como si los recuerdos y los sueños compartieran el mismo espejo.

Una niña, de cabello oscuro y mirada de estrellas, corriendo descalza por un campo cubierto de flores altas, que sus pies apenas rozaban. La hierba era de un verde antiguo, casi plateado, como si el tiempo allí tuviera otro color. El viento jugaba con su falda y con los mechones sueltos de su melena, mientras una risa —quebrada y lejana— salía de su garganta como un eco que venía de otra vida.

Sus risas eran ecos rotos. Fragmentos de una alegría que no pertenecía del todo a este mundo.
Y sus ojos... sus ojos eran de Luana.
Pero no de esta Luana.
No de la princesa ni de la reina.
Eran los ojos de algo aún por venir, o tal vez de alguien que ya fue, y regresa.

A lo lejos, un roble blanco florecía en silencio, como si llevara siglos esperando aquel instante. Su tronco era ancho, cubierto de líquenes claros, y sus hojas temblaban sin viento. A sus pies, apenas visible, una piedra lisa sobresalía del suelo. Encima, una única flor: pálida, abierta, reciente. No era un adorno. Era una memoria.

Y por un segundo, el espejo pareció vibrar.
Como si no reflejara un posible promesa...
sino un recuerdo que aún está por llegar.

Un grupo de niños jugaba al borde de un estanque seco, bajo una luz imposible —como si el sol y la luna compartieran el cielo sin decidirse del todo quién debía gobernarlo. Sus rostros no tenían edad, o tal vez tenían todas. Vestían ropas desiguales: túnicas raídas, coronas de papel, fragmentos de armaduras hechas con ramas.

Sus voces flotaban, finas como humo, y no cantaban del todo... murmuraban, reían, repetían sílabas que se disolvían al rozar el viento.

—...tres veces... la luz... —dijo uno, con una piedrecita en la boca.

—...mintió... se torció... —susurró otro, dando vueltas con una cinta en los dedos.

—...las lunas... —una niña miraba el cielo, sin parpadear— cayeron...

—...el cuarto... —empezó un pequeño, pero se quedó en silencio, como si olvidara el final.

Y el viento pareció acunar el resto de la canción que aún no nacía del todo, llevándose sus trozos a un rincón de la memoria donde esperarían el momento de volver.

Lefuan cayó de espaldas. Respiraba con dificultad.

El espejo tembló... y **lo reflejó de nuevo.**

Ahora sí. Por completo.

Pero **con una sombra al lado.**

Y sin comprender cómo, Lefuan supo que no era una maldición.

Era una promesa.

La puerta se abrió con un leve susurro de metal y madera.

Allí estaba Irisel, erguida y silenciosa, como una estatua viva que custodiaba un secreto antiguo.

Había insistido en ser la guardiana de aquella prueba, un papel que asumía con la misma gravedad con que se toma una sentencia.

Había visto entrar a todos los pretendientes, uno tras otro, y los había recibido con la misma indiferencia medida, sin revelar ni un ápice de emoción.

Pero cuando sus ojos se posaron en Lefuan, su semblante cambió.

El rostro del hombre estaba pálido, casi translúcido, con restos de una luz tenue que parecía haberse adherido a su piel, como un eco de aquel fuego intangible que había enfrentado.

No hubo preguntas inmediatas ni juicios expuestos. Solo un silencio denso, lleno de expectación contenida.

Finalmente, con voz baja y firme, Irisel quebró el mutismo:

—¿A quién viste?

Lefuan volvió la mirada hacia la llama que aún ardía, constante, suspendida detrás de él.

Su voz, aunque calmada, llevaba el peso de algo que no podía explicar completamente:

—A quien aún no ha terminado de nombrarme.

Las palabras quedaron flotando en el aire, resonando entre las paredes frías del templo, mientras Irisel guardaba ese secreto en sus ojos oscuros, comprendiendo que aquel hombre había cruzado una frontera invisible.

Irisel no parpadeó. Pero en su interior, una certeza empezó a nacer con miedo:

“Naeliz lo eligió.

Y si Naeliz ha vuelto a mirar este mundo...

¿qué es lo que viene que incluso Assil no puede contener?”

♦ Capítulo 4 – Donde los símbolos se convierten en espadas

Subcapítulo 6: *Entre luces y secretos — Preparativos para la decisión final*

La última campanada del día resonó sobre Naorhal como un sello sellado.

El sonido vibró en el aire, reverberando por calles y torres, hasta quedar suspendido en el aire como una promesa no dicha.

Las pruebas habían concluido.

La corte fingía descanso, sus rostros cuidadosamente serenos bajo la luz tenue de las lámparas. Pero el palacio entero, incluso en su silencio más profundo, murmuraba sin cesar, llenando cada rincón con un hálito invisible de expectación y tensión.

En los pasillos altos, bajo la luz filtrada por vitrales de tonos apagados y melancólicos, las casas nobles entretejían sus conclusiones con hilos de susurros y miradas furtivas.

Algunos ya tejían alianzas silenciosas con Velkhan, atraídos por su fuerza y determinación.

Otros, con pasos cuidadosos y rostros que ocultaban dudas, empezaban a distanciarse discretamente de Hedarín, valorando sus posibilidades con fría precaución.

Pero los más viejos, los guardianes de tradiciones y secretos antiguos, hablaban con voces bajas y tonos graves:

—Quizás ha llegado la hora de contemplar... un candidato distinto.

—¿A quién te refieres?

—A aquel que no se presenta en las listas ni se proclama heredero, pero cuyo peso no puede ser ignorado.

Lysir, recluido en la penumbra de su estudio, repasaba una y otra vez su discurso de despedida. No se consideraba un fracasado, pero el peso de una verdad más dura lo oprimía: sabía que no podía triunfar sin renunciar a lo que realmente era.

Mientras tanto, Sael persistía en su entrenamiento, no movido por orgullo ni vanidad, sino por la conciencia de que el verdadero combate aún estaba por llegar.

Esa noche, la reina Arihén no convocó consejo alguno.

Solo pidió que le trajeran el pergamino con el título solar y un espejo grande, antiguo, de marco tallado con símbolos olvidados.

Lo colocó cuidadosamente frente a su asiento y, sumida en silencio, se quedó contemplándolo durante horas, como buscando respuestas en su reflejo y en las palabras que lo acompañaban.

Y durante horas... **solo se miró.**

Luana no cenó con la corte esa noche.

No se unió a la oración del crepúsculo ni a los cantos que reverberaban entre las altas columnas del palacio. Caminó sola por el **jardín de las piedras caídas**, un lugar donde los árboles llevaban siglos sin florecer, desde la devastadora guerra de los tres soles.

Sus pasos fueron lentos, casi ceremoniales, hasta detenerse frente a una fuente seca, sus bordes cubiertos de musgo y polvo antiguo.

Se dejó caer en el borde, el peso de la corona y la herencia clavándose en sus hombros.

Y allí, bajo el manto pesado del silencio, Luana lloró.

No era tristeza lo que quebraba sus lágrimas, ni tampoco la alegría.

Era una fractura profunda, una grieta en el alma que resonaba con cada sollozo contenido.

—Ya no sé qué se supone que estoy eligiendo —susurró con voz rota, casi sin aire.

Desde la sombra discreta de un ciprés blanco, **Goucha** la observaba.

No había en su mirada ni juicio ni reproche, solo una lealtad intangible, casi etérea.

Sin hacer ruido, se acercó y se sentó junto a Luana, no como guardiana ni sombra, sino como alguien que también llevaba una carga invisible, una apuesta que le pertenecía.

—¿Crees que me equivoco al sentir lo que siento? —preguntó Luana, sin apartar la mirada.

—No —respondió Goucha con calma—. Solo temo que estés olvidando lo que ya has sentido antes.

—¿Y si nunca fue verdadero?

—¿Y si esta vez tampoco lo es?

Luana cerró los ojos con lentitud, dejando que las palabras se asentaran en su interior.

Goucha entrelazó sus dedos con los de la princesa, un gesto simple, pero lleno de significado.

Por un instante, no fueron princesa y sombra, ni heredera y sirvienta.

Fueron dos mujeres —dos almas— tocadas por el mismo viento, enfrentando la tormenta desde la misma orilla.

En un ala apartada del palacio, Lefuan dormía por primera vez sin sobresaltos ni el peso de los fantasmas nocturnos que antes lo visitaban.

Sus sueños no fueron caóticos ni fragmentados; estaban tejidos de fuego, de una niña de ojos profundos y de un dios sin rostro que susurraba sin palabras.

Cuando despertó, la claridad lo invadió, aunque sin entender del todo su significado.

En su mente resonaba una certeza extraña:

—Nada en este juego es realmente nuevo. Todo se ha repetido antes, en otra forma.

Pero esta vez, quizás, algo —una chispa, una promesa— iba a permanecer.

Mientras tanto, en el silencio frío del templo, Irisel desplegaba con cuidado el informe sellado que contenía las revelaciones del Espejo de la Llama.

Junto al nombre de Lefuan, uno de los símbolos no parecía pertenecer a ningún lenguaje conocido.

No era sagrado ni tampoco estaba prohibido.

Simplemente... no existía.

Era como un vacío marcado en tinta, un signo fuera de lugar, imposible de clasificar.

—¿Qué somos —murmuró Irisel para sí— cuando dejamos de tener nombre?

Cuando la identidad se vuelve indeterminada, y la historia no sabe dónde ubicarnos.

Y mientras todo esto sucedía, lento y casi invisible, algo comenzaba a desplegar su red oculta bajo las viejas calles de Naorhal. Desde la clandestinidad no buscaban fe ni poder.

Su objetivo era detener lo que se avecinaba, lo que rompía el equilibrio sin importar su forma o su nombre. Era una lucha contra lo inevitable, contra lo que llegaba, sea quien fuera o lo que fuera.

Buscaban detener lo que venía.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 1: *La víspera del juicio — Preparativos para la Prueba del Pueblo*

El sol caía con lentitud sobre Naorhal, como si incluso él sintiera el peso de lo que venía.

Era la víspera de la **Prueba del Pueblo**: el momento en que los pretendientes saldrían al encuentro no de la corte, ni del templo, sino de **la ciudad**.

En ese día, los títulos no bastaban.

Los linajes pesaban menos que las canciones que se cantaban en las tabernas.

Y un gesto mal leído podía **convertir a un favorito en paria**.

Desde las torres más altas del Palacio de Cristal hasta las casas bajas del Anillo de los Oficios, la ciudad bullía. Los rumores se movían como incendios silenciosos.

—Dicen que uno de ellos regaló el cielo...

La voz surgió entre los puestos del mercado, baja pero incisiva, como una chispa sobre yesca seca.

—¿Y qué hace un extranjero decidiendo por nuestras lunas?

Los comentarios se esparcían por Naorhal como polvo dorado en una corriente de aire: en las plazas, en las fuentes, en los corredores donde los sirvientes cruzaban noticias más rápido que los mensajeros oficiales.

—¡Pero la reina aceptó! Lo escuché yo misma...

—¿Aceptó qué? ¿Una metáfora? ¿Un juego de palabras? —rezongó un viejo, meneando la cabeza como si las generaciones se estuvieran desmoronando ante sus ojos.

Y sin embargo, entre tanto escepticismo, brotaban pequeñas flores de asombro.

—Mi nieta pidió que la llamaran Luana... por la princesa de las lunas —susurró una mujer en la entrada de un taller, sin saber si estaba preocupada o enternecida. No era la única.

Los niños miraban al cielo con más frecuencia. Los poetas reescribían versos antiguos.

Y aunque los ancianos insistieran en que era una farsa, en el aire flotaba algo que no se podía refutar del todo: una historia que no pedía permiso para hacerse real.

En los mercados, los artesanos vendían figuritas de madera representando a los cinco pretendientes. Lefuan tenía ya tres versiones distintas.

En una, sostenía una luna en miniatura.

En otra, una pluma.

Y en la tercera... **nada. Solo las manos abiertas.**

—Ese es el más peligroso —decía un anciano tallador—. Porque nadie sabe qué va a sacar de ahí.

Los heraldos del templo, del consejo y de la corona trabajaban sin descanso.

El itinerario estaba sellado:

—Cada pretendiente recorrería un sector distinto de la ciudad,

acompañado por testigos y cronistas,

y al final del día, se reunirían en la **Plaza de la Aurora** para la entrega final del regalo público.

Nadie lo decía, pero todos lo sabían:

esa sería la última verdadera prueba.

En la sala oeste del palacio, los pretendientes ensayaban sus gestos como actores antes del clímax de una tragedia.

Velkhan recitaba un discurso frente a un espejo de bronce, corrigiendo cada inflexión con la ayuda de su maestro de retórica, que asentía con el ceño fruncido.

Sael inspeccionaba su túnica, exigiendo que el rojo carmesí fuera exactamente el de su provincia ancestral, ni un matiz más pálido, ni uno más vivo.

Hedarín daba instrucciones discretas para que un grupo de niños huérfanos apareciera en el jardín justo cuando él cruzara, “coincidencia casual”, con dátiles en los bolsillos y una sonrisa cultivada.

Lysir murmuraba versos sagrados en tres idiomas distintos, esperando que el eco del templo resonara también en los oídos de la corte.

Lefuan no estaba allí.

Nadie sabía exactamente dónde se encontraba. Ni lo preguntaban en voz alta.

Pero si alguien hubiese seguido el rumor correcto, lo habría encontrado **en la cocina del León Dorado**, bajo la lámpara de aceite con forma de pájaro, molía café con una anciana de manos arrugadas y ojos que decían haber visto más que los archivos del reino. Ella hablaba despacio. Y Lefuan no la interrumpía.

Porque a veces, la mejor preparación para el poder... es no buscarlo.

Y porque esa noche, al igual que cuando las lunas eran todavía una, no todos los actos importantes ocurrían frente al trono.

—¿Y tú crees que eso basta para gustarle a la gente? —preguntó ella, mientras vertía agua sobre las brasas.

—No —respondió Lefuan—. Pero nunca vine a gustarles.

Mientras tanto, en una sala privada de los aposentos reales, **la reina Arihén** daba instrucciones precisas:

—Quiero tres informes por pretendiente —ordenó, sin levantar la vista de un cuenco de obsidiana donde flotaban pétalos de fuego lunar—.

Uno del pueblo. Uno del templo. Uno de la guardia.

Un consejero inclinó la cabeza.

—¿Qué deseáis que busquemos, Majestad? ¿Influencia? ¿Simpatía?

—No —respondió Arihén, sin vacilar—.

—**Reacción emocional. No aprobación.**

Lo que la gente no dice... eso es lo que importa.

En su cámara privada, Luana había cerrado las puertas como quien cierra un antiguo libro sin final. Deshizo su peinado de ceremonia, dejando que las trenzas se disolvieran en ondas vivas.

Guardó su armadura ceremonial en una caja de madera negra, marcada con el sello del linaje materno.

Y, sin decir palabra, encendió una vela.

Sobre un pergamino sin escudo ni membrete, escribió —por primera vez en meses— un poema sin destinatario:

“Me preguntaron a quién amarías si fueras libre.

Yo respondí:

A quien no me preguntara.”

En la galería adyacente, **Goucha** bordaba en silencio sobre un retazo de tela cruda.
Dibujaba círculos concéntricos con hilo gris. No sabía de poesía. Tampoco de política.
Pero sabía cuándo una mujer intentaba recordar quién era... sin dejar de ser lo que debía.
Al ver que Luana no dormía... tampoco lo hizo ella.

Y lejos de allí, en un callejón olvidado de la ciudad baja, donde los candelabros nunca llegaban y
las piedras aún olían a tormenta antigua, un hombre de rostro arrasado y ojos teñidos por una
antigua devoción trazaba símbolos con sangre sobre el muro.
Su pulso era irregular. Sus palabras, inaudibles. Pero su mensaje quedó claro:
“La luz ha mentido.”

Así amanecía Naorhal.
Con los estandartes colgados entre torres de historia.
Con las calles más limpias de lo que era normal.
Con los nobles ajustando sus anillos y los mendigos callando más de lo usual.

Y una tensión suspendida —densa como niebla sin forma— que ni los pájaros se atrevían a cortar.

El día de la Prueba del Pueblo había llegado.
Y esta vez, no ganaría quien dominara el campo...
sino quien habitara el relato.
Quien pudiera ser contado... y recordado.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 2: *El pacto secreto — Luana y Lefuan antes del ritual*

La luna más grande colgaba sobre el palacio como un farol olvidado.

Inmóvil. Solemne. Testigo involuntario.

La menor, más tenue, apenas temblaba al borde del horizonte, como si dudara en quedarse.

Era la noche previa a la **Prueba del Pueblo**.

Y sin embargo, para Luana, el verdadero juicio no se celebraría ante la multitud.

Ocurría ahora. Allí. En ese cuarto suspendido entre el pasado y lo que aún no tenía forma.

*

Estaba de pie en su cámara alta, despojada de todos los símbolos del poder.

Despojada de todo artificio. Sin corona, sin colgantes, sin el peso ritual de los metales sagrados.

Vestía solo una túnica de lino crudo, apenas sujeta a la cintura, el cabello cayendo libre, los pies descalzos sobre el mármol que aún guardaba el frío de la noche.

La brisa nocturna cruzaba la estancia con el sigilo de un pensamiento no dicho.

Ella no se movía.

Miraba por el ventanal abierto, más allá de los jardines.

No buscaba una figura. No esperaba un presagio.

Solo sabía —con una certeza antigua— que vendría.

Tres golpes suaves en la puerta. Secos.

Y luego, un silencio respetuoso.

—Adelante —dijo ella sin girarse, como si respondiera a un eco que llevaba horas formándose.

Lefuan entró. Sus pasos eran exactos. Ni ruidosos ni contenidos.

Vestía su capa gris, ajada en los bordes, marcada por el uso pero limpia, como si llevara encima la memoria de cada camino sin jactancia.

No traía símbolos. Ni escudo. Ni gesto de reverencia.

Solo sus ojos. Y en ellos, ni súplica ni desafío. Solo verdad.

Una verdad que no pedía ser aceptada. Solo compartida.

Luana no se giró de inmediato.

Solo dejó que el silencio entre ellos respirara primero. Luego sí, lentamente, volvió el rostro.

No dijo su nombre. No dijo "por qué estás aquí". Ni "por qué has tardado tanto".

Solo lo miró. Y en esa mirada... algo se abrió. No un secreto. No una decisión. Una grieta.

—No tengo tiempo para fingir reverencias —dijo él.

—Perfecto —respondió Luana, con una media sonrisa que no llegaba a los ojos—.

Tampoco yo tengo ganas de oírlas.

Ambos sonrieron. Pero no como parte de un juego. Ni como estrategia.

Sino como dos líneas que, al cruzarse, reconocen haber venido del mismo lugar.

Y por un instante fugaz, el mundo —ese mundo lleno de protocolo, vigilancia y máscaras— pareció evaporarse, dejando solo lo real.

Se sentaron. Sin muebles entre ellos. Sin alfombra, sin trono, sin barreras que justificaran distancia. Solo el suelo desnudo, la noche viva... y las palabras que aún no sabían si iban a decirse.

—Mañana el pueblo decidirá si valgo como su reina —murmuró Luana, con la voz entre dientes, como si confesarlo en voz alta fuera una forma de romper el hechizo.

—Ya lo haces —dijo Lefuan sin titubeo.

No como un cumplido.

Sino como un dato que ni siquiera necesitaba prueba.

—No lo sé —replicó ella, bajando la vista—.

No soy como mi madre. No soy... precisa.

—Ella es una espina —dijo él, sin rencor, pero tampoco sin suavidad—.

Y tú... eres otra cosa.

Luana alzó la cabeza.

Lo miró por unos segundos largos, como si buscara algo que no estaba segura de querer encontrar.

Entonces habló, más lento, como quien desentierra una verdad:

—¿Por qué estás aquí realmente, Lefuan?

Y no me digas que es por amor.

Lefuan no bajó la mirada.

No se escudó en una sonrisa, ni en un desvío.

Solo respondió:

—No lo es.

Es por algo peor.

Libertad.

Y la palabra flotó entre ellos como una chispa. Ni fuego, ni amenaza. Solo una posibilidad.

Una que ninguno había tenido permiso de nombrar... hasta ahora.

Ella bajó la mirada.

—¿Y si yo no quiero ser libre? ¿Y si quiero... solo quedarme?

—Entonces quédate.

Pero hazlo porque lo decides, no porque te lo piden.

Hubo un largo silencio.

Los ruidos del palacio se alejaban como si el mundo los envolviera con sordina.

El murmullo de los árboles, el eco de algún guardia lejano, incluso el latido de las antorchas parecía detenerse.

—La noche de las lunas —dijo ella, al fin, con un hilo de voz que parecía rozar algo sagrado—.

Cuando te elegí como uno de los cinco... ya sabía que eras tú.

—¿Cómo?

—Porque no parecías tener miedo de perder. Solo miedo de fingir que querías ganar.

Lefuan suspiró. No con resignación, sino con algo más viejo. Como quien libera aire que llevaba años atrapado.

—He perdido muchas cosas —dijo.

—A veces me pregunto si alguna vez gané algo.

—¿Y mañana?

—Mañana no gano yo.

Ganas tú... o **pierde el reino.**

Luana se acercó.

No para tocarlo, sino para **verlo más de cerca.**

Como si buscara alguna fisura en esa máscara que no parecía tener.

—¿Y si te dijera que tengo miedo? —preguntó.

—Te diría que eso te hace más fuerte que todos los hombres que he visto hoy.

No hubo beso. No hubo promesa. Solo un gesto:

Luana tomó su mano, la llevó a su vientre, como acto de pertenencia: a sí misma, al mundo que deseaba, a lo que aún no era pero ya latía.

y dijo con voz baja, sin temblor:

—Quiero un mundo donde pueda contar esta historia... sin tener que morir por ella.

Lefuan no apartó la mano. Tampoco habló. Solo cerró los ojos.

Y en ese gesto... toda la historia pareció contener la respiración.

Detrás de la puerta, en el pasillo silencioso donde la piedra absorbía el calor del día y el eco de las palabras, Goucha esperaba. No por mandato ni protocolo. Sino por algo más hondo. Más visceral. Un presentimiento que no sabía nombrar, pero que la había dejado incapaz de marcharse.

Había escuchado parte de la conversación. No toda.

Pero suficiente como para saber que algo se había quebrado y, al mismo tiempo, sellado entre ellos. Y aunque sus oídos no captaron cada palabra, su alma —la parte que siempre había estado atenta a lo invisible— comprendió lo esencial.

Así que no se movió. No interrumpió.

Solo aguardó, con las manos cruzadas tras la espalda y el corazón latiendo como un tambor contenido. Y sin saber por qué exactamente, esa noche, al bordar sola en su alcoba, sus dedos dibujaron dos figuras pequeñas con hilo negro sobre lino blanco: dos niñas de cabello oscuro, riendo bajo un cielo sin lunas. No lo planeó. No sabía a quién representaban.

Pero el gesto le nació como quien recuerda algo que aún no ha vivido.

Cuando Lefuan salió de la cámara de Luana, lo hizo con la misma quietud con la que se camina por un santuario. No bajó la cabeza. No se detuvo al pasar junto a Goucha. Tampoco la ignoró. Solo le dedicó una mirada breve, sincera, como quien reconoce a alguien que siempre ha estado en el lugar correcto. Y siguió adelante.

Entendía que mirar a veces es **un acto de posesión.**

Y esa noche, nadie poseía a nadie.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 3: *El teatro de la verdad — Presentación ante el pueblo*

La **Plaza de la Aurora** era un anfiteatro natural rodeado por edificios de piedra clara, colinas cultivadas y balcones que, ese día, se abarrotaban de ojos.

Desde antes del alba, la gente se había congregado en calles adyacentes, portando banderines de colores, frutas secas, tambores de palma... y silencio expectante.

No era una fiesta. Era una **observación ritual**. Un juicio no escrito. Una costumbre ancestral: **“Que el que pretenda al trono, se presente ante quienes pisan su sombra.”**

Los pretendientes no descendieron por la escalinata principal del palacio.

Fueron conducidos, cada uno por una ruta distinta, a pie, a través de las venas de Naorhal.

El pueblo debía verlos caminar, oír sus voces, reconocer sus rostros sin escolta ni máscara.

Y cuando por fin llegaron al centro, lo que los aguardaba no era una plaza ni un estrado.

Era **el Templo de Assil**, en su forma más pura.

Tallado directamente en la roca de la ciudad, como si siempre hubiese estado allí antes que las casas, antes que los nombres. Sus columnas no eran lisas, sino labradas con **rostros sin ojos**, centenares de ellos, mirando en todas direcciones. El frontón estaba cubierto por una sola palabra, escrita en lengua muerta: *Niyr*, “aquello que observa desde la luz”.

Dentro, el aire tenía un peso diferente. Olor a incienso blanco, a polvo de sal y a metales dormidos. Las antorchas no ardían con fuego, sino con un fulgor pálido que no emitía sombra. Todo en Assil se negaba al exceso, a la comodidad, a lo humano.

Los pasos sonaban más graves, los suspiros más pequeños.

Y en el altar mayor, la estatua de la diosa no tenía rostro. Solo una hendidura vertical donde la luz se fragmentaba. Porque Assil no era una madre ni una reina.

Era **la forma de la verdad cuando nadie la soporta**.

**

Velkhan llegó primero.

Vestía una túnica tejida con símbolos arcanos que brillaban sutilmente al sol.

Entregó un rollo ilustrado, un **mapa narrativo parlante** que contaba la historia del reino a través de voces encantadas.

—Para que cada niño sepa de dónde viene —dijo—. Y hacia dónde va.

Los aplausos fueron medidos. El mapa era hermoso.

Pero los niños... **no entendían qué los hacía libres**.

**

Sael entró después, escoltado por dos veteranos de guerra.

Ofreció una bandera encantada, tejida con hilos vivos que **cambiaban de color** según la estabilidad política del reino.

—Para que sepáis cuándo luchar... y cuándo permanecer unidos.

Los aplausos fueron fuertes. Muchos soldados lo reconocían.

Pero **algunos recordaban también las batallas que no ganaron**.

**

Hedarín presentó una criatura domesticada:
un lince dorado con una única cicatriz sobre el lomo.
Se arrodilló ante Luana, obedeciendo un gesto.

—Dominar la fuerza no basta. Hay que saber cuándo inclinarla ante algo mejor.

El pueblo aplaudió. Pero no todos.

Alguien en la multitud murmuró:

—¿Y qué dice eso de nosotros? ¿Que debemos inclinarnos también?

**

Lysir no ofreció un objeto.
Sino un poema en cuatro idiomas antiguos, hablado, cantado, y proyectado con un hechizo de ecos de piedra.

—Porque los pueblos que se escuchan... no olvidan.

Hermoso. Lírico. Pero más murmurado que comprendido.

**

Y entonces llegó **Lefuan**.

Sin escolta. Sin pergaminos nuevos. Sin luces. Sin trajes ceremoniales.

Vestía la misma capa gris de siempre. Con las manos a la vista.

Y los ojos **como si ya hubiera estado allí antes**.

Se detuvo en el centro. No alzó la voz. No saludó.

Solo sacó de su túnica dos pergaminos.

—Ya ofrecí mis regalos.

A la princesa, le di las lunas.

A la reina, le otorgué el sol.

Algunos se rieron. Otros callaron. Un niño gritó:

—¡Son tuyas! ¡Mi abuela lo dice siempre!

Lefuan desenrolló uno de los pergaminos —una copia, burda pero intacta—
y lo sostuvo en alto, como quien no defiende un documento, sino una memoria compartida.

—Lo escrito no pesa por la tinta —dijo—

sino por lo que despierta en quienes lo leen. No reclamo los cielos para mí.

Los reclamo para quien los mira cada noche desde un tejado roto y aún encuentra en ellos una razón para quedarse.

—Si algún día os preguntáis de quién es la luz, recordad esto:

no es del que la enciende. Es de quien la protege con su vida, aunque no tenga nombre.

De quienes no dejan que se apague, y eso, señores, no lo hace un rey.

Es labor de todo un pueblo.

Silencio. Profundo. Ni un niño lloró. Ni una cuerda de laúd se tensó.

Y luego...aplausos. Fuertes. Irregulares. Reales. No porque comprendieran el gesto.

Sino porque **sentían que alguien les había hablado directamente a ellos**.

En un balcón alto, la reina **no sonrió**. Pero inclinó la cabeza levemente.

Y Luana... cerró los ojos. Y apretó las manos en su regazo.

Como si aquella emoción fuera **lo único que no le pudieran arrebatar**.

El templo no proclamó vencedor. Porque no era una guerra.

Pero cada gesto, cada ofrenda, cada duelo había dejado su marca.

Y esa tarde, mientras los cinco pretendientes esperaban en el patio de mármol blanco bajo los emblemas solares y lunares en la Plaza de la Aurora frente al Templo de Assil, el pueblo murmuraba los nombres como quien recita constelaciones antiguas.

Sael de Ryndara, firme como el metal que no necesita brillo, había demostrado equilibrio: ganó todos sus combates sin una sola herida de más. Su lanza no buscaba humillar. Solo definir.

“El que lucha por deber, no por deseo.”

Hedarín del Claro Oscuro, con su copa sin fondo y su verbo elíptico, había encantado a la corte con su ironía culta y una serenidad que no era máscara, sino estrategia.

“El que entiende que amar es sed, no posesión.”

Velkhan del Mar de Lasas no venció con técnica, pero su fuerza bruta y su honor sin doblez arrancaron aplausos sinceros. Incluso al caer, no dejaba de levantarse.

“El que navega aunque la marea no lo abraza.”

Lysir Val-Raem, con su arte y su retórica, había deslumbrado más que convencido. Pero incluso sus detractores reconocían su talento: él sabía verse... y hacer que otros quisieran mirarlo.

“El que se ama tanto que hasta la sombra lo sigue.”

Y **Lefuan**, el que no vino de ninguna casa ni juramento, el que perdió la final y sin embargo no cayó, había ganado algo más difícil:

Silencio respetuoso entre los gritos.

Miradas largas entre las dudas.

Una semilla donde antes solo había juicio.

“El que no pidió nada, pero trajo los cielos.”

Luana los miró uno a uno.

No con deseo, ni cálculo, ni obediencia.

Los miró como quien elige la primera línea de una historia que aún no existe.

Como quien elige, no ante el mundo,

sino en un rincón secreto donde solo habla para ella.

Y eligió. No al vencedor. No al más fuerte.

Sino al único que había entendido que el ritual no era conquista, sino promesa.

Una promesa que, por ahora, solo ella sabía que ya había hecho.

Esa noche, los niños repetirían en las calles:

—¡Luna de Luana!

—¡Sol de Arihén!

—¡Y el que llegó de las sombras... trajo los cielos con el!

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 4: *Asistidos por las estrellas — La decisión no declarada*

Esa noche, **las estrellas parecían más próximas**. No por magia. No por presagio. Sino por una nitidez extraña, casi incómoda, como si el cielo hubiese bajado a escuchar en vez de mirar.

La ciudad, pese a su bullicio habitual, estaba contenida, se reconocía sin saber explicarla. Las risas eran más suaves. Las conversaciones, más densas. Como si todos —ricos y mendigos, sabios y soldados— intuyeran que algo había cambiado de sitio. No en la ley. No en los títulos. En la forma misma en que los ojos se encontraban.

El juicio había terminado. Y sin embargo, nadie lo anunciaba.

En el ala este del palacio, los maestros de ceremonia discutían entre cortinajes de terciopelo y humo de mirra.

—¿Debemos proclamarlo ya? —susurró uno, consultando el protocolo.

—No —respondió otro, con las manos cruzadas a la espalda—.

La reina quiere que se enfríe la euforia. Que el silencio madure el veredicto.

—¿Y si los otros protestan?

—No lo harán.

No después de esa noche. **Saben que ya perdieron.**

Aunque aún no sepan en qué momento exacto ocurrió.

En las cámaras redondas del Consejo de la Piedra Vacía, los sabios más antiguos compartían infusiones de raíz amarga. Sus rostros eran máscaras de serenidad; pero sus dedos temblaban, apenas, al sostener las tazas.

—Ese extranjero no trajo alianzas... —dijo uno.

—Ni títulos, ni linajes —añadió otro.

—Trajo algo peor —concluyó una voz rasposa—: imaginación.

Hubo un largo silencio.

—¿Y qué hacemos con alguien así?

—Nos adaptamos...

—O lo destruimos —remató el anciano con la túnica roja.

—Si aún es posible —murmuró una mujer ciega, que no había hablado en todo el consejo.

Y mientras en lo alto del palacio la luna menor descendía, una sensación de preámbulo recorría los corredores. El veredicto ya se había pronunciado. No con voz. No con decreto. Sino con una idea que ya nadie podía desoír.

Los otros pretendientes comenzaron a empacar.

No en voz alta. No con derrotismo. Con dignidad medida.

Con el orgullo de haber perdido ante **algo que no sabían cómo nombrar**.

Sael entregó una carta sellada con el emblema de su casa, firmada con tinta oscura y honor intacto. No mencionaba derrota. Solo respeto.
Y una línea final: “No siempre gana quien se queda, sino quien se va sin odio.”

Velkhan solicitó una última audiencia con Luana.
Preparó un discurso, memorizó pausas, eligió sus mejores palabras...
Pero la respuesta fue breve. Una línea, escrita a mano por la princesa:
"No deseo ser convencida de lo que ya decidí sin palabras."
Y la audiencia nunca ocurrió.

Lysir escribió un poema largo, denso, brillante.
Lo releyó diez veces. Pero nunca lo compartió.
Solo lo dobló con cuidado y lo escondió dentro de un libro que nadie volvería a abrir.

Hedarín, al anochecer, caminó hasta el patio norte.
Estaba solo. Sus pasos eran medidos, como si aún deseara conservar algo de su estatura.
Cuando creyó que nadie lo miraba, alzó su bastón ceremonial...
y lo rompió contra el suelo. No gritó. No lloró.
Solo se quedó allí, un momento más, como un rey de algo que nunca fue.

Y **Luana**, en su habitación, no dormía. Sus pasos recorrían el mismo borde de alfombra una y otra vez, como si el hilo pudiera ordenarle las ideas.
Tenía los dedos aún manchados de tinta. La tinta del poema que había escrito esa mañana —sin firma, sin destinatario, sin arrepentimiento—.

Sobre la mesa, desenrollado con mimo, reposaba el **pergamino de las lunas**. No estaba allí por protocolo. Estaba allí porque **era parte de ella**, como si su historia ya no pudiera escribirse sin ese gesto improbable.

Cuando **Goucha** entró con una bandeja de té, no llevaba su capa de sirvienta. Solo ropa sencilla, y la mirada que una hermana lleva a la otra antes de decir algo que duele o cura.
No hubo palabras al principio. Solo el sonido suave de la cerámica sobre la madera.

Finalmente, preguntó la gou con suavidad:
—¿Quieres que lo anuncien esta noche?

Luana levantó los ojos. No como una princesa. No como la heredera.
Sino como alguien que acababa de entender que su elección ya no era solo suya.
—No —respondió—.

Quiero que la ciudad lo sepa antes de que lo digamos. Que se cuente solo.
Que llegue como llegan las historias verdaderas: no desde el poder, sino desde la piel.

Goucha asintió. Y por un instante, su mirada no fue de guardiana. Ni de amiga.
Fue la mirada de alguien que había aprendido —a su manera, en su tiempo—
que el amor **no siempre necesita un altar para ser eterno.**
Que hay vínculos que no conquistan ni reclaman...
pero que aún así arden con una llama que el mundo no sabe nombrar.

Fue de alguien que compartía un amor que no necesitaba ser el primero para ser verdadero.

En las cámaras privadas del consejo, la reina **Arihén** escribía con la misma pluma que había firmado tratados de guerra. Pero esta vez, sus manos no temblaban por diplomacia.
Temblaban por certeza.

Uno a uno, los sobres fueron sellados con el emblema solar.

Uno, hacia **la Cancillería Exterior**, con instrucciones de abrir nuevas rutas de comunicación con los reinos del norte.

Otro, al **Templo de Assil**, solicitando un debate sobre la reforma de sus votos silenciosos.

Un tercero, al **Consejo de Comercio de las Costas Doradas**, acompañado de una palabra que pocas veces había usado en papel: “Confianza”.

Y por último, una carta distinta. Sin título. Sin sellos formales.

Solo un nombre, escrito con trazo firme: **Lefuan**.

Dentro, una sola frase.

“El sol no se entrega.

Se sostiene.

Y hoy, tú hiciste que brillara incluso en manos ajenas.

Bienvenido al trono.”

Pero **Lefuan no leyó esa carta esa noche**. No por desdén. Ni por desorganización.

Simplemente, **porque no estaba donde las decisiones suelen encontrarse**.

Estaba en el **León Dorado**, la vieja taberna donde el polvo tenía nombre y la sopa sabía a infancia.

Compartía pan con **Tarek**, que masticaba sin dejar de sonreír, y escuchaba a un grupo de niños desordenar el universo con sus voces agudas:

—¡La luna roja da más suerte!

—Pero la blanca es la que brilla más y elige reinas, ¿no?

—¡Tú qué piensas, Lefuan!

Él no respondió de inmediato. Miró el techo ennegrecido por el humo, el fuego bajo que crepitaba sin prisa, y luego a los ojos redondos de los pequeños.

—**Pienso que las lunas están mejor en manos de quienes no quieren poseerlas.**

Y eso las hace libres. Y a ustedes... también.

Esa noche, Naorhal no necesitó proclamaciones.

No hubo trompetas. Ni decretos colgados en las plazas.

Solo el rumor... que se volvió historia. Y la historia... que se volvió certeza.

Lefuan no fue declarado príncipe. Fue narrado. Como un mito que eligió no imponerse.

Y por eso mismo, la ciudad entera **comenzó a recordarlo como si siempre hubiera estado allí.**

Y así, bajo ese cielo de rumores, sin declaración, sin decreto, **Naorhal aceptó a Lefuan.**

Las estrellas estaban presentes. Observaron.

Y por primera vez en siglos, nadie intentó interpretar sus silencios ni leer en ellas un destino.

Nadie buscó augurios. Nadie exigió respuestas. Solo las dejaron estar.

Brillando, como testigos silenciosos.

De lo que acababa de comenzar.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 5: *Las sombras entre las luces — La secta da su primer paso*

Mientras el palacio dormía, Naorhal respiraba con la confianza de quien **cree que ha sobrevivido a la tormenta**. Pero las tormentas verdaderas **no gritan antes de llegar**. Sus heraldos caminan en silencio, y **su primer trueno es la ausencia de ruido**.

Esa madrugada, en el **Templo de la Luz Serena**, un sacerdote fue hallado muerto.

Su cuerpo no presentaba heridas.

Pero su boca estaba cosida con hilos de oro quemado.

Y en la pared del altar, escrita con llamas negras, una frase:

"La luz ha mentido."

El sumo clérigo intentó ocultarlo. Quemó las cortinas. Modificó el informe.

Pero el rumor ya había salido.

Y como todo rumor que se arrastra en la oscuridad,

llegó donde debía llegar.

En el barrio del Mercado Antiguo, una mujer se desplomó entre puestos de fruta.

Al principio creyeron que se desmayaba.

Pero cuando gritó —con una voz que **no era la suya**—, la ciudad se detuvo.

“¡La sangre ha dormido!

¡Y el que camina con la noche no ha muerto!

¡Volvir despierta en los muros olvidados!”

Las palabras no eran suyas. No podían serlo. La mujer **nunca aprendió a leer**.

Y sin embargo, repetía pasajes exactos de textos prohibidos, quemados siglos atrás por el propio templo.

Un comerciante desapareció esa misma noche. Un noble de bajo rango, miembro del consejo de comercio. Su cuerpo no fue hallado. Solo una mano. Y sobre el dedo anular, **un anillo con la insignia del Sol Antiguo... girada al revés**.

Irisel fue la primera en ver el patrón. Desde su torre en el templo central, había ordenado revisar todos los símbolos recuperados. No por su contenido... **sino por lo que decían sin decirlo**.

“Tres cicatrices, tres muertes, tres mensajes.

No son atentados. Son avisos.”

Convocó una reunión secreta con dos maestras archivistas y un veterano de la inquisición retirada. Extendió sobre la mesa un mapa de la ciudad, marcando los incidentes con tinta roja.

—No buscan el trono —dijo—.

No buscan asustar.

Buscan recuperar lo que creen perdido: el relato original.

—¿Y qué es lo que reclaman? —preguntó uno de los sabios, tenso.

—Que el mundo **nunca debió tener tres luces.**

Solo una sombra. Y que Lefuan... al regalar el cielo, **rompió el equilibrio dormido.**

En el León Dorado, esa noche, **Lefuan jugaba a las cartas con Mira y Tarek** bajo la tenue luz de una lámpara de aceite. La madera crujía con cada movimiento, el vapor del estofado subía lento por el aire, y la risa de Tarek —mezcla de burla y alivio— parecía conjurar la idea de que el mundo, por un instante, podía detenerse.

Lefuan no sabía aún que era blanco de algo más antiguo que el odio.

No por sus palabras. Ni siquiera por su ascenso.

Sino porque, sin saberlo, había dicho una verdad con la estructura misma del lenguaje.

Y al hacerlo, **había herido el tejido sagrado de los que creen que solo la oscuridad debe perdurar.**

Muy lejos de allí, bajo las raíces torcidas de un templo olvidado, en un sótano sellado con sal, huesos y símbolos invertidos, **la secta** se reunía.

No encendían velas. No las necesitaban. Sus marcas brillaban por sí solas, **quemadas en la piel como mapas de otra fe.** Formaban un círculo cerrado.

Sus rostros estaban cubiertos con vendas viejas, sus cuerpos pintados con sangre coagulada.

Nadie hablaba. La oración era interna.

Una sucesión de silencios, como cuchillas arrastrándose por piedra.

En el centro, una figura joven se alzaba. Había sido niña. Ahora era recipiente.

Sus ojos ardían con una luz blanca y muerta. No era fuego.

Era lo que queda cuando el fuego ya no quiere quemar.

Y en sus labios se dibujó un nombre. No el de un dios. No el de un enemigo.

El nombre de un hombre.

—**Lefuan...**

El que ha tocado la palabra. El que reescribirá. El que debe ser **quebrado... o convertido.**

Desde el rincón más oscuro del recinto, una **sombra más antigua que cualquiera de los presentes** se deslizó como un recuerdo imposible de borrar.

Voltnir.

El antiguo apóstol del silencio absoluto. La voz que rechazó a todos los dioses.

Esta vez, no se dirigía al templo. Ni al trono. **Esta vez, quería la historia.**

Porque quien controla la historia, no necesita profecía.

Solo una versión que todos teman olvidar.

♦ Capítulo 5 – Bajo la luz de todos

Subcapítulo 6: *Una semilla bajo la luna — El inicio de algo que no tiene nombre*

sa noche, el cielo sobre Naorhal parecía **demasiado nítido** para una ciudad con tantos secretos. Las dos lunas se alzaban lentas, como **hermanas que ya no se hablan**, pero que **comparten aún la memoria de una canción antigua**.

Una temblaba. La otra callaba.

La ciudad dormía. Pero en las torres del palacio, **nadie soñaba del todo**.

Solo **vigilias quietas. Y silencios que no se atrevían a romperse**.

Lefuan caminaba por el **pasillo de los vitrales oscuros**, donde los colores se fundían con la piedra en lugar de brillar. **Iba sin capa. Sin escoltas. Sin armas**. Tampoco llevaba ese gesto de media sonrisa que a veces usaba como máscara. **Solo un presentimiento, y la carta sin abrir** que la reina Aarihén había deslizado bajo su puerta, sellada con el dibujo de un **sol dorado a medio trazar**.

Luana lo esperaba. En la **sala sin nombre**, un recinto circular escondido tras una escalinata de piedra curva, sin ventanas, sin adornos, usado —decían los criados— por los herederos cuando querían **desaparecer sin dejar de estar dentro del palacio**.

Allí se lloraban los castigos. Allí se pronunciaban secretos que no debían alcanzar los tronos.

Ahora estaba vacía. Pero **no hueca**.

En el centro, una sola vela. Su llama era pequeña, pero **constante**, como una espera que no exige. Frente a ella, **un espejo de cobre**, oxidado en los bordes, lo justo para **deformar el reflejo sin borrarlo del todo**.

Luana estaba sentada en el suelo, sin protocolo.

Vestida de blanco apagado, como si ya no supiera qué significaban los colores.

Sus ojos no miraban la puerta. Tampoco la vela.

Miraban su reflejo, incompleto en el metal viejo.

Y cuando Lefuan entró, **no dijo su nombre**. Porque no hacía falta. **El aire ya había cambiado**.

Como cambia cuando dos personas saben
—sin palabras, sin decretos, sin testigos—
que **algo termina de empezar**.

—**Ya no podemos volver atrás** —dijo ella, sin mover la mirada del espejo.

—**¿Y alguna vez pudimos?** —respondió Lefuan, con voz baja, casi íntima.

No era una pregunta.

Era la constatación de algo que ambos sabían desde antes de saberse.

Él se acercó despacio. **Sin prisa, sin ruido. Sin amenaza**.

Se sentó a su lado, con la misma naturalidad con la que uno se sienta junto al fuego que no busca calentar, sino acompañar. **No se tocaron. Tampoco lo necesitaban**.

El espacio entre ellos estaba lleno de todo lo que no hacía falta decir.

—**Mi madre me dijo que debía elegir con la cabeza** —murmuró Luana, aún sin mirarlo—.

Pero tú no me dejaste. Y eso no es bueno. Ni malo. Es irreversible.

Hubo un silencio largo, de esos que no se rompen, sino que **maduran**.

Se escuchaba el leve crujido de la vela.

Un eco débil de campanas desde alguna torre lejana.

Y entre eso... **la respiración entrelazada** de dos personas que no sabían si se habían encontrado... o se habían recordado.

—**Si muero... algún día...** —comenzó ella.

—**No digas eso** —intentó interrumpir él, con una súplica que no alcanzó.

Ella alzó una mano muy despacio.

No para tocarlo, sino para sostener el momento.

—**Escúchame.**

Si muero... quiero que encuentres una forma de **mantener viva esta noche.**

No mi nombre. No tu promesa. **Solo esto.**

Lo que somos ahora. Sin corona. Sin deber. Sin tiempo.

Lefuan no respondió de inmediato. Sus ojos se fijaron en la llama. Una llama que, por un instante, **pareció inclinarse hacia ellos.** Como si escuchara también. Y luego, sin ceremonia, sin solemnidad, **con una simpleza que solo tiene lo eterno,** dijo:

—**Está hecho.**

En algún lugar del palacio, un reloj de arena marcaba el paso hacia el amanecer.

Pero en esa sala sin nombre... el tiempo se había detenido.

No para quedarse. Sino para recordar.

Entonces, **sin pedir permiso, sin temblor ni palabra,** Luana apoyó su frente contra la de él.

No fue un gesto de despedida. Tampoco de deseo. **No buscaba cerrar nada. Abría.**

Era un acto de fe. De entrega sin palabra.

De esos que no se nombran, porque nombrarlos los haría más pequeños que su verdad.

Y en ese instante, sin que ninguno de los dos lo supiera aún, una **nueva historia comenzó a escribirse.** No en los archivos del reino, donde las crónicas siguen la voluntad de los vencedores. Ni en los registros del templo, donde los mitos se doblan ante la ortodoxia.

Sino en el tejido mismo del tiempo.

En esa zona invisible donde las cosas verdaderas dejan raíz antes de tener forma.

Muy lejos, en otro ala del palacio, Goucha se incorporó de golpe en su lecho.

No había oído nada. No había soñado. Y sin embargo, **una punzada leve** le cruzó el pecho, como si una cuerda olvidada en su interior hubiese vibrado por primera vez en siglos.

—**¿Qué fue eso...?** murmuró.

No hubo respuesta. Solo una sensación. Como si alguien hubiera encendido una vela **en un cuarto que ella ya no recordaba tener.**

No entendía por qué.

Pero sonrió.

Y en algún rincón remoto de esa vasta noche, donde el tiempo aún no era tiempo, **una niña —que aún no había nacido—** rió en sueños que no eran suyos.

Una risa pequeña, como de agua encontrando cauce.

Una memoria futura, **que latía antes del corazón.**

Arriba, las dos lunas seguían sus trayectorias cruzadas, hermanas silentes que se alejaban en sus órbitas.. **Pero algo en su reflejo esa noche... quedó fijo.**

Como una nota en el aire que nadie toca, pero todos escuchan.

Como una promesa que no se dice, pero que ya germina en la tierra del mundo.

Y si un día todo ardiera... el jardín recordaría.

Porque hay llamas que no consumen. Solo revelan.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 1: *La proclama del alba — El anuncio ante la corte*

Pasaron dos semanas. Y el amanecer llegó **con lentitud**, no como quien despierta al mundo, sino como quien **lo observa desde el umbral de algo que está por quebrarse.**

No era promesa. Era **advertencia.**

Sobre Naorhal, las nubes flotaban con una perfección inquietante. No parecían moverse. No parecían reales. **Como si alguien las hubiera pintado allí**, para fingir que el cielo no temblaba. Y sin embargo, **el cielo temblaba.**

En el corazón del palacio, la **Sala de las Columnas Doradas** se fue llenando poco a poco. No con estruendo ni ceremonias. Solo con el sonido crudo y verdadero de pasos suaves y telas que crujían al doblarse en respeto.

Era el salón más antiguo del Reino. Más antiguo que los tronos. Más antiguo incluso que los nombres que ahora resonaban en las canciones.

No tenía cúpula. No tenía símbolos divinos. No tenía íconos ni frescos.

Solo columnas. Altas. Inquebrantables. De oro ennegrecido por los siglos. Y **silencio.**

Un silencio que no pedía ser roto. Sino **comprendido.**

Allí se celebraban las decisiones **que no se podían revertir.** Las que fundaban o quebraban eras. Las que no necesitaban ceremonia... porque eran verdad.

Entonces, **la reina Arihén entró.** Sin música. Sin trompetas. **Sin cortejo.** Vestía de blanco y rojo. Los colores del sol antes del incendio. No llevaba corona. No la necesitaba. **Solo un anillo.**

Un anillo solar, sencillo, antiguo, desgastado por la piel de generaciones en su mano derecha. Forjado antes de la unificación de las provincias, y grabado con una única palabra arcaica: **“Alharen.”**

Una palabra que ningún escriba usaba sin temblar. Porque **“Alharen”** era una palabra vieja, perteneciente a una lengua muerta que ya nadie hablaba, salvo en los textos olvidados del templo de Assil. La única palabra que no admitía pactos.

Un vocablo sin equivalente moderno, cuyo significado había sobrevivido no por el uso, sino por la reverencia: **la hora en que la luz no puede mentir.**

La reina Arihén fue la primera en cruzar el umbral de la Sala de las Columnas Doradas. Detrás de ella, caminó Luana. Sola. Con la espalda recta y el rostro sin expresión. Sin heraldos ni guardias, sin flores ni bordados.

Llevaba un vestido de líneas severas, de lino blanco y pliegues que recordaban a las túnicas de los antiguos jueces. No era un atuendo nupcial. Era un uniforme. Era **el de la guerra diplomática.**

Su rostro estaba inmóvil, no como quien esconde una emoción, sino como quien sabe que mostrarla sería traicionar algo más grande que ella misma.

A su izquierda, caminaba Goucha. No llevaba velo. Ni cadena de rango. Ni color alguno. Su túnica era negra, sencilla, sin bordado alguno. Y sin embargo, caminaba con la dignidad tranquila de quien sabe que ya no es sombra. Ni sirviente. Sino testigo. Y quizá, en algún rincón, también árbitro del destino.

Lefuan fue el último en entrar.

No lo anunciaron. No hubo clarines para él, ni miradas pactadas de aprobación. Y sin embargo, cuando cruzó el umbral, el aire pareció tensarse por un instante.

Vestía su capa gris habitual. Remendada con hilo oscuro en los bordes, como si alguien —quizá él mismo— la hubiera cosido con paciencia. Sus botas no brillaban, pero estaban limpias. Su túnica era sobria. Y sus manos estaban desnudas de joyas, pero cargadas de historia.

No traía con él ningún objeto ceremonial. Ni estandarte. Ni arma. Ni consigna. Solo su presencia. Y esa mirada suya —de tierra después de la tormenta— que no pedía nada.

Los nobles ya estaban dispuestos en semicírculo.

Ala norte: los tradicionalistas.

Rostros marcados por la devoción a Assil, la diosa de la luz severa. Vestían túnicas doradas con bordes rectos. Miraban al suelo, no por respeto, sino como quien se prepara para no asentir.

Ala sur: los reformistas.

Comerciantes, pensadores, estrategas de los márgenes. Ropas más variadas, tonos más suaves. Observaban a Lefuan como si fuera una paradoja caminante. Una pregunta sin respuesta. Una grieta en el tablero. Y algunos —aunque no lo admitieran jamás en voz alta— como la única pieza auténtica en un juego cada vez más falso y errático.

Y en el centro, aún vacío, esperaba el espacio destinado al gesto irrevocable.

El lugar donde la palabra se hace carne. Donde la historia deja de ser contada... y empieza a ser escrita.

Un heraldo de túnica escarlata avanzó hasta el centro del círculo.

Su andar era solemne, medido como una cuenta regresiva.

Cuando se detuvo, el silencio era tan compacto que hasta el eco se negó a manifestarse.

Su voz —clara, sin temblor ni adorno— resonó entre las columnas como un cincel sobre piedra: **—Se convoca este acto en nombre del trono solar, para proclamar, ante los dioses que oyen y los hombres que recuerdan, la unión futura entre la princesa Luana de Naorhal y Lefuan Lucius, ciudadano foráneo, reconocido por la Reina como legítimo portador del título consorte.**

El murmullo fue inmediato, pero contenido. Como un suspiro que nadie quiso dejar escapar por completo. No estalló el escándalo. Tampoco la ovación.

Solo un leve crujido en la piel del salón: como hojas secas pisadas por error.

Los devotos del ala norte hicieron discretamente el gesto de la luz sobre el pecho. Otros, los más pragmáticos, bajaron la cabeza como quien acepta el cambio aunque no lo entienda todavía.

Entonces habló Arihén. Su voz no necesitaba alzarse.

Tenía el tono de las palabras que ya no pueden ser discutidas:

—Esto no es una coronación.

No es una boda.

Es un anuncio.

Pausó. Su mirada recorrió a los presentes como una llama sin prisa:

—El amor no se legisla.

Pero el reino sí.

Y entonces pronunció lo inevitable:

—A partir de este día,

Lefuan Lucius será considerado parte de la línea imperial. Con los deberes que eso implica.

Y bajo la vigilancia que eso exige. Ni más... ni menos. Pero sí con nombre. Y con voz.

—**¿Y sus derechos?** —preguntó una voz desde el fondo.

No fue un grito. Fue una pregunta contenida, precisa. Pertenecía a una noble de mediana edad, con el cabello recogido y la frente alta: una figura respetada por tradición más que por títulos. Su tono no era hostil. Pero sí templado, como una espada enfundada que podría desenvainarse con una sola respuesta mal dada.

Arihén no vaciló. Ni se giró del todo.

Solo respondió con la claridad de quien no delega el peso de sus palabras:

—**Sus derechos nacerán de lo que haga. No de lo que reciba.**

El salón no aplaudió. Tampoco protestó. Pero algo en la atmósfera cambió: como si las columnas mismas hubiesen aceptado esa ley sin necesidad de firma.

No hubo aclamaciones. No hubo campanas.

Pero todos los presentes entendieron lo que acababa de ocurrir:

Una línea invisible acababa de escribirse en la historia del reino.

Una línea que no separaba... sino que obligaba a caminarla con los ojos abiertos.

Y en el silencio que siguió, más antiguo que el propio trono,

Naorhal se preparó —por dentro— para aprender a decir un nuevo nombre sin temor.

Luana y Lefuan se miraron entonces. No como amantes que se buscan en la multitud. Ni siquiera como aliados trazando un plan. Se miraron como dos personas que han comprendido que ya no pueden desandar el camino. Como cómplices... no de una conspiración, sino de una historia que aún no tiene forma, pero que ya respira a través de ellos.

—**¿Desea decir algo, señor Lefuan?** —preguntó el heraldo, con un leve ademán de respeto.

El silencio se hizo más denso. Como si todo el salón contuviera el aliento. Lefuan avanzó despacio. No con paso ceremonial, sino humano. Sus botas sonaban apagadas sobre las losas del suelo.

Cuando llegó al centro, no miró a los nobles. Ni a la reina. Ni siquiera a Luana.

Solo desató los broches de su capa gris. La dobló con cuidado.

Y la dejó en el suelo, como quien deja atrás una etapa sin arrepentimiento.

Luego alzó la vista. Y dijo:

—**Solo esto: No heredé nada. No pedí este lugar.**

Pero si alguna vez dudan de por qué estoy aquí... pregunten a sus dioses. Y miren al cielo.

Las palabras no buscaron convencer. Simplemente se instalaron donde debían.

Como el viento que entra por una grieta que ya estaba ahí desde hace siglos.

En el ala norte, un sacerdote cerró los ojos. No por rezo. Ni por desaprobación. Sino como quien reconoce que algo ha comenzado... y ya no puede detenerse.

En el ala sur, un comerciante alzó discretamente su copa. Un gesto pequeño.

Pero suficiente para que otros lo vieran. Y comenzaran a hacer cálculos.

No hubo aplauso. Ninguna ovación. Solo un murmullo suave.

Como cuando una gran piedra cae al agua... y las ondas aún no han tocado la orilla.

Y, sin embargo, en el fondo de la sala —muy al fondo— una criada, de manos manchadas por el pulido de los suelos, soltó un suspiro. Un suspiro que no buscaba atención. Ni permiso.

Uno de esos que nacen cuando algo, finalmente, tiene sentido.

El heraldo, con su vara de mando, dio tres golpes secos contra la piedra:

—**La proclamación ha sido sellada.**

No en voz alta. Pero con la certeza de que nada sería igual después de ese eco.

Entonces Luana tomó la mano de Lefuan. No por deber. Ni por rito. Ni por lo que se esperaba.

La tomó porque quería. Porque en medio del salón más solemne del reino, entre siglos de expectación y linajes... quería sentir algo real.

Goucha, un paso detrás, bajó la mirada. No por sumisión. Sino por respeto.

Y su boca —que rara vez mostraba otra cosa que juicio— se curvó en algo que podría haber sido una sonrisa contenida. O un suspiro invertido.

Desde el balcón oculto del templo, tras una celosía tallada con símbolos de Assil, Irisel observaba.

Lo había visto todo. Desde el primer desafío hasta esa sala sin máscara.

Y por primera vez, no pudo decidir si lo que nacía ante sus ojos era una promesa... o una herejía.

Sus dedos, ocultos bajo el manto ritual, temblaban.

Porque había jurado proteger la luz.

Pero no aquella luz.

Y más allá, en los callejones donde ni el sol ni la ley entraban, una llama fue encendida sobre un cuenco de huesos. Los miembros de la secta miraron el fuego en silencio.

Uno susurró:

—Ya es tarde.

Otro corrigió:

—No.

Justo a tiempo.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 2: *El beso político — Recepción pública y tensiones veladas*

Naorhal había sido vestida como para una coronación.

Las calles, barridas con flores secas de luz, respiraban una extraña solemnidad.

Banderas blancas y doradas colgaban de balcones antiguos, donde generaciones enteras habían visto pasar guerras, bodas y eclipses. Mientras las fuentes centrales cantaban con hechizos antiguos.

Niñas y niños de los gremios habían sido convocados para recitar versos escritos por poetas imperiales del Segundo Reino. Los textos no hablaban de poder.

Hablaban de aquello que sucede cuando el poder deja de fingir que lo controla todo.

Y, sin saberlo, algunos versos comenzaban a rimar con el hombre que ese día se presentaba ante ellos.

Porque esto no era una boda. Y tampoco era una coronación. Era algo más frágil. Más definitivo.

Una aceptación.

Y lo que se aceptaba... no era un linaje. Ni una alianza. Sino una anomalía. Una grieta en el guion.

Una duda que, en lugar de deshacerse... había conquistado el corazón del relato.

La Plaza del Espejo —ese vasto claro de mármol frente al palacio, donde el suelo reflejaba el cielo cuando no llovía— estaba repleta. No de fiesta. Ni de vítores. Sino de presencia.

Miles de rostros. Miles de silencios. Como si todos los habitantes de Naorhal supieran, sin decirlo, que ese día la historia iba a escribir con otra tinta. No cantaban. No gritaban. Solo esperaban.

Y el aire tenía ese espesor inmóvil que precede a las cosas que luego serán recordadas.

Entonces sonaron los tambores del templo. No con ritmo de celebración.

Sino con la cadencia exacta con que la tierra entierra... y revela.

Uno. Dos. Tres.

Y entonces apareció **Luana**, vestida con armadura ceremonial modificada: la luna blanca bordada sobre el pecho izquierdo, como si protegiera no el corazón... sino la decisión.

Sus pasos eran firmes, pero no pesados.

Y su rostro —austero, abierto, sin gesto innecesario— parecía no esperar aprobación.

A su lado, Lefuan. Sin armas. Sin insignias. Sin color imperial. Solo una túnica sencilla de lino claro, y en su brazo derecho, el brazalete solar que Arihén le había ordenado usar:

Símbolo antiguo del consorte real, pero tan desgastado que apenas se leía su inscripción.

Caminaban juntos. Pero no como cortejo. Ni como monarcas. Solo **presencia**.

Luana se detuvo en el estrado central, suspendido por hechicería sobre una plataforma flotante, flanqueada por velas suspendidas en el aire. A su alrededor, el aire temblaba con la quietud tensa de miles de miradas que contenían el aliento.

El heraldo dio un paso al frente. Sus ropajes ondeaban suavemente con la brisa, como si incluso el viento supiera contenerse.

Y con voz ceremonial, repitió —palabra por palabra— el anuncio que ya todos conocían... pero que aún no habían escuchado con el corazón:

—El trono solar proclama ante el pueblo la elección de la princesa Luana de Naorhal.

No como símbolo. No como herencia. Sino como voluntad viva.

El eco de esa frase aún flotaba cuando Luana avanzó un paso más, dejando atrás incluso al heraldo. El sol, en lo alto, atravesaba las nubes con una claridad casi imposible, como si hubiese aguardado ese momento. Ella alzó la mirada hacia la multitud. No buscaba aprobación. Solo contacto. Un puente invisible entre el mármol elevado y la piel del pueblo.

Y entonces habló. Sin entonación ensayada. Sin escudo en la voz. Solo con una firmeza que no exigía ser comprendida para ser sentida.

—Mi elección no fue lógica. Ni fue debida. Fue libre.
Y si el pueblo me quiere como su reina... me aceptará también como mujer.

Silencio. No uno vacío. Uno espeso, fértil, lleno de cosas no dichas que al fin encontraban espacio para germinar.

Y luego, desde una esquina cualquiera de la plaza, un solo aplauso. Claro. Aislado. Después otro. Y otro más. Hasta que fueron cien. Luego miles. Y el aplauso ya no sonaba como aprobación. Sino como un latido. Como si la ciudad misma recordara que también tenía corazón.

Luana giró hacia Lefuan. Y lo miró. No con exaltación. Ni con nostalgia. Sino como quien ha cruzado una frontera interna, y sabe que lo único que puede hacer ahora...

Lo besó. No fue un beso largo. Ni apasionado. Fue público. Preciso. Desnudo. Un beso sin escudo. Sin ceremonia. Sin intención de perdurar. Solo de ser.

Y con ese gesto, el compromiso dejó de ser anuncio. Se convirtió en relato popular.

El de una princesa que eligió a un forastero. Y un pueblo que decidió... no impedírselo.

Los niños comenzaron a imitar el beso en los callejones, entre risas y juegos donde los mitos se hacían cuerpo. Un anciano, ciego de un ojo pero firme de manos, pidió madera de roble para inmortalizar la escena. Una panadera del mercado central decoró sus pasteles con glaseado blanco y rojo: dos lunas unidas por una pluma dorada.

Y en menos de una hora, la historia ya era canción. Los músicos ambulantes afinaban liras y flautas para narrar —a su manera— lo que acababa de ocurrir. Algunos exageraban el beso. Otros lo omitían. Pero todos sabían que algo había cambiado.

Entonces... algo quebró el aire. No fue un grito. No fue un clamor. Fue una fractura.

Un sonido que no tenía lugar en la celebración:
una explosión sorda, profunda, como si el suelo hubiese exhalado oscuridad.

En la parte baja de Naorhal, cerca del viejo muro del gremio de astrónomos —un lugar donde el tiempo parecía caminar más lento—, un mural recién terminado estalló en fragmentos. Mostraba a Luana entre las dos lunas, con la ciudad a sus pies y una pluma en la mano. Había sido pintado por una joven artista, hija de escribas, como ofrenda espontánea.

El estallido no mató a nadie. Ni siquiera hirió. Pero no era un mensaje de sangre. Era un mensaje de humo. Cuando las primeras patrullas llegaron, lo vieron. Marcado en la neblina cenicienta que aún flotaba sobre las piedras, como si el aire mismo hubiera decidido hablar.

Tres cicatrices verticales. Y una luna. Tachada. Con fuego negro.

Naorhal había aplaudido. Había creído. Había cantado.

Y, sin embargo... alguien más también había escuchado.

Y no quería historia. Quería sombra.

Irisel ya estaba allí cuando nadie más lo había notado. No había escolta visible. No había ruido en su andar. Solo su sombra recortada entre los restos del humo.

Se agachó frente al mural roto, pasó los dedos por una astilla aún caliente, y cerró los ojos como quien escucha una melodía enterrada.

—Esto no es un mensaje —murmuró a su escolta, que apenas se atrevía a respirar—.

Es una respuesta.

Una que llevábamos demasiado tiempo postergando.

Muy lejos, en la Plaza del Espejo, los aplausos seguían como lluvia suave. Aún eran sinceros. Aún eran ignorantes. La mayoría no sabía lo que había ocurrido en la ciudad baja. La historia caminaba hacia el mito, mientras la sombra ya había salido de su guarida.

Desde lo alto del palacio, en su balcón de piedra negra, la reina Arihén observaba sin pestañear.

Sus ojos, tan acostumbrados a leer las costuras del poder, se oscurecieron apenas un grado.

Pero ese leve descenso de luz fue suficiente para que una de sus consejeras retirara discretamente una pluma del tintero: algo debía escribirse. O borrarse.

Y más abajo, junto a la plataforma donde aún flotaban los restos de la ceremonia, Goucha se mantuvo inmóvil. Parecía observar al pueblo. Pero en verdad escuchaba algo más antiguo que los vítores: un eco que nacía en su pecho. Un estremecimiento. No de miedo. Sino de reconocimiento.

Porque esa marca... ese símbolo dibujado con fuego negro... ella ya lo había visto.

En una visión. En un recuerdo. O en un sueño que aún no le había sido permitido tener.

La luz había hablado. El pueblo había respondido.

Y la sombra...

por fin, había recordado su nombre.

... por fin, había despertado.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 3: *El susurro del metal — Irisel comienza a moverse*

El templo de Assil tenía alas selladas con cerraduras que ni los sumos clérigos podían abrir sin una plegaria, susurrada en la lengua extinta de los fundadores y autorizada por los doce.

Pero Irisel no necesitaba llaves. Ella **conocía las respiraciones de cada pasillo**, las fracturas invisibles entre las piedras.

Los acólitos susurraban en rincones oscuros, como si el ruido invocara presagios.

Los sacerdotes se inclinaban sobre textos sagrados, pero las letras parecían mirarlos con indiferencia. Nada respondía. Nada les devolvía su fe.

Irisel caminaba descalza. Sus pasos no hacían ruido, pero las baldosas parecían tensarse bajo su peso, como si reconocieran que lo que caminaba sobre ellas no era una simple mujer. Su túnica era negra, sin símbolos. Solo un hilo suelto colgando de la manga izquierda, como un juramento no cerrado.

Al llegar a la Cámara de los Sellos, no vaciló. No se persignó ante la puerta circular. Solo la empujó con la palma. La piedra se abrió con un suspiro profundo.

Dentro, la penumbra era total, rota apenas por la tenue luz de cuatro lucernas perpetuas, alimentadas por aceite.

Las paredes estaban cubiertas de estantes curvos, donde se alineaban cilindros sellados con cera sagrada. Cada uno contenía un símbolo: aceptado, condenado, olvidado, temido.

Irisel colocó sobre la mesa central tres informes recientes.

No usó guantes. No recitó fórmula alguna.

1. La inscripción en fuego negro aparecida sobre el altar menor de Assil.
2. El símbolo de humo trazado tras la explosión del mural en la ciudad baja.
3. Las marcas grabadas en el puñal ritual con el que intentaron atravesar el velo de Luana.

Eran distintos. En forma. En trazo. En intención.

Y sin embargo, compartían algo más profundo: en el núcleo de cada uno... tres líneas.

Rectas. Paralelas. Inconfundibles.

Irisel no habló para ser oída. Solo para confirmarse.

Su voz se deslizó como filo entre los cilindros callados.

—Tres cicatrices...

Voltair. Pero no como deidad. Como eco.

Como lo que queda cuando el mito se retira... y la herida permanece.

Uno de los cilindros más antiguos tembló levemente. No por magia. Sino por recuerdo.

Y la sombra que habitaba tras el nombre de Voltair comenzó, al fin, a dejar de dormir.

La asesina no encendió ninguna lámpara. No las necesitaba.

El cuarto estaba sumido en una penumbra que no asustaba, sino que ordenaba el pensamiento.

Sobre la mesa de piedra volcánica, desplegó el mapa de Naorhal. No el que usaban los militares. Ni el que consultaban los comerciantes. Este era más antiguo. Trazado a mano sobre pergamino de corteza lunar, con inscripciones que solo podían leerse con agua de ceniza.

Irisel colocó, con una precisión casi reverente, un espejo de cobre bruñido sobre el mapa. Su forma era ovalada, ligeramente abombada. Las runas talladas en el marco estaban desgatadas, no por uso... sino por la carga de lo que habían reflejado.

Inclinó el espejo en un ángulo oblicuo, justo como lo indicaban los antiguos manuales de observación encubierta. El reflejo no era nítido. No mostraba rostros. Mostraba dirección.

Y ahí estaban. Tres puntos, tres cicatrices, alineadas con la precisión de una hoja templada. El altar profanado. El mural destruido. El puñal hallado en los Jardines Interiores.

Tres actos, una línea.

Pero no una línea geográfica. Una línea simbólica. Narrativa.

Como si alguien estuviera escribiendo con sangre una frase que aún no terminaba.

La cuarta ubicación... aún no existía. Pero ya ardía en el reflejo.

Como si el futuro no esperara al presente para marcar su llegada.

Irisel cerró los ojos. Y colocó ambas manos sobre el espejo. Sus dedos temblaban apenas. No de miedo, sino de certeza. Entonces, sin adornos ni testigos, recitó la plegaria que solo los iniciados en la Hoja Silente se atrevían a pronunciar:

—No pido permiso para actuar.

Solo el derecho... a no hacerlo en vano.

El espejo vibró. Una vibración leve, apenas perceptible, pero cargada con una respuesta. Las runas de su contorno comenzaron a encenderse. Primero en ámbar. Luego en rojo. Y finalmente... fuego tenue. Como si algo del otro lado respondiera. Como si una historia invisible reconociera la presencia de quien estaba dispuesta a leerla.

Irisel, con gesto firme, apagó las llamas con sus dedos desnudos.

El cobre la quemó, pero no se apartó.

—Entonces es verdad... —murmuró, para sí misma—.

No atacan al poder.

Atacan el relato.

Horas después, cuando la luna más pálida ya había cruzado el cenit, Irisel descendió sola por la escalera en espiral de piedra, sin antorcha, sin escolta.

La humedad de los muros se adhería a su piel como un segundo aliento, y el eco de sus pasos parecía amortiguado, como si el templo no quisiera que esa parte de sí misma fuese oída.

Los calabozos menores no eran mazmorras comunes. Se utilizaban para encerrar lo que no debía morir... pero tampoco ser liberado. El aire allí abajo no olía a podredumbre. Olía a incienso seco, a rezos petrificados en las grietas de las paredes, a temor institucionalizado.

El joven estaba en la última celda. Encadenado con anillos de plata ritual —no por seguridad, sino para que no se deshiciera— vestido solo con una túnica que no era suya y envuelto en vendas limpias, pero mal puestas.

No hablaba con nadie. No comía. Apenas parpadeaba. Y en lugar de lengua, tenía una cavidad marcada por cicatrices circulares, como si la carne misma hubiese sido modelada por un símbolo.

Irisel no pidió permiso. Tampoco lo necesitaba. Abrió la puerta de la celda y entró en silencio. No se presentó. No nombró al muchacho por su antiguo título de acólito. Se sentó frente a él, en el suelo frío, doblando las piernas como en los rituales antiguos.

No dijo nada. Esperó.

Pasaron minutos. Tal vez una hora. El joven temblaba sin ritmo. Los ojos, abiertos, no enfocaban. Pero algo dentro de él parecía estar tanteando la oscuridad de vuelta. Y entonces, en una voz rasgada, más aire que sonido, surgieron las palabras:

—No luz...
no forma...
tres veces y nada...

Irisel no se sobresaltó. No reaccionó. Solo alzó ligeramente el mentón. Como si confirmara un diagnóstico que ya sospechaba.

—¿Ves aún las cicatrices? —preguntó, sin levantar la voz.

El joven parpadeó una vez. Y asintió. Muy, muy lentamente. Como si el gesto arrastrara el peso de un continente.

—¿Dónde está la cuarta? —preguntó Irisel. Esta vez, más bajo. Como si el nombre de ese lugar no debiera tocar del todo el aire.

El silencio fue más largo. Más denso. Y cuando por fin llegó la respuesta, no fue una palabra arrojada: fue susurrada desde un lugar sin paredes ni tiempo. Una sola palabra. Casi inaudible.

—...Dentro.

Irisel cerró los ojos. Y no porque necesitara meditar. Sino porque entendía de inmediato lo que significaba. La cuarta cicatriz no estaba en la ciudad. No en un mapa. Ni siquiera en una persona. Estaba en el relato. En el núcleo mismo de la historia.

Irisel se levantó sin pronunciar palabra. El eco de su túnica al moverse fue lo único que rompió la densidad de aquel calabozo sin tiempo. Subió sola por la escalera de caracol que llevaba a la torre sur del templo, donde los vitrales estaban cubiertos de polvo y las oraciones ya no resonaban. Ese lugar no se usaba desde los días del Cisma. Desde que la sombra de Voltair fue declarada doctrina rota.

En la cámara más alta, donde los libros no eran copiados sino enterrados para que el olvido los oxidara lentamente, la esperaba un anciano. No vestía túnica sagrada, ni portaba símbolos visibles. Su único distintivo era una hebilla con forma de ojo ciego. Era uno de los últimos archivistas del exilio. Los que recordaban lo que el templo se había esforzado en no olvidar del todo.

—Quiero formar una célula de vigilancia —dijo Irisel al entrar—. No bajo la luz. Sino debajo de su sombra.

El anciano no respondió de inmediato. Tampoco pareció sorprendido. Simplemente, extrajo una pequeña caja de madera gris, con herrajes corroídos por el salitre del tiempo. Al abrirla, reveló un anillo sin marca. Liso, sin grabado, sin metal noble. Pero más pesado que el oro.

—¿Con permiso del Alto Templo? —preguntó él, sin alzar la vista.

—Sin él —respondió Irisel—. Y sin intención de pedirlo.

El anciano asintió muy levemente. Luego le entregó el anillo, colocándolo sobre un paño oscuro. No lo tocó directamente.

—No tienes autorización —dijo, en voz baja—.
Tienes urgencia. Y eso basta.

Esa noche, mientras la ciudad aún celebraba entre luces falsas y pasteles de dos lunas, Irisel comenzó a trazar una red que no respondería a ningún consejo. Ni al trono. Ni al templo.

Envío seis cuervos sin sello. Cada uno a un nombre cuidadosamente elegido: antiguos desertores, fieles caídos, guardianes exiliados. Distribuyó armas silenciosas, ocultas en estuches de oración. Y escribió un informe. Extenso. Detallado. Imposible de aprobar.

No lo selló. No lo firmó. No lo entregó. Lo dobló con precisión.
Y lo guardó... en su puño cerrado.

Miró hacia la ciudad dormida desde la torre alta.
Su perfil recortado por la luna blanca parecía el de una estatua.

—No estoy luchando por Assil —susurró—.
Ni por la princesa.
Ni por la ley.
Estoy luchando porque si no lo hago...
no habrá historia que valga la pena recordar.
Ni herida que valga la pena cerrar.

La hoja ceremonial que colgaba de su cintura no temblaba.
Estaba inmóvil. Silenciosa. Esperando.

Pero la ciudad... la ciudad sí temblaba.
No por miedo. Sino porque algo, en sus raíces más antiguas, había vuelto a despertar.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 4: *El pacto sin sangre — Arihén y Lefuan negocian en privado*

Pasaron los días como hojas que nadie se atrevía a recoger, deslizándose por los pasillos como murmullos de algo que aún no quería decirse. En el palacio, el aire comenzó a pesar más de lo que cualquier palabra podía nombrar. Las conversaciones se acortaban. Las miradas se alargaban. Algo se tensaba. No con ruido, sino con el tipo de silencio que anuncia grietas.

Los aposentos privados de la reina Arihén no eran lo que muchos imaginaban. No había oro, ni tronos, ni estandartes. Ni siquiera guardias en la puerta. Solo una sala amplia, iluminada por la luz difusa del crepúsculo, con un escritorio de madera negra donde el barniz ya se había rendido al tiempo, una estantería de piedra cargada de pergaminos con tinta desvaída, y una única ventana abierta al cielo, como si todo lo que Arihén necesitara fuera el juicio de las alturas.

A esa hora, solo el sonido de una pluma rozando el papel llenaba la estancia. Un trazo meticuloso, sin interrupciones, como si cada línea escrita fuera más sentencia que pensamiento.

Cuando Lefuan entró, la reina no lo saludó. Tampoco alzó la vista.

Solo dijo, con una voz que parecía más antigua que ella:

—Me ofreciste el sol... y lo único que me diste fue una historia. Bien jugado.

Lefuan no respondió enseguida. No se sentó. Tampoco se acercó más de lo necesario. Se quedó en el centro de la sala, erguido, con la espalda recta y los ojos sin ansiedad.

Parecía un visitante que no sabía si había sido invitado... o citado.

—No estoy aquí para agradecimientos —dijo al fin.

—Lo sé —respondió Arihén, bajando la pluma pero sin mirarlo todavía—.

Estás aquí porque has comprendido algo esencial. Que el trono no es una herencia. Es una amenaza diferida. Un filo que espera años antes de pedir sangre.

El silencio que siguió no era incómodo. Era táctico.

Ambos sabían que cada palabra pronunciada en esa sala se convertiría en eco.

Y que el eco, con el tiempo, siempre reclamaba su precio.

Finalmente, Arihén alzó la vista. Sus ojos —oscuros, densos, casi inmóviles— tenían el color y la textura del vino espeso: hermosos al primer contacto, pero imposibles de leer sin ahogarse un poco en ellos.

—Quiero que hablemos claro —dijo.

Su voz no era dura, pero sí limpia, como una cuchilla recién afilada—.

Tú no naciste para gobernar. Ni para inclinarte. Eres un hilo suelto... en una tela que lleva siglos tensada por demasiadas manos.

Lefuan no se inmutó. Apenas un leve gesto en la comisura de sus labios.

—Y sin embargo, aquí estamos —dijo.

Arihén asintió una vez, como quien confirma una fractura.

—Y por eso vamos a pactar —continuó—.

Antes de que el amor nuble el juicio de mi hija. Antes de que los nobles te conviertan en bandera de sus ambiciones. Y antes de que el templo halle en tu historia la excusa perfecta para llamarte hereje... con legitimidad.

Lefuan alzó una ceja. No por provocación. Sino porque el juego, por fin, tenía nombre.
—¿Qué quieres? —preguntó.

Arihén deslizó la pluma de vuelta al tintero. Cada movimiento suyo tenía la gravedad de un ritual.
—Dos cosas —dijo, como si ya estuvieran acordadas desde mucho antes—.

Uno: Que si alguna vez debes elegir entre tu vida... y la de Luana, no titubees. Elige la de ella. No por deber. Sino porque sabrás que el reino no puede sobrevivir si su heredera cae por amor.

Dos: Que no reclames jamás lo que no te ha sido entregado. Ni el poder absoluto. Ni la verdad del reino. Porque ambos —el poder y la verdad— no pertenecen a quienes los desean... sino a quienes saben cuándo no usarlos.

En la estancia, el silencio se volvió espeso, como si la tinta que caía del tintero gotease también sobre las palabras no dichas.

Lefuan tardó en responder. No por duda. Sino por respeto al peso de lo que acababa de oír.
Sabía que, en ciertos lugares, cada palabra es una cuerda.
Y toda cuerda puede ser un lazo... o una soga.

Finalmente, rompió el silencio sin suavidad:
—No vine a mandar. Pero tampoco nací para obedecer.

Arihén se recostó lentamente en su asiento. La silla crujió apenas, como si también contuviera la respiración. Y entonces —por primera vez desde la proclamación— sonrió. No con ternura. Con reconocimiento. Solo fue un segundo. Pero en ese segundo, el aire cambió.

—Entonces quizás —dijo, con un susurro que sabía a veredicto— sí merezcas a mi hija.

Lefuan no respondió de inmediato. Tampoco bajó la mirada. Solo avanzó un paso, y colocó algo sobre el escritorio: el brazalete solar.

Ese mismo que la reina había hecho forjar para legitimar su papel ante el pueblo.
El oro relucía, pero no brillaba. Como si entendiera que no era su momento.

—No necesito esto para protegerla —dijo Lefuan con calma—.
Solo para que tú me dejes hacerlo.

Arihén inclinó la cabeza, como si evaluara no solo sus palabras, sino también sus límites.

—No confío en ti —admitió, sin dureza, pero sin grietas.

—Yo tampoco confío en mí —respondió él—.

Y eso es lo que me hace peligroso. Pero también útil.

Hubo un momento en que ninguno habló. Fuera, el viento golpeaba la ventana. Dentro, solo el roce del brazalete sobre la madera parecía marcar el tiempo. Dos figuras frente a frente. Dos verdades opuestas. Y, entre ambas... una mujer que aún no sabía cuánto costaría el futuro.

Solo ese tipo de silencio que aparece cuando dos personas entienden que lo dicho ya no puede desdecirse. Luego, sin cambiar el tono ni buscar dramatismo, Arihén giró un pergamino hacia él. Estaba abierto sin encabezado, solo las líneas limpias de quien ha decidido escribir sin escudo.

—Esto no es un acuerdo formal —dijo, con la voz de quien ya no pregunta—.
Es solo una hoja sin título.

Lefuan apenas sonrió.

—Entonces será lo único verdadero que se firme este mes.

Ambos tomaron la pluma. Ambos lo rubricaron. El sonido del papel absorbiendo la voluntad. Dos nombres. Uno trazado con firmeza. Otro con la soltura de quien ya no pretende disimular la carga.
Y debajo, una única frase, en una caligrafía más antigua que el cargo que ocupaban:

“Por la continuidad del fuego, sin purificación innecesaria.”

Cuando Lefuan se retiró, la reina cerró los ojos.

Y por primera vez desde la muerte de su esposo, **no se sintió sola en el campo de batalla.**

Al cruzar el umbral hacia el corredor vacío, Lefuan bajó la mirada brevemente, como si respondiera a un pensamiento que no venía de él.

Y murmuró, casi en voz baja:

—Ahora el reino tiene dos reinas. Una sentada en el trono... y otra aún por venir.

Las antorchas del pasillo crepitaron como si hubieran oído algo que no debían. Pero el viento no se llevó sus palabras. Las guardó. Como se guardan las frases que el destino algún día reclamará.

En las sombras de ese pacto, algo se fortalecía. Pero también —sin estruendo, sin aviso— se abría una grieta. Una grieta pequeña, apenas perceptible, como esas fisuras que aparecen en los jarrones antiguos justo antes de quebrarse.

Solo una frase breve, dicha entre paredes tan viejas que ya no retienen ecos:

—Acompáñame —dijo la reina Arihén a Lefuan, al cerrar tras de sí la puerta de su estudio—.

Hay cosas que solo se dicen cuando ya no hay vuelta atrás.

La reunión no estaba registrada en ningún libro. No figuraba en la agenda oficial. No llevaba sello ni proclama. Lefuan no preguntó. No había necesidad. Solo siguió sus pasos, con el cuerpo erguido pero alerta, mientras su capa —esa misma capa gris, ya parte de su leyenda— se arrastraba como una sombra disciplinada sobre las losas silenciosas del ala táctica.

No eran pasillos decorativos. No conducían a jardines ni a salones de banquete. Allí no reinaba la política, sino la previsión. Eran corredores de piedra sin nombre, reservados para quienes conocían el peso de decidir en nombre de todos... sin poder contarle a nadie.

El salón de estrategia no era parte del recorrido habitual del palacio.

Tallado bajo la piedra viva, sin ventanas, sin espejos, sin adornos que pudieran distraer la mirada o captar secretos, sus muros estaban cubiertos de mapas en relieve, trazados con hilos de plata animados por hechicería antigua.

Tapices encantados mostraban no escenas heroicas, sino los pulsos invisibles del reino: las rutas del comercio en calma o en riesgo, los movimientos discretos de tropas ocultas, las fluctuaciones en los cánticos del templo...

No se oían pájaros. Ni pasos. Ni cortejos. Solo la respiración lenta de quienes comenzaban a entender —por fin— que la historia ya no tenía la forma con la que había sido enseñada.

Los presentes eran pocos. Pero cada uno... era una raíz enredada en los cimientos del reino.

— Tres heraldos mayores, con las túnicas aún manchadas de cera de archivo y tinta sellada por juramento.

— Dos generales sin divisa, reconocibles no por sus uniformes sino por la forma en que se mantenían erguidos: como si el peso de sus decisiones fuera su única armadura.

— Un emisario del templo de Assil, con la mirada vidriosa de quien lleva más visiones que certezas.

— Una cartógrafa sin lengua, cuyos mapas hablaban en su lugar con precisión que ningún decreto podía igualar.

— E Irisel, apoyada contra el muro, brazos cruzados, la daga al cinto como un susurro de acero. No estaba allí para usarla... pero sí para recordarla.

Arihén no se sentó. Tampoco pidió silencio. Solo habló. Como si el aire ya hubiese aceptado escucharla.

—El reino ha sido herido en silencio —dijo, sin preámbulo—.

La luz de Assil parpadea. El norte se repliega.

El sur canta nombres que ya no están en nuestros mapas.

Hizo una pausa. No para buscar efecto. Sino porque las palabras exigían espacio.

—Y en medio de todo eso... **él** llegó.

Se giró hacia Lefuan como testigo de algo que aún no podía definirse del todo.

—Algunos dicen que es un símbolo. Otros, un error.

Y aún hay quienes lo ven como una oportunidad. Yo... no he decidido aún.

Volvió a mirar a los presentes. Uno por uno. Como si pesara no sus rostros, sino sus silencios.

—Pero hoy, lo verán hablar.

Sacó entonces un pergamino enrollado. No sellado con cera, sino con una espiral de tinta roja: el signo reservado para revelaciones que no admiten demora.

Lo colocó sobre la mesa de piedra.

Y cuando lo soltó, los tapices encantados del salón parecieron palidecer levemente.

—**La secta del Fulgor** no es una amenaza futura —dijo—.

Es **presente**. Ya ha entrado. Tiene nombres en el templo. Manos dentro de las cortes.

Y ojos... más allá del mar.

Sus dedos se separaron del pergamino. Y su voz bajó apenas un tono.

—No quieren el poder. Quieren **borrar las reglas**.

Y reescribir la historia desde el fuego, no desde el pacto.

El silencio que siguió no fue vacío. Fue denso.

Como si cada frase recién dicha aún flotara en el aire, sin atreverse a caer del todo.

Los presentes no se movieron. No asintieron. Solo existieron en ese instante, con la respiración contenida, como piezas que aún no sabían si estaban en un tablero...

o sobre una bomba a punto de encenderse.

Lefuan dio un paso. No alzó la voz.

Solo la **limpió** —de todo orgullo, de toda excusa, de toda máscara.

—No vine para mandar. Ni para salvar un mundo que no conozco. Pero fui traído.

Y eso me hace responsable. De algo que aún no tiene nombre.

Su voz no necesitaba fuerza. Solo verdad.

—Por eso —añadió, mirando a todos sin apuntar a nadie—, no puedo hacer esto solo.

Entonces giró. Y buscó a **Irisel** con la mirada.

—Tú conoces las grietas. Sabes quién miente, quién reza por inercia, quién mata por devoción.

No necesito tus votos. Necesito tus ojos.

—¿Me estás pidiendo algo? —preguntó ella, sin moverse.

Su tono era neutro. Casi defensivo.

—No. Te estoy **nombrando**.

Hubo un leve cambio en el aire.

Como si esa palabra —nombrar— tuviera aún ecos antiguos, con peso propio.

—¿Para qué?

—Para que seas lo que nadie espera que seas: la mano que sostiene el filo **antes** de que caiga.

Irisel no respondió al instante. Su rostro era de piedra. Pero algo —en sus ojos— vaciló.

—Intenté matarte —dijo, al fin, con una honestidad tan fría como el mármol—.

Lo sabes. Entonces dime... ¿por qué confiar en mí?

Lefuan se permitió una media sonrisa. No de triunfo, sino de reconocimiento.

—Porque fuiste la única que lo intentó **antes** de saber quién era yo.

Y aún así... no huiste.

Un susurro apenas contenido recorrió la sala. Pero fue **Arihén** quien habló.

Con la voz firme de quien no pedía permiso.

—A partir de hoy, Irisel hablará por Lefuan ante este consejo.

No como emisaria. Sino como brazo ejecutor.

Su mano derecha, mientras este reino siga en crisis.

—Apoyadla en todo lo necesario —añadió—.

Sus decisiones tendrán el mismo peso que las tuyas, hasta que las aguas se calmen...
o el trono diga lo contrario.

El emisario del templo movió los labios. Una objeción velada, demasiado tenue para tener forma.

Entonces Selira, la **cartógrafa sin lengua**, se adelantó. Sus manos desplegaron un nuevo mapa sobre la mesa encantada. Ya no era el reino entero. Era solo un fragmento. Una región periférica, olvidada por los censos, pero no por los ritos.

Estaba marcada con símbolos prohibidos:

— espirales encadenadas,

— estrellas negras,

— runas de silencio,

— y tres cicatrices verticales en tinta seca.

Allí era donde comenzarían. No con una guerra. Sino con una búsqueda.

Y lo que encontrarían... ya no serían sólo enemigos.

Sino las **raíces del relato mismo** que alguien quería arrancar del mundo.

El mapa seguía extendido sobre la mesa, iluminado por una lámpara de aceite que proyectaba sombras alargadas sobre las marcas de culto. Durante un instante, nadie habló. No porque no hubiera qué decir, sino porque todos sabían que lo que se dijera ahora pesaría durante años.

—¿Qué tan profundo han llegado? —preguntó uno de los heraldos, de barba blanca y voz rota.

La cartógrafa sin lengua extendió tres dedos.

Irisel interpretó:

—Tres niveles. Superficie, templo, administración.

—¿Y qué quieren exactamente? —dijo el general sin divisa, apoyando los nudillos sobre el mármol.

—No el poder —respondió Arihén—. La historia.

—¿Y si ya la tienen?

Un silencio espeso. Lefuan fue el único que lo rompió:

—Entonces hay que disputarla con algo más fuerte que la fe: **coherencia**.

El emisario del templo frunció los labios.

—La fe no se sustituye. Se purga o se expande.

—La fe —respondió Irisel sin mirarlo— es lo único que puede traicionarte por amor.

Uno de los heraldos bajó la cabeza.

—Estamos dando demasiadas herramientas a un símbolo que aún no entendemos.

—Peor sería dárselas a quienes sí entendemos —dijo Arihén, y nadie replicó.

—Este no es un mapa —dijo Lefuan, señalando la tela—.

Es un espejo.

—¿Y qué refleja? —preguntó alguien.

—Dónde estamos ciegos.

—Entonces... ¿cuál es la orden? —preguntó el otro general.

No con desafío, sino con urgencia.

Arihén no dudó:

—Formad tres grupos. Uno con autoridad diplomática, uno con presencia militar no oficial... y uno sin rostro que Irisel ya tiene en marcha.

—¿Y al frente? —preguntó el heraldo más joven.

La reina miró a Irisel.

—No es una guerra. Es una cirugía.

Y ella será la mano que corta antes de que la fiebre se expanda.

Cuando la reunión terminó, los consejeros se dispersaron en todas direcciones, pero no como soldados que vuelven al campamento. Más bien como figuras que abandonan un santuario, cargados de decisiones.

Sus pasos sonaban más pesados que al llegar. Y no por fatiga.

Lefuan e Irisel caminaron en silencio por el pasillo de columnas cóncavas, donde la luz se curvaba en ángulos extraños, como si el palacio mismo escuchara lo que no se decía.

Los tapices no colgaban aquí. Ningún símbolo decoraba el mármol. Solo piedra viva.

Y un eco antiguo que nadie se atrevía a nombrar.

—No esperabas esto —dijo él, finalmente.

Su voz era tranquila, pero llevaba algo que no terminaba de asentarse.

—Nunca espero nada —respondió ella—. Solo aprendo rápido.

Se detuvo. Lo miró.

—Tú también deberías hacerlo. Aprender a no llevar todo el fuego dentro.

El fuego puede ser testimonio... pero también condena.

Irisel bajó la mirada, como si pesara cada palabra antes de liberarla.

—A veces, es más útil saber a quién entregarlo.

Lefuan no respondió. Pero sus ojos se tensaron por reconocimiento.

Y cuando volvió a caminar, lo hizo un poco más cerca de ella. No como quien necesita apoyo.

Sino como quien acepta, al fin, que **no todo se lleva solo**.

Detrás de ellos, el pasillo parecía más estrecho. O quizás era el peso del momento, del pacto no firmado en palabras, sino en silencios compartidos.

Y sin que el reino lo supiera aún, acababa de sellarse su primer pacto real...

... con las manos manchadas de sangre vieja, y la voluntad de dos almas que nunca pidieron el cielo, pero decidieron sostenerlo igual.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 5: *Bajo el altar — Primer atentado real*

El Templo Menor de Assil, en el barrio de las colinas, era un remanso sin ostentación. Sus paredes, lisas y pálidas, estaban hechas con piedra porosa traída de los barrancos blancos. El suelo —madera de olivo perfumado con hierbas de luna— crujía suavemente al paso de los fieles, pero no interrumpía el silencio: lo acariciaba. Por las aberturas superiores, la luz de la mañana descendía como un río lento, dividiendo el aire en haces que parecían contener el tiempo.

Era allí donde las familias sin apellido ni linajes encontraban consuelo. No había grandes ceremonias, solo un ritual íntimo, humilde y cotidiano.

El sacerdote llegó antes del alba. Siempre era el primero. No por devoción ciega, sino porque allí, entre los muros donde nadie pedía nada, él creía que la luz hablaba más bajo, y por tanto, más claro.

Desató su manto, lavó sus manos, preparó las velas con aceites de pétalos secos. Vertió el agua ritual con la precisión de quien no actúa por costumbre, sino por memoria heredada. Y alzó el cáliz de la ofrenda con ambas manos, como cada día, murmurando los nombres de los caídos.

Pero esa mañana, los nombres se le quebraron en la lengua.

Bebió. Como siempre. Pero esta vez, el líquido estaba más frío de lo debido. No gritó. Sus labios se tiñeron de negro. Sus ojos sangraron sin llegar a abrirse. Y cuando sus rodillas tocaron el suelo, el cáliz cayó sin romperse. Solo rodó... hasta detenerse frente al altar.

El cuerpo permaneció inclinado, en silencio. Pero la luz que entraba por el techo —esa luz que solía bendecir el mármol sagrado— ya no lo iluminaba. Pasaba a su lado. Lo evitaba. Como si no estuviera. O como si el templo, en su infinita compasión, no quisiera mostrarlo.

Los clérigos que lo encontraron minutos después retrocedieron sin saber por qué. No por el cuerpo. Sino por lo que estaba debajo.

La base del altar había sido removida. No violentamente, sino con precisión quirúrgica. Y allí, tallado a fuego en la piedra viva, aparecía un nuevo símbolo:

Tres líneas paralelas.

Una luna tachada en diagonal con una incisión de humo quemado.

Y debajo, una frase escrita con tinta de ceniza que aún olía a hierro:

“La luz no es guía.

Es prisión.”

La secta del Fulgor no atacó el corazón del poder. Atacó el lugar donde nadie esperaba oscuridad. Y con ese acto, marcó no el inicio de una rebelión, sino la declaración de una nueva doctrina:

Que incluso la luz podía encubrir cadenas. Y que el primer paso para liberarse... era dejar de arrodillarse ante ella.

Mientras tanto, en el Orfanato del Sol Medio, Luana recorría los pasillos en nombre del trono. Era un gesto simbólico. Un acto de presencia sin discurso. Un deber sencillo entre tantos otros.

O eso se creía.

El edificio —antiguo, restaurado con modestia— conservaba aún el olor a madera húmeda y tinta de escuela. Estanterías bajas albergaban libros ilustrados por manos pequeñas. Tapices de hilos desparejos, pintados por los niños, colgaban de las paredes con la solemnidad de una bandera no oficial.

Luana caminaba sin escolta. Solo ella.

Y Goucha, dos pasos detrás, sin uniforme, sin ademanes, con los ojos más atentos que sus gestos.

Fue en el ala de las frutas y cuentos —una pequeña sala hexagonal usada para las meriendas— cuando una joven se acercó. Vestía como enfermera auxiliar.

Cargaba una bandeja con frutas dispuestas con decoro. Su sonrisa era firme.

Pero sus manos... temblaban. Por tensión contenida.

Luana le sonrió con naturalidad, sin detenerse. Eligió una cereza con los dedos, como si nada pudiese ser más inocente.

Y fue entonces...

Cuando la joven movió la mano izquierda. Un gesto casi imperceptible. Como si ajustara una manga. Pero lo que emergió fue un pequeño cuchillo de hueso, curvado, sin brillo, del tipo que no corta... sino que desgarr.

Goucha no gritó. No dudó. Ni pensó. Se movió.

Como si su cuerpo llevara siglos esperando ese instante y recordara algo que ella no sabía.

Como si hubiera ensayado ese movimiento miles de veces... en sueños que no eran suyos.

Luana, quieta, no retrocedió. Pero su mirada cambió.

Goucha, con la respiración apenas alterada, se interpuso entre ella y la atacante.

Y por un instante, quienes vieron aquello no vieron a una criada. Ni a una dama de compañía.

Vieron a alguien que había estado dormida... y acababa de recordar quién era.

El cuchillo apenas se alzó. No llegó a trazar su arco.

Goucha lo desvió con el antebrazo izquierdo, un golpe seco, invisible para quienes no sabían mirar.

El arma raspó su manga. Ni sangre. Ni herida. Solo un desgarrón...

y el sonido de algo que caía al suelo sin convicción.

El cuchillo quedó ahí. Inútil. Como si el propio aire lo hubiera rechazado.

Como si esa sala —de frutas, cuentos y dibujos torpes— no pudiera admitir violencia.

La joven atacante fue inmovilizada por dos cuidadores, apenas mayores que ella.

Sus muñecas temblaban no por culpa... sino por convicción.

Pero antes de que alguien le cubriera la boca, antes de que el silencio oficial cayera como un manto, pronunció una frase que no era suya. Sino heredada. Memorizada como un dogma.

—La princesa no es la elegida... Su sombra lleva lo que perdimos.

Goucha jadeaba, con una herida leve en el antebrazo. No por el corte.

Sino por lo que había recordado al moverse. Su respiración era irregular, como si su cuerpo intentara explicar algo que su mente aún no entendía.

Luana no la interrogó. No la abrazó. Solo tomó su mano. Con fuerza. Y se la sostuvo. Largo rato. Hasta que ambas volvieron a respirar al mismo ritmo.

Esa misma tarde, en los corredores del palacio, el rumor ya se deslizaba como perfume agrio bajo las puertas entreabiertas:

—La sombra la protegió.

—La princesa tiene dos corazas: el amor... y la que lo calla.

—¿Quién es esa mujer realmente?

No era una pregunta por curiosidad. Era una grieta.
Y las grietas, en Naorhal, siempre crecían primero en susurros.

Muy lejos de ahí, Irisel llegó al Templo Menor poco antes del anochecer.

El cuerpo del sacerdote ya había sido retirado, pero la sangre aún dibujaba líneas secas entre las vetas del altar. El aire olía a resina quemada. A ceremonia interrumpida.

No preguntó. Se arrodilló. Y con dos dedos, trazó el símbolo tallado en la piedra: tres líneas. Y una luna tachada. Otra vez.

—No buscan matar... buscan sustituir. Una fe por otra.
Una historia por una cicatriz.

Desde la torre del vigía, bajo un cielo limpio y sin augurios, un cuervo oscuro partió sin sello.

Destino: Los aposentos del consorte, ala oeste del palacio.

Mensaje, solo una línea:

“La luna está marcada.

Pero la sombra aún respira.”

Firmado:

—I.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 6: *El ojo se abre — La ciudad ya no duerme*

La noche cayó sobre Naorhal sin hacer el más mínimo ruido. Pero no era una noche cualquiera.

Los faroles titilaban, apagados, carentes de su chispa mágica habitual. Las calles ya no olían a pan fresco ni a incienso encendido. Solo a polvo seco. A sospecha contenida.

En el cielo, las lunas parecían más lejanas que nunca, como si observaran desde un mundo distante, separado del nuestro por un velo invisible.

Y sin embargo, en el corazón del palacio, un ojo vigilante se abría, penetrante e incansable.

Lefuan permanecía solo en sus aposentos, apoyado contra el frío alféizar de piedra, contemplando la ciudad desde las alturas. Debajo, el murmullo urbano parecía ahogado, contenido bajo una tensión invisible que aún no encontraba forma ni nombre.

Era como si toda Naorhal respirara con un solo pulmón... Y este estuviera... **herido**.

Desde una esquina de la plaza, un grupo de niños comenzó a cantar.

No con alegría.

Sino con voz monótona, ritual.

“Tres veces la luz mintió.
Tres veces el hilo se torció.
Tres lunas se cayeron del cielo...
...y el cuarto no llegó.”

Lefuan sintió un escalofrío. No por las palabras. Sino porque **las había soñado**.

No una, sino muchas veces. En aquel fragmento de visión que tuvo ante el **Espejo de la Llama**. En un futuro que no existía. O que **aún no había llegado**.

Lefuan se quedó inmóvil un instante, el eco de aquella visión resonando en su mente como un susurro que no terminaba de entender. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué Naeliz le había mostrado ese fragmento quebrado de un futuro incierto, esa niña de ojos estelares, esa flor y el roble blanco que florecía en silencio? ¿Era una advertencia, una promesa, o acaso un destino del que no podría escapar? El peso de esas imágenes lo oprimía más que cualquier cadena física, y en lo profundo, supo que debía encontrar respuestas antes de que la sombra que aún respiraba creciera demasiado.

Un golpe seco resonó en la puerta. Lefuan giró, el corazón en alerta.

No esperó respuesta. Abrió de inmediato.

Allí estaba Irisel, firme como una estatua en medio de la penumbra. Sin túnica ceremonial que suavizara su presencia, sin armas visibles que amenazaran, pero con una autoridad que llenaba el aire. Su figura erguida, casi inmóvil, irradiaba un silencio tenso. Y sus ojos, afilados como filos invisibles, perforaban la habitación con una intensidad que podía cortar el acero.

—¿No deberías entrar con escolta? —preguntó él, con su sarcasmo usual.

—Si necesitara escolta para hablar contigo, ya estarías muerto —respondió ella, sin ironía.

Cerró la puerta tras de sí con un leve golpe que resonó en la habitación.

No pidió permiso ni ofreció excusa.

Se quedó de pie, erguida y contenida, con las manos cruzadas firmemente a la espalda, como una sentinela en calma antes de la tormenta.

—Algo está viniendo —dijo, su voz baja pero cargada de peso.

—Lo sé —respondió Lefuan, sin apartar la mirada.

—No. No lo sabes del todo. No se trata solo del templo, ni del trono, ni de ti.

Esto no es una rebelión. Es un reemplazo. Quieren sustituir la memoria por cicatrices, la fe por resentimiento... Y tú estás en medio, sin haberlo pedido.

Lefuan cruzó los brazos, una mezcla de desafío y cansancio en su gesto.

—Lo sé. No pedí estar aquí, pero tampoco pienso retroceder.

Solo intento no ahogarme mientras el mundo decide si me necesita o no.

Ella se acercó, dos pasos apenas, pero con esa firmeza que no necesita armadura.

—No se trata de si te necesitan. Se trata de que, estés listo o no, ya te están escuchando.

Lefuan apenas musitó, como quien lanza una verdad sin darse cuenta de su filo:

—Eso no es poder.

Pero Irisel no tardó. Su respuesta no fue un reproche, ni una corrección.

Fue una sentencia, dicha con la calma de quien ha visto morir imperios por menos:

—Eso es la forma más peligrosa de poder.

Se detuvo frente a él, con una intensidad que no necesitaba elevar la voz.

—Por eso vengo a decirte esto: No puedes permitirte dudar.

No mientras otros estén dispuestos a morir por una mentira mejor contada que tu silencio.

Lefuan bajó la mirada un instante. No por derrota. Por respeto.

—No pienso huir.

—Mejor —dijo ella, y sus ojos se oscurecieron apenas—,

porque si alguna vez lo haces... no dejaré que te pierdas en medio del fuego.

Te encontraré. Y te haré recordar por qué comenzaste. No por deber.

Sino porque el relato necesita verte terminar lo que ya empezaste.

El silencio llenó la estancia, pesado y espeso.

El viento se coló por el balcón abierto, arrastrando consigo un olor a humo rancio...

y a tierra abierta, fresca y vulnerable.

Lefuan avanzó con paso lento hasta la baranda del balcón. Apoyó una mano sobre la fría piedra, firme, buscando sostén. La otra la dejó caer con naturalidad, como quien se desprende de un peso invisible que lo ha acompañado demasiado tiempo.

—Entonces no huyas tú tampoco —dijo con voz baja pero firme.

Abrió la puerta que daba al exterior y el viento irrumpió, haciendo que la vela más cercana titilara y lanzara sombras danzantes.

—Vamos juntos.

Irisel guardó silencio un instante, indecisa, antes de ponerse a su lado. Sus ojos se perdieron en el horizonte donde el cielo se confundía con la tierra, cargado de promesas rotas.

—No soy buena para caminar acompañada —admitió con una voz apenas audible.

—Yo tampoco —respondió él—.

Pero supongo que nadie atraviesa un mundo en ruinas solo por orgullo... y sobrevive ileso.

Ambos permanecieron allí, inmóviles y distantes, sin rozarse.

Sin palabras que llenaran el espacio entre ellos.

♦ Capítulo 6 – Voces que no duermen

Subcapítulo 7: *Donde la luz deja sombra — Irisel recuerda*

La vela ardía sin llama visible, sostenida únicamente por el aliento invisible de un conjuro silencioso que mantenía su luz suspendida en la penumbra. Irisel estaba sentada en su celda alta, la misma que la había acogido desde los trece años, envuelta en sombras que parecían susurrar viejos secretos. Solo recordaba, como quien revuelve cenizas esperando hallar una chispa.

Al pie de su cama, la daga ceremonial reposaba sobre un paño negro, impecable, como si nunca hubiera sido usada. Aún limpia. Aún hambrienta.

“La sombra que purifica.”

Así la habían llamado cuando la entregaron al templo con apenas cinco años. Ni siquiera conocía a quienes la dejaron. Solo recordaba una mano áspera, una inscripción en un brazalete de cobre, y el rostro severo de una mujer que no hablaba con la voz, sino con la postura.

La Maestra Lysara.

—Para ser la sombra de la luz —dijo aquella mujer la primera noche—,
debes aprender a no tener miedo de lo que arde en ti.

Y así comenzó su formación.
Una vida sin juegos ni risas.
Sin espacio para el apego o la duda.
Solo doctrina férrea.
Silencio y disciplina.

A los ocho años, llegó su primera gran prueba:
la meditación del fuego interior.

Fue conducida a una celda oscura donde el aire olía a incienso quemado y piedra húmeda. Se le pidió que no se moviera, que no hablara, que no llorara. Solo **sentir**.

Delante de ella, una hoguera ritual ardía.
Y con ella, los susurros que la luz lanzaba a quienes no eran dignos.
El calor ardía como lenguas de fuego sobre su rostro.
Su piel temblaba, vulnerable y a la vez desafiante.
Pero ella no se rindió.

Solo cuando su respiración fue un hilo de seda,
y sus pensamientos una única oración:

“No soy yo. Soy la luz que castiga.”

Entonces la Maestra asintió.

Y desde ese día, **Irisel supo que su vida no era suya.**

Durante los años siguientes, el templo la moldeó como un arma afilada.
Su cuerpo aprendió a ser filo, preciso y letal.
Su mente absorbió el dogma sin cuestionar, y su alma...
aprendió a callar, a ocultar heridas bajo una máscara.

Pero no todo podía ser enterrado.

A los diecisiete años, recibió su primer encargo letal:
un grupo de herejes en un pueblo olvidado. Adoradores de Voltair.
Rebeldes de palabra más que de acción.

Cuando llegó, encontró campesinos cansados. Rostros llenos de polvo, niños sin calzado, madres que sostenían a los suyos con la dignidad de los que ya han perdido todo.

Una mujer se le acercó. Lloraba.

—¿Por qué matáis a quienes solo quieren vivir en paz?
¿No hay lugar para la compasión?

Irisel no respondió. Solo apretó con firmeza la empuñadura de la daga.
Y esa noche, cuando el último aliento se apagó bajo su mano, algo dentro de ella se quebró en silencio. Por primera vez, **la daga pesó**. Y desde entonces, jamás volvió a sentirse ligera.

La fe era su escudo, una armadura invisible que la protegía de las dudas y el miedo.
Pero también su cárcel, una prisión silenciosa que le robaba el aliento y la libertad.

Cada misión cumplida se convertía en una ofrenda silenciosa, un tributo que drenaba su esencia.
Cada vida segada, un sacrificio invisible que marcaba su alma con cicatrices que nadie veía.

Y sin embargo, en la quietud de la noche, cuando las velas del templo se consumían en su agonía final, Irisel se encontraba sola con sus preguntas, que caían como sombras sobre su espíritu cansado:

—¿Esta es la luz que debe guiarme... o sólo un fuego insaciable que consume todo a su paso?

Cuando Lefuan apareció, algo en el templo empezó a resquebrajarse, a desmoronarse desde dentro.

No era su poder lo que perturbaba los cimientos, ni su sangre o linaje lo que encendía la inquietud.

Era su actitud: la negativa a suplicar, la falta de reverencia,
esa mirada que no se inclinaba ni ante dioses ni ante hombres.

Desde las torres más altas lo observaron con ojos desconfiados, luego llegaron los informes susurrados, cargados de dudas y temores, y finalmente, el silencio incómodo que se instaló en sus propios corazones.

Lefuan no parecía desear la destrucción del orden establecido, pero cada palabra que pronunciaba hacía temblar los cimientos de ese orden, dejándolo frágil, insuficiente, incapaz de contener la verdad que traía consigo.

Y luego vino el consejo del templo.

En la gran sala, iluminada por antorchas titilantes, los sacerdotes se reunían en círculos tensos, sus voces cargadas de juicio y duda, discutiendo el destino del forastero.

—La profecía es clara —sentenció Daryan, su voz grave resonando en las paredes de piedra—. No puede haber excepción.

—¿Y si la excepción es justamente lo que falta? —replicó Arwen, su tono firme pero lleno de incertidumbre.

Irisel permaneció en silencio, sus ojos fijos en las figuras que debatían el futuro.
No opinó, pero cada palabra calaba hondo en su interior.

Cuando finalmente le llegó la orden de eliminar al forastero, su mirada buscó inconscientemente a Arwen. Arwen era su ancla. La única razón por la que, tras cada ejecución, Irisel aún podía mirar su reflejo sin quebrarse. La única presencia que convertía la obediencia en duda, la rutina en peso.

Durante años había cumplido órdenes sin pestañear. Había ejecutado nombres sin historia. Pero con Arwen... había aprendido que el silencio también podía doler. Los ojos de Arwen la encontraron y sostuvieron con una intensidad silenciosa, como si compartieran un secreto peligroso.

Y en un gesto leve, casi imperceptible, Arwen le concedió el derecho de decidir, entregándole una carga que pesaría más que cualquier espada.

No desenvainó la daga esa noche. Ni la siguiente. Ni ninguna de las que vinieron después.

Porque Irisel no estaba segura de que Lefuan fuera un peligro.

Pero estaba absolutamente segura de algo peor aún más inquietante:

El no tenía miedo de sí mismo.

Y esa certeza, fría y desgarradora, tenía el poder de encender guerras... o detenerlas.

Y sin embargo, la duda persistía en ella, silenciosa y pesada. No como una herida abierta, sino como una piedra sumergida en aguas oscuras, lista para arrastrarla hacia abajo en cualquier momento.

¿Por qué él?

Ella lo había observado desde las sombras, acechado en sus movimientos, atacado en sus pensamientos. Lo había considerado un error, un riesgo inaceptable.

Y por eso, en la oscuridad de una noche, apretó la daga con manos temblorosas y buscó acabar con él antes de que fuera demasiado tarde.

Y sin embargo... Naeliz lo había reclamado.

¿Qué ve en él que ni siquiera assil en su templo pudo sostener?

¿Y qué significa para alguien como ella... que su filo fallara por primera vez no por debilidad, sino por voluntad divina?

No halló respuesta. Solo un temblor leve en la empuñadura.

De pie, en la penumbra de su celda, Irisel tomó la daga con manos firmes pero cargadas de recuerdos. Sus dedos recorrieron la hoja, buscando el frío de sus reflejos, el peso exacto que alguna vez fue familiar. Observó las marcas grabadas en el metal, no simples decoraciones, sino votos antiguos sellados con sangre y sacrificio.

La hoja parecía absorber la luz tenue que colaba por la grieta, reflejando destellos apagados, como ecos de un pasado que ya no podía borrar. Con un suspiro contenido, volvió a enfundar la daga con cuidado reverencial, como si guardara no solo un arma, sino una historia entera.

Y por primera vez en muchos años, una idea se instaló en su mente, clara y extraña:

“Quizás esta hoja ya no sirve para cortar... sino para señalar. No qué destruir, sino qué proteger.”

Se giró lentamente hacia la estrecha rendija por donde el amanecer filtraba una línea tenue de luz. En esa luz pálida, Irisel no vio pureza. Tampoco detectó falsedad o engaño. Solo el contorno difuso y áspero del mundo real, imperfecto y desnudo.

Y en ese instante comprendió que, tal vez...

esa era la única verdad que aún valía la pena seguir.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 1: *El canto partido — El atentado en la ceremonia de unión*

Era el día del **Cántico de la Continuidad**.

Una de las pocas ceremonias que aún sobrevivían sin polémica, sin intereses cruzados, sin banderas. Ni el templo, ni el trono, ni el gremio de escribas disputaban su autoría.

Porque el Cántico no proclamaba nada. Solo pedía —en su idioma antiguo, entre versos olvidados por la política— que el mundo siguiera girando. Que las estaciones no se rompieran.

La **Plaza del Espejo**, pulida esa mañana con sales rituales y aromas de helecho, se hallaba cubierta de pétalos flotantes. No caían. No reposaban.

Flotaban —como suspendidos por una ternura invisible— gracias a los encantamientos de viento suave que lanzaban los acólitos más jóvenes, ocultos entre las columnas.

El sol atravesaba esas nubes de pétalos como si intentara leer entre líneas un mensaje perdido.

El aire mismo parecía contener aliento, como si el mundo entero contuviera la respiración.

Los asistentes estaban dispuestos con una precisión reverente, más coreográfica que militar:

nobles con túnicas de colores contenidos,

comerciantes con manos entrelazadas y ojos curiosos,

clérigos con los dedos marcando sílabas antiguas sobre sus palmas.

Incluso los **niños**, por una vez, no corrían. Solo miraban.

Luana y Lefuan estaban en la primera hilera. Ella llevaba una túnica blanca sin joyas, como dictaba la tradición. Él, una prenda gris claro, sin emblema, con los puños bordados por un artesano anónimo del Barrio del Agua. Estaban rodeados de **estatuas de bronce pulido** —representaciones antiguas de los doce ciclos fundacionales— y bajo un anillo de **palmas doradas**, sembradas siglos atrás por reinas que no dejaron descendencia, pero sí raíces.

Goucha, como siempre, estaba a unos pasos detrás. Sin trono. Sin título. Pero con la espalda recta y la mirada en alto. Porque aunque no se le hubiera dado asiento, era una parte esencial de aquella escena. Una figura cuya sola presencia recordaba que la historia, a veces, camina sin nombre... pero deja huellas.

Los **niños elegidos por sorteo** subieron al **estrado de mármol** cuando la campana de obsidiana sonó tres veces. Eran doce: seis niñas, seis niños. Vestían **túnicas azules bordadas en plata**, como el cielo cuando empieza a recordar que existe el mar.

Avanzaron sin miedo. Sin solemnidad forzada. Solo con esa dignidad callada que a veces tienen los muy pequeños cuando comprenden que algo los trasciende.

Uno de ellos —el menor, de cabello oscuro y gesto curioso— cargaba con sumo cuidado un **laúd de madera de luna**, una pieza antigua cuya superficie aún conservaba las vetas visibles del árbol original. Decían que ese instrumento había sido tocado, generación tras generación, por las manos elegidas del canto. Y que cada cuerda afinada de forma exacta era una súplica para que el mundo no olvidara su música.

En el cielo, las lunas no eran visibles aún. Pero los pájaros habían dejado de volar.

La canción comenzó con dulzura. Era un himno sin dios, compuesto cuando aún no existía un trono central. Hablaba de agua que fluye, de nombres que se repiten, de luces que se funden sin anularse.

Y entonces... **algo sonó distinto.**

El niño del laúd pulsó una cuerda. Y no hubo música. Solo un chasquido seco, como hueso quebrado en una sala vacía. Luego, un crujido sordo, —el tipo de sonido que no viene del instrumento, sino de aquello que se oculta dentro de él.

Y entonces, la explosión.

No fue un estallido amplio. Ni caótico. Fue pequeño. Preciso. Brutal.

Una onda expansiva que no buscaba espectáculo, sino efecto. No alcanzó el estrado completo. Solo a los cinco niños más cercanos al instrumento.

Los cuerpos solo cayeron. Como si el mundo se hubiera quedado sin pulso.

Como si el aire mismo —repentinamente— no supiera cómo sostenerlos.

Y en ese segundo eterno, el tiempo no se detuvo. Solo se negó a avanzar.

Gritos. Caos. Guardias corriendo con las armas aún envainadas, como si sus cuerpos aún no comprendieran qué defender. Clérigos que invocaban protección mientras sus manos temblaban demasiado para dibujar bien los sellos.

Luana se puso de pie al instante. Extendió los brazos, como si pudiera recoger el mundo roto con solo su gesto. Goucha, desde su posición lateral, la tomó por el brazo con firmeza.

Como quien sabe que, si no la sujeta, algo dentro del tejido se rasgará sin remedio.

Lefuan corrió hacia el estrado. Saltó los escalones como si no existieran. Apartó con el hombro a un sacerdote que conjuraba luz inútilmente, la clase de luz que solo alumbra el miedo.

Y allí, entre los restos —madera astillada, túnicas desgarradas, sangre que aún no entendía que era suya— halló a una niña. Una. Pequeña. Viva. Sorda de un oído. Cubierta de tierra, esquivarla y algo que parecía ceniza, aunque nadie recordaba fuego.

La alzó en brazos. Solo lo miraba como quien espera algo. Algo que no tiene nombre todavía.

Lefuan la sostuvo fuerte. Sus brazos, normalmente templados por el juicio y la estrategia, temblaban ahora como ramas vencidas por una tormenta.

Y entonces... lloró. Lloró por la niña que aún no había nacido.

Por la que no estaba allí... pero ya vivía en su sangre.

La multitud enmudeció. Ver a Lefuan quebrarse —ese hombre siempre firme, cínico, afilado como promesa no hecha— era como ver al hierro rendirse sin ser golpeado.

Como si el relato hubiera tropezado consigo mismo... y el eco doliera más que el grito.

Goucha lo alcanzó segundos después. Sus pasos fueron precisos, medidos, pero su rostro era una grieta mal contenida. **Solo le puso una mano en la espalda. Para sostenerlo.**

Como si entre los dos pudieran sujetar una parte del mundo que estaba a punto de caer.

Y por un instante, el mundo **no ardía. No se quebraba. Solo se sostenía.**

Con dos brazos. Y un silencio **necesario.** Sagrado.

Esa noche, los pergaminos del templo no escribieron sobre la ceremonia.

Solo dejaron una línea:

“Cantaron.

Pero la continuidad se partió.”

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 1.5: *Donde nace la esperanza — La hija aún no nacida*

La lluvia caía como si no supiera a quién lavar. Sobre los tejados dorados del palacio, sobre los muros de mármol, sobre las estatuas que aún sostenían antorchas aunque nadie ya las mirara. Y también sobre los jardines cerrados, ese rincón del reino donde las reglas dejaban de tener voz.

Allí estaba Luana, sentada bajo una pérgola de ramas entrelazadas, con la mano descansando suavemente sobre su vientre. La curva era visible. Serena. Innegable.

La princesa ya no era solo heredera. Era **madre**.

Lefuan llegó sin hacer ruido. El guardia que lo escoltaba lo dejó pasar sin preguntar —porque ya no se preguntaba. Porque en ese rincón, el mundo callaba. Se detuvo a unos pasos. La vio.

Vestía solo un vestido largo de lino blanco, húmedo por la lluvia, pegado al cuerpo. Sus cabellos sueltos, pesados, oscuros. Sus ojos cerrados, pero no dormidos.

—Está despierta —dijo ella, sin abrirlos—.

Y se mueve cuando llueve.

Lefuan sonrió. Como quien se sabe parte de un milagro que no pidió...

Se acercó con premura. Se arrodilló ante ella.

Y puso su mano junto a la suya, sobre ese vientre que temblaba apenas.

—¿Crees que sabrá quién soy?

—Lo sabrá. No por nombre. Por tu forma de tocar el mundo.

Lefuan cerró los ojos.

—Tengo miedo.

—Yo también.

—¿Y aún así...?

—Aún así, quiero que viva en un mundo donde alguien tenga miedo y no lo esconda.

Un silencio cálido. Y luego, de entre las columnas de piedra húmeda, una figura se acercó en silencio. Goucha. Descalza. El vestido mojado pegado al cuerpo felino. Los ojos bajos, pero sin vergüenza.

—Lo soñé esta mañana —dijo con voz tranquila—.

Ail.

Así se llama.

El nombre quedó suspendido en el aire, como una chispa que aún no decide si encenderá un fuego o una canción. Y en algún rincón del tiempo, la niña aún no nacida... sonrió en sueños que aún no eran suyos.

Luana la miró.

Con esa intensidad templada que solo nace cuando el alma reconoce algo que aún no entiende.

—¿Cómo lo sabes?

Goucha no bajó la mirada. Simplemente la dejó flotar.

—No lo sé.

Solo... lo sentí.

En un rincón donde no suelo entrar. Uno que no tiene nombre.

Lefuan extendió una mano. No como quien reclama. No como quien necesita.

Sino como quien está dispuesto. A sostener. A compartir. A no escapar.

Y Goucha la tomó. Sin ceremonia. Sin pedir permiso.

Como si ese gesto hubiera sido esperado por siglos.

Bajo la lluvia, esa lluvia espesa que no moja el cuerpo, sino el silencio, los tres se abrazaron.

No como unidad política. No como escándalo de corte. Ni siquiera como triángulo. Sino como algo más antiguo. Más visceral. Como raíces que se buscan en la tierra profunda, y se enredan no por lógica, sino porque bajo la tormenta... solo el entrelazamiento impide la caída.

Y aunque nadie los vio, el viento cambió dirección.

Como si el mundo respirara... un poco más hondo.

Esa noche, en la cámara del ala norte, donde las cortinas de lino filtraban la lluvia como un susurro, los tres compartieron el lecho.

Luana tomó la iniciativa. No con urgencia, sino con certeza. Desató el nudo de su vestido sin pudor. Dejó que la tela cayera como agua, y mostró su cuerpo sin adornos, con la curva de la vida aún frágil y ese brillo en la piel que solo tiene quien está cambiando desde dentro.

Lefuan la besó sin prisa. Como si cada beso fuera un idioma nuevo que debía traducir no con la lengua, sino con el alma. Y en sus manos había una torpeza sagrada: la del que toca no por derecho, sino por gratitud.

Goucha no habló. No tenía palabras para eso. Solo se acercó. Sus labios rozaron primero el cuello de Luana, una caricia como un secreto compartido. Luego los dedos de Lefuan, como quien reconoce un mapa que nunca ha visto, pero ya entendía.

No hubo dominio ni urgencia. Solo presencia compartida.

Un acto sin jerarquías. Solo una órbita lenta, de cuerpos que se sabían distintos, y sin embargo... posibles.

Los cuerpos se tocaron como si recordaran algo que no era de este tiempo.

Como si en otro lugar —o en otro sueño— ya hubieran sido uno.

Luana gimió suavemente al sentir a Lefuan dentro de ella. Goucha apoyó su frente contra la espalda de la princesa, acariciando el vientre con ternura mientras la otra temblaba de deseo.

Y cuando llegaron juntos, no fue con gritos ni jadeos.

Fue con el pecho desnudo. Y el corazón abierto como una herida... que no dolía.

Después, cuando los tres yacían bajo la misma manta, el silencio no era incómodo. Era ancestral.

Luana susurró:

—No lo digamos a nadie.

—¿El qué? —preguntó Lefuan, ya medio dormido.

—Que por un instante... el mundo no pesaba.

Goucha, con los ojos abiertos, no dijo nada. Pero sonrió.

Como si acabara de entender el verdadero significado de su lugar junto a ellos.

Y la hija no nacida, desde lo hondo, **soñó con un árbol blanco que resistía la tormenta.**

Sus raíces eran tres. Y no temblaban.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 2: *La grieta bajo el mármol — Conflicto interno en la corte*

Los pasillos del palacio resonaban con palabras que no se decían en voz alta. Los mármoles pulidos devolvían los pasos con eco. Las estatuas, antes símbolo de continuidad dinástica, parecían ahora vigías que presenciaban un juicio sin tribunal.

Tras el atentado, la reina Arihén no habló por tres días.

Ni con Luana.

Ni con Lefuan.

Ni con el Consejo del Fuego que pedía sesiones extraordinarias cada amanecer.

La corte interpretó ese silencio como una señal:
el poder estaba recalculando.

Los nobles comenzaron a agruparse en corredores oscuros, en bibliotecas sin testigos.

Ya no eran solo murmuradores.

Eran estrategas.

—El hombre es una grieta.

—Un imán para la destrucción.

—Donde pisa, la historia sangra.

En una de esas reuniones sin sello, la voz del Duque Marvall se alzó:

—Si el trono no lo aleja, lo hará el miedo.

Y si el miedo no basta... entonces lo haremos nosotros.

Mientras tanto, Lefuan no se defendía. No alzaba la voz. Solo observaba. Analizaba.

Y su sola presencia en las cámaras de paso hacía que los lacayos bajaran la vista.

Luana notó el cambio antes que nadie. Sus conversaciones con los ministros comenzaron a volverse más rígidas. Las frases eran más cuidadosas. Los saludos más mecánicos.

Y cuando uno de los sumos contadores sugirió trasladar el ala familiar del palacio a los jardines laterales, comprendió que empezaban a aislarla.

Ella no protestó.

Pero esa noche, en el comedor privado del ala occidental, donde las lámparas de aceite bailaban sobre las paredes de mármol dorado, Luana dejó los cubiertos a un lado.

No de forma brusca, sino con esa calma peligrosa de quien ya ha pensado demasiado.

Su voz no tembló. No necesitaba elevarla.

Era firme como una promesa dicha en un pasillo vacío:

—Están cavando un pozo para él.

Goucha, sentada a su izquierda, con la espalda recta y el cabello aún húmedo por la lluvia del jardín, no buscó eufemismos. Solo preguntó, sin adornos:

—¿Y tú...?

Luana no respondió de inmediato. Tomó la copa de agua. Bebió.

Y en ese gesto sencillo, se notó el peso de todas las decisiones que no podía deshacer.

Luego, como quien arranca algo de lo más hondo, dijo:

—Estoy atada al hilo que me dio esta vida. No puedo soltarlo.

Pero tampoco voy a quedarme sentada mientras lo cortan... y aún late.

Goucha entendió. No necesitó nombres. Ni explicaciones.

Su respuesta fue el silencio de los que ya han hecho ese pacto en otro idioma.

Lefuan llegó más tarde. Sus pasos eran lentos, no por debilidad, sino por el peso invisible de quien camina entre decisiones sin retorno. No había comido. Traía ojeras profundas, la piel marcada por la vigilia, y la mirada sin máscara... como si no quedara energía para el engaño.

Se sentó. No habló. Luana lo miró durante un largo rato. No con ternura. Sino con la lucidez de quien memoriza un rostro porque teme que algún día el mundo lo borre antes de tiempo.

Y entonces, sin pedir permiso, apoyó su mano sobre la suya. Él la apretó. Fuerte.

Como quien sabe que, aunque todo se caiga... aún hay un hilo que no debe soltarse.

En otra ala del palacio, la reina Arihén rompía su silencio. Recibía al Alto Canciller y al Prelado de la Corte Solar. Ambos hombres, uno vestido con tela escarlata y el otro con hábitos de lino blanco, le presentaban un documento sellado con una flor negra.

—Queremos limitar su acceso a los archivos.

Y si fuera posible... prohibirle asistir a nuevas ceremonias públicas.

Arihén los escuchó sin pestañear.

Y al finalizar, dijo solo una frase:

—Denle más acceso.

Ambos hombres parpadearon, atónitos.

—¿Majestad...?

—Denle más acceso. Y más visibilidad.

Quiero que todos vean lo que hacen cuando tienen miedo.

Esa noche, un sirviente encendió por error una antorcha vieja en el pasillo del ala sur.

La llama iluminó una grieta sutil en el mármol del suelo, invisible durante décadas.

Como un presagio sin palabras.

Y en lo alto de la torre norte, Goucha, sin ser vista, observaba la ciudad dormida.

Solo pensaba:

—El mundo se está rompiendo.

Y aún no hemos parido a la única que podría repararlo.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 3: *El refugio entre tres — El vínculo secreto crece*

Pasaron los meses como polvo sobre piedra: lentos, invisibles... pero inevitables.

Y cuando el mundo volvió a mirarse, ya no era el mismo.

El jardín de las lunas estaba cerrado al público. Nadie recordaba ya por qué.

Antiguamente, se decía que allí florecían las plantas que solo respondían a los eclipses.

Ahora era solo un rincón olvidado, entre muros altos y caminos tapizados de líquenes suaves.

Y esa noche, fue **refugio**.

Luana los llevó allí sin escolta. No pidió permiso.

Solo apareció en la habitación de Lefuan con una lámpara tenue y la frase:

—Ven. Y trae a Goucha también.

No preguntaron. La siguieron por pasillos en sombra, escaleras sin eco, puertas que se abrían sin rechinar. Los muros parecían cerrar los ojos al verlos pasar.

Y cuando llegaron al jardín, no encontraron flores. Ni fuentes.

Solo **una cama de hojas secas** dispuesta junto a una higuera ancestral.

Luana se sentó sobre las hojas. Goucha, con timidez, se acucilló a su lado. Lefuan tardó un poco más. Como si le pesara aún la duda de si **merecía estar allí**.

La princesa no dijo nada. Solo tomó la mano de cada uno.

—Aquí no somos roles —murmuró—.

Ni pactos. Ni deberes. **Solo nosotros**.

Un silencio se extendió entre ellos, denso y lleno de significado. La noche parecía contener el aliento, como esperando que alguien rompiera esa pausa sagrada.

Luana bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas. Su voz salió tenue, casi como un susurro para sí misma, pero lo suficiente clara para que Lefuan y Goucha la escucharan.

—A veces tengo miedo. Miedo de que este mundo al que traemos a nuestra hija... sea demasiado cruel. Que la fuerza que tratamos de construir aquí no sea suficiente para protegerla.

Lefuan apretó suavemente la mano de Luana y levantó los ojos para encontrar los suyos. Su voz fue firme, pero cargada de una vulnerabilidad rara vez mostrada.

—Yo también tengo miedo. Miedo de fallarte a ti, a ella... a todos. De no ser el hombre que creen que soy, o el que necesito ser.

Goucha se acomodó un poco más cerca, apoyando una mano sobre el regazo de Luana y mirando a Lefuan con intensidad.

—No estamos solos —dijo con calma—. No somos solo tres sombras caminando en la oscuridad. Somos la luz que se niega a apagarse. Lo que venga, lo enfrentaremos juntos. Y esa es la única fuerza que importa.

La tensión en el aire se suavizó un poco. Los tres respiraron al unísono, conectados por ese lazo invisible y potente que los anclaba a algo más profundo que el poder o la política: la esperanza, la lucha compartida, y el amor que no necesitaba palabras para existir.

El silencio era perfecto. Ni grillos. Ni viento. Y sin embargo, **hablaban**.

Lefuan la miró. Su vientre se marcaba apenas en el lino. La curva de la vida aún frágil, pero firme como la luna cuando no quiere esconderse más.

Él extendió una mano, con lentitud, como si pidiera permiso al destino. Luana la recibió, y la colocó sobre su piel.

—¿Sientes?

Él asintió.

—Es como si el mundo respirara desde otro lugar —susurró.

Goucha, en silencio, se acercó. Apoyó su cabeza sobre el regazo de Luana, y cerró los ojos. Su mano rozó la de Lefuan. No la sostuvo. Solo... la encontró. No hubo palabras. No hicieron el amor esa vez. No como otras veces. Pero algo más íntimo ocurrió: **una rendición compartida**.

Luana se inclinó y besó a Goucha en la frente. Luego a Lefuan en la boca. Larga, profundamente. Y luego, sin prisa, besó el vientre que llevaba dentro su hija.

—Ail —dijo—.

Ya estás entre nosotros.

En la quietud del vientre de Luana, Ail despertaba a un mundo sin contornos, sin tiempo ni nombre. Allí, en esa penumbra tibia y protectora, sus sentidos apenas comenzaban a asomar. Un murmullo suave la envolvía, un canto lejano que parecía venir tanto desde fuera como desde dentro, como el latido de un corazón compartido.

Eran tres voces.

La de su madre, llena de un amor profundo y promesas aún sin palabras. La de su padre, firme y decidida, una fuerza que la amparaba antes incluso de existir. Y la de Goucha, dulce y silenciosa, un refugio callado entre las sombras.

Ail quiso responder, quiso abrazar esas voces, pero solo pudo anidar su alma en ellas, tejiendo hilos invisibles que la sostendrían cuando la tormenta llegara.

Por un instante suspendido, soñó con un árbol blanco cuyas raíces atravesaban la tierra, firme ante cualquier tempestad. Y supo, sin miedo, que aunque el mundo fuera cambiante, nunca estaría sola.

Goucha fue la primera en quedarse dormida. Lefuan la cubrió con su manto.

Luana se recostó entre ambos.

Y esa noche, por unas horas... el reino no existió.

En el cielo, la luna roja descendió antes que de costumbre.

Los cronistas antiguos lo habrían llamado presagio.

Pero allí, en ese jardín oculto, solo fue **una señal de que el tiempo concedía un respiro**.

Y bajo el manto de estrellas, la hija aún no nacida soñó con tres voces que la llamaban desde futuros distintos. Y las reconoció a todas. Como si fueran una sola.

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 4: *La sangre y la daga — Irisel enfrenta la verdad*

El viento del norte traía olor a ceniza. No de fuego común, ni de hogar apagado. Era un olor ritual, seco y penetrante, que se adhería a la piel como polvo antiguo. Irisel lo conocía. Lo había sentido antes, en otras tierras, en otros tiempos. Era el mismo que usaban los adoradores de Voltinir durante las excomuniones oscuras: ceniza de escritura quemada —pergaminos sagrados convertidos en humo como acto de negación absoluta. No era solo destrucción. Era un gesto de rechazo hacia el lenguaje mismo, hacia todo lo nombrado.

Los informes no llegaban en orden. Eran fragmentos, trozos inconexos traídos por acólitos pálidos y heraldos con la voz quebrada. Ritos interrumpidos. Altares profanados con sangre de corderos negros, trazos invertidos que deshacían los patrones habituales de invocación. Simbolismos cruzados: la luna tachada con filo grueso, las tres cicatrices paralelas marcadas con fuego, y un ojo ciego grabado al revés, sin pupila, como si el mundo mirara desde su final.

Nada cuadraba. Todo resonaba.

Y entonces, llegó el más temido. Un vacío.

Uno de los acólitos mayores del templo... había desaparecido. Como si nunca hubiera estado.

No hubo portales detectados. Solo su túnica ritual, perfectamente doblada, reposaba sobre el altar menor. Junto a ella, una vela aún encendida, y escrita con el dedo en la cera reblandecida, una única palabra:

“Dentro.”

Irisel solo pidió silencio. Cerró la cámara de deliberación con un gesto antiguo que no figuraba en los manuales. Y descendió sola, descalza, al corazón prohibido del templo:
la cripta de los juramentos rotos.

Allí, el aire era más denso que en cualquier otra parte por memoria. Las piedras guardaban ecos de nombres malditos, pactos quebrados, traiciones antiguas que nunca se escribieron. Las paredes estaban cubiertas de sellos borrados, plegarias truncadas, símbolos prohibidos cubiertos por capas de pintura sagrada... pero aún palpitan. Allí se conservaban los registros de los desertores: no sus nombres, sino sus elecciones. Sus huellas. Sus vacíos.

Pero Irisel no buscaba nombres. No ese día. Buscaba símbolos.

Intersecciones entre lo profanado y lo no dicho. Ecos que se repetían no en las escrituras, sino en los gestos de quien dejaba un altar encendido... sin cuerpo.

Encendió una lámpara baja, sin hechizo. Luz natural, como en los primeros días del culto. Sus pasos eran firmes. Sus ojos, abiertos pero no expectantes. Y al fondo de la sala, entre dos columnas marcadas con lágrimas grabadas a fuego, encontró lo que temía: una tabla antigua, de madera de espejo negro, donde se marcaban los signos que no podían ser olvidados ni repetidos.

Allí, junto a la marca de las tres cicatrices, alguien —recientemente— había trazado con una uña ensangrentada una figura nueva: una espiral que se cerraba hacia adentro.

No una marca de expansión, sino de colapso.

Un pliegue. Una entrada. Un “dentro”.

Y entonces lo supo. No los estaban atacando desde fuera.

Ya estaban adentro.

Pasó horas sin hablar. Cada palabra dentro de ella parecía estar en peligro. Irisel se sumergió en las tablas antiguas, en los informes mal copiados, en las marcas aún frescas de los atentados. Comparó los gestos de los niños justo antes de la explosión, las posiciones de sus cuerpos caídos, los dibujos mal borrados en los muros traseros del templo menor, las frases fragmentadas que habían comenzado a circular, como rumores sin autor... como versos de un evangelio que nadie escribía, pero todos comenzaban a temer.

Y entonces, lo vio. No era Voltair. No era su culto disperso ni sus viejos iconos recuperados.

Era su sombra, su fuego, era **algo más**.

Eso no adoraba la sombra. No esperaba la noche. No pedía secretos.

Adoraba el silencio.

Y ese hallazgo le heló la sangre. Porque el silencio —lo comprendió con una punzada en el pecho— no era la ausencia de sonido. **Era la negación de la forma.**

Donde Voltair proponía una alternativa, esto proponía un abismo.

Al anochecer, cuando sus ojos ya no podían más, y sus dedos temblaban de tanto recorrer líneas invisibles, un cuervo negro esperaba sobre la repisa de piedra junto a su celda. Una tira delgada de cuero oscuro enrollada con precisión. Irisel la desenrolló con manos tensas, y reconoció, al instante, el lenguaje cifrado.

Uno que solo unos pocos aún sabían leer. Uno que se enseñaba en susurros, a las que alguna vez fueron Hijas de la Luz, antes de convertirse en sus cuchillos.

La frase era breve. Pero completa.

“El relato arde.

Y no habrá reemplazo.

Solo vacío.”

Irisel se sentó en la piedra fría, como si el suelo pudiera sostenerla mejor que sus propias certezas. Y en ese momento, por primera vez en años, **tuvo miedo de olvidar quién era.**

Irisel activó los sellos antiguos. Convocó a sus seis agentes ocultos, sombras entrenadas en silencio, juramentos rotos y fidelidades enterradas. Pero esa noche, el eco fue incompleto.

Uno de ellos no respondió. El otro apareció en la entrada del convento de los nudos rotos, colgado por los talones, con los ojos abiertos hacia el sol. Como si se hubiese ofrecido al vacío...

Los otros cuatro llegaron. Cansados. Tensos. Respirando como si la lealtad pesara más que nunca. Aún así, se arrodillaron. Juraron obediencia. Pero lo hicieron **con miedo**.

—Esto ya no es política —dijo uno de ellos, la voz apenas más que un sopro—.

Es algo más grande. Algo sin rostro. Y sin final.

Irisel no respondió. Solo se cubrió con la capa sin escudo. Y salió sola. Cruzó el umbral de los barrios altos como quien se despide de un idioma, y descendió hasta la parte baja de la ciudad, donde el polvo ya no teme asentarse, y los edificios respiran como ruinas con memoria.

Junto a las ruinas del viejo teatro —ese donde alguna vez se aplaudieron tragedias que ahora parecían livianas— lo encontró.

Étan. El acólito perdido. Estaba allí, desnudo, sentado como una ofrenda fallida.

Cubierto de barro, de símbolos trazados con los dedos, no en fe... sino en negación.

Sus pupilas no enfocaban. Pero su voz... Su voz hablaba como cuchillas.

—El dios que viene no tiene nombre —dijo.

Ni deseo. Ni juicio. **Solo propósito.**

—Él no quiere tu alma. Solo tu relato.

Irisel lo escuchó. No lo contradijo. Tampoco lo mató. Lo arrestó sin ceremonia. Sin violencia. Le colocó el sello de silencio sobre la frente. Y mientras lo conducían lejos, y el muchacho lloraba como si aún quedara dentro de él un niño... Irisel pensaba, sin pronunciarlo:

Si no protegemos el lenguaje, si dejamos que la historia sea anulada... entonces no quedará nada que valga la pena salvar.

Esa noche, Irisel volvió al templo. Subió a la biblioteca alta, donde dormían los textos que nadie abría por miedo a que los cambiaran.

Abrió un tomo sagrado —vacío, ya sin texto, como si alguien lo hubiera devorado página a página— y sin ceremonia, sin temblor, **aferró su daga y la hundió en el corazón del papel.**

—Que me juzgue Assil —susurró, sin levantar la vista—.

Pero yo no dejaré que nos borren. Ni una palabra. Ni una vida.

No era un gesto de rabia. Ni de herejía. Era un rito antiguo, olvidado por casi todos excepto por quienes habían aprendido a matar bajo la mirada de la luz silenciosa.

Los asesinos de Assil no pedían permiso. Pero cuando la misión superaba la voluntad de su portador, cuando el relato mismo peligraba, **hundían la daga en un texto sagrado vacío**, como si ofrecieran su cuerpo como última línea.

Era una petición sin palabras. Un lenguaje perdido entre fe y filo. Se decía que, si la daga sangraba al retirarse, la voluntad era impura. Pero si quedaba limpia, sin rastro de tinta ni sangre, entonces Assil había aceptado el juramento silencioso.

Irisel retiró la hoja. Estaba limpia. Inmaculada. Ni polvo. Ni eco.

La sala quedó inmóvil. Ni el aire se atrevía a moverse. Y entonces, **la visión descendió.**

Con un **vacío absoluto** que borró los contornos de la biblioteca.

Irisel no cayó. Pero dejó de sentir el suelo.

Todo a su alrededor era sombra en reposo. Y **dentro de esa penumbra**, una figura emergió: alta, envuelta en vendas blancas como pliegues de una idea que nunca se había dicho.

No tenía rostro. Solo un velo de cristal líquido, y detrás de él, dos ojos que no parpadeaban.

La diosa.

Assil no habló. Pero el silencio se llenó de **forma**. De intención.

La visión no era una orden, ni una bendición. Era **una elección no proclamada.**

La aceptación tácita de que **la daga de Irisel ya no solo cortaba carne... sino destino.**

La figura extendió una mano. En su palma, no había símbolo.

Había una **letra**, escrita en fuego blanco:

"Rescribe."

Irisel tembló.

—¿Yo...? —susurró.

La figura se deshizo en hilos de luz tenue. Y, por un instante, el mundo le pareció comprensible. Como si el relato no fuera una línea recta, sino una **herida abierta.**

Cuando volvió en sí, aún estaba en la biblioteca. Pero ahora el libro... en la página siguiente, donde antes no había nada, había surgido una única frase, escrita con la tinta más antigua del templo:

“La voz no es de quien habla. Es de quien recuerda.”

Y en silencio, sin testigos, Irisel supo que ya no era solo una asesina...

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 5: *El fuego en los archivos — La historia comienza a arder*

Siete días cruzaron el reino en silencio, como si el tiempo caminara de puntillas.

La Biblioteca de la Llama Interior era más antigua que el palacio. Sus columnas de ónix, sus vitrales translúcidos, y sus escalinatas que descendían doce pisos bajo la tierra, guardaban no solo textos. **Guardaban los relatos que le daban sentido al mundo.**

Esa noche, no había luna. Solo el murmullo de hojas. De las que aún no ardían.

Los guardianes del archivo notaron la intrusión tarde. El fuego no comenzó con llamas. Comenzó con un encantamiento susurrado en un dialecto olvidado. Las palabras exactas no sobrevivieron. Solo sus efectos: **tinta que se invertía**, pergaminos que se volvían ceniza sin arder, libros que olvidaban sus propios títulos.

Cuando Irisel llegó, ya era demasiado tarde. Cinco pisos habían colapsado. El humo no era solo negro: era espeso, casi sólido, y olía a cera derretida, a madera antigua, a pergamino consumido... y a algo peor. A historia perdida. A memoria rota. El aire tenía un peso antiguo, como si cada partícula ardiente llevara consigo siglos de palabras olvidadas.

Bajó los escalones de mármol rajado con pasos lentos, como si caminara sobre huesos. En los niveles superiores, las vigas crujían como plegarias en agonía. Cada paso era una decisión. Cada aliento, un riesgo.

Lefuan la encontró en el nivel nueve. Llevaba allí todo el día, encerrado entre estanterías, buscando respuestas que no sabía formular. Cuando empezó el incendio, no corrió. No gritó. Solo permaneció. Y ahora, cubierto de polvo y humo, con los ojos enrojecidos y la ropa chamuscada, estaba de pie ante un códice que aún resistía.

Uno sin título. Sin autor.

Con tapas de cuero negro, opaco, sin símbolo alguno. Como si el libro en sí negara ser identificado.

—¿Qué es eso? —preguntó él, sin atreverse a tocarlo.

Irisel se detuvo a su lado. Su rostro parecía una estatua, manchada de ceniza pero intacta.

—No lo sé —respondió—. Pero no lo pueden tocar.

Lefuan alargó la mano. Despacio. Como si esperara que el libro le hablara antes del contacto. Y entonces, ocurrió. El códice vibró. No con fuerza, sino con una pulsación tenue, orgánica. Como si respirara. Y se abrió por sí solo. Sin chasquido. Sin resistencia.

Como si hubiese estado esperando ese instante. Una sola página. Un solo fragmento:

“Vendrá uno sin raíz ni rama.

**Traerá la chispa que no enciende,
sino que revela lo que ya ardía.”**

Arriba, las vigas de los niveles colapsados caían como juicios. Los custodios de la biblioteca, pocos y envejecidos, se habían organizado como podían: algunos usaban escudos de conjuro para proteger estantes enteros; otros removían escombros con las manos desnudas; los escribas más jóvenes mojaban túnicas en tinas de agua para cubrir manuscritos y frenar el avance de las llamas.

Uno de los guardianes, con la cara cubierta de hollín, alzó la vista y vio a Irisel e Lefuan junto al códice. No dijo nada. Pero en sus ojos se reflejó lo mismo que ardía en el corazón de la biblioteca:

Resistir no era conservar. Era recordar lo suficiente para volver a escribir.

Lefuan sintió algo moverse en su pecho.

No era un recuerdo. No era una emoción. Era un eco.

Como si algo antiguo, enterrado en su sangre o en su historia —aunque él no supiera cuál era cuál— hubiese respondido al susurro del código abierto.

No lo entendía. Pero tampoco necesitaba entenderlo.

Solo supo que el fragmento no hablaba del futuro... hablaba de él.

Más tarde, cuando las llamas de la biblioteca aún no se habían extinguido del todo, y los guardias seguían movilizados en los anillos exteriores del templo, una figura encapuchada cruzó el Jardín de los Cánticos Silentes. No dejó huella. Ni sombra.

Solo un estremecimiento leve en las linternas flotantes, como si el aire dudara de sí mismo.

No fue hacia los libros. Fue hacia la Torre del Aliento Viejo, donde descansaban los miembros del Consejo de los Doce. No todos estaban presentes esa noche. Solo uno.

Semeth el Dador de Códigos. El custodio de las líneas antiguas.

El único que recordaba los nombres verdaderos de las dinastías fundadoras, y que aún sabía pronunciar los juramentos en la lengua olvidada de los orígenes.

Cuando el asesino cruzó el umbral de piedra, no blandió arma alguna. Solo extendió una cinta negra, bordada con hilos de sal seca, y la dejó caer al suelo como una sentencia no dicha.

Semeth no gritó. Solo se puso de pie, lentamente, y dijo:

—Ya sabíamos que vendrías. Solo no sabíamos cuándo.

El encapuchado no respondió. Y entonces todo el aire de la torre se detuvo.

Las velas se apagaron sin viento. Las paredes se opacaron. Y el lenguaje desapareció.

Solo un silencio tan absoluto que incluso el tiempo se desvió por un instante.

Horas después, al volver la actividad al palacio, encontraron la torre abierta, pero vacía.

Semeth ya no estaba. No quedaban pertenencias. Ni rastros.

Solo una línea, grabada con carbones apagados en la base de la lámpara principal:

“Quien recuerda demasiado, sangra por dentro.”

El fuego en la biblioteca había sido una cortina. Una distracción.

El verdadero golpe fue el vacío. Una amputación invisible.

La verdadera herida... fue la pérdida del guardián de la memoria original.

Esa noche, el Consejo se reunió. Sin protocolo alguno.

Solo el eco áspero de las sillas al moverse sobre piedra... y una ausencia que no podía ignorarse.

El asiento de Semeth —aún cubierto por la tela ceremonial del mediodía— permanecía vacío.

No por respeto. Sino porque nadie se había atrevido aún a sentarse en él.

Había muerto hacía apenas horas. En su lugar, el joven portavoz del archivo real, Thalyen, observaba en silencio. No hablaba. Solo escuchaba, como quien teme que cada frase pueda convertirse en sentencia.

Arihén no pidió la palabra. Se la tomó.

—No estamos ante fanáticos —dijo con voz baja, sin imponerse... pero obligando a todos a escuchar—. Estamos ante reescritores.

—Y si no actuamos pronto... no seremos derrotados. Seremos corregidos. —concluyó Arihén, dejando caer sus palabras como un golpe seco en la sala.

El silencio se quebró lentamente, y uno de los heraldos mayores, Kaelen, se levantó con gesto grave:

— **La secta del Fulgor** ya no es un susurro entre sombras. Sus redes se extienden por el templo, las cortes y los gremios. Cada día tienen más manos dentro del reino... y sus palabras calan en mentes que creíamos firmes.

—Lo que antes eran conspiraciones aisladas —añadió Selira, la consejera de extranjería y cartógrafa sin lengua—, ahora se muestran como un mapa vivo: sus símbolos aparecen en lugares que creíamos seguros. Se mueven rápido, y parecen anticipar nuestros movimientos.

Un general sin divisa, Torvan, apretó el puño contra la mesa:

—No podemos esperar más. Si dejamos que la secta crezca en poder, lo perderemos todo: la ley, el orden, la fe. Hay que actuar con decisión, con mano firme. Esto es una guerra que aún no hemos declarado.

—Pero ¿cómo? —preguntó lentamente el emisario de las herencias, con una voz cargada de duda—. La sombra que enfrentamos es doble: su fuego consume, pero también su silencio borra lo que somos. Atacar sin pruebas podría jugar a su favor, debilitando nuestra legitimidad.

Irisel, desde un rincón oscuro, intervino con voz firme:

—El enemigo no dará tregua ni ofrecerá oportunidades. Cada día que dudamos, ellos reescriben la historia y nos quitan terreno. Tenemos que desenterrar sus raíces, cortar sus ramas y erradicar la infección antes de que florezca.

Thalyen, el joven portavoz, agregó con cierta urgencia contenida:

—Necesitamos más que castigos. Debemos recuperar el relato, proteger la memoria, asegurarnos que nadie pueda borrar lo que somos. La batalla se libra tanto en la palabra como en la espada.

Arihén asintió, con la mirada fija en cada rostro:

—Entonces está decidido. Cada uno de nosotros debe doblar esfuerzos. No solo para defender el trono, sino para proteger el alma misma del reino. El tiempo se acaba.

Un murmullo de acuerdo recorrió la sala, pero la tensión permanecía, pesada y apremiante.

—Que comience la vigilancia —sentenció Arihén—. Y que nadie olvide: la secta no solo quiere el poder. Quiere reescribirnos. Y eso, no podemos permitirselo.

Y mientras tanto, en un rincón del ala aún humeante de la biblioteca, donde las brasas crepitaban bajo capas de polvo milenario, alguien —o algo— dejó caer una señal.

No fue escrita. No fue tallada. Fue solo ceniza. Ceniza dibujando forma sin intención aparente: una espiral abierta... y dentro de ella, **una palabra que ya nadie recordaba**.

O tal vez sí. Pero que nadie se atrevía a pronunciar.

Esa misma noche, Luana sintió a Ail moverse con fuerza. Apoyó ambas manos sobre su vientre. Y susurró:

—No te daré certezas. Solo un nombre.

Y te lo diré tantas veces... que nadie pueda borrarlo.

Y así lo hizo. Una, dos, tres veces.

“Ail. Ail. Ail.”

♦ Capítulo 7 – Sangre sobre las piedras

Subcapítulo 6: *Entre los escombros — Lo que aún puede salvarse*

El salón de los tapices estaba en silencio. El fuego de los candelabros chisporroteaba como si temiera hablar. Arihén y Lefuan estaban solos. No como reina y consorte. No como enemigos ni aliados. Solo como **dos figuras que habían apostado todo... y comenzaban a contar pérdidas.**

La reina sirvió dos copas de vino de safrán. Una tradición reservada para funerales.

—Mi esposo me decía —comenzó ella sin mirar—, que el trono es un espejo que solo refleja bien cuando sangras frente a él.

Lefuan no respondió. Solo bebió.

—Si yo muero —continuó ella—, que mi hija te sobreviva.

Él alzó la mirada, ahora fija.

—Eso no deberías decirlo.

—Lo sé. Pero esta no es una conversación para hacer lo correcto.

Afuera, el viento movía los tapices con furia contenida.

La escena de la fundación de Naorhal se agitaba como si quisiera huir de sí misma.

—No quiero tronos —dijo Lefuan.

—Lo sé —respondió ella—.

Pero aún así, todos te miran como si ya lo sostuvieras.

Y en la torre norte, **Luana escribía cartas.**

A sus ministros. A sus soldados. A su hija aún no nacida. Cartas que no serían enviadas.

Pero que **debían existir.**

Esa noche, cuando Lefuan volvió a sus aposentos, la encontró esperándolo en el umbral.

Descalza. Con una túnica azul claro, los cabellos recogidos, los ojos abiertos.

No dijo nada. Solo le tendió la mano. Entraron juntos. No había fuego.

Solo el murmullo del viento golpeando las cristaleras altas.

Luana se desvistió sin ceremonias. Lefuan la contempló como si no supiera si debía acercarse.

Como si fuera la última vez... y no supiera **si debía arriesgarse a recordarla así.**

Ella lo ayudó a quitarse la capa. La camisa. La duda.

Y cuando sus cuerpos se encontraron, no fue con hambre. Fue con lentitud. Con precisión.

Con amor que no prometía mañana.

Luana se deslizó sobre él con lentitud. No había urgencia en sus movimientos, sino una conciencia plena de cada roce, de cada aliento compartido. Se acomodó sobre su pecho, y sus vientres se alinearon como dos constelaciones que, al fin, encontraban su reflejo. Entre ambos, la pequeña Ail —aún sin rostro ni voz, pero con una presencia firme— se movió, como si también quisiera decir algo.

—¿Lo sientes? —susurró ella, con la voz baja y temblorosa.

Lefuan cerró los ojos. Asintió.

—Sí.

—¿Y te duele?

—No.

Ella le acarició el rostro, una línea desde la sien hasta la barbilla, como marcando una certeza.

—Entonces... deja de resistirte.

Lo que siguió no fue furia ni destello. Fue algo más callado, más profundo. Hicieron el amor entre pausas, con los silencios de quienes ya no tienen que demostrarse nada, solo encontrarse. Sus respiraciones eran irregulares, entrecortadas, no por lujuria sino por lo que arrastraban: miedo, esperanza, gratitud, un intento torpe de detener el tiempo.

Se besaron con la boca abierta y el corazón expuesto, sin suavidad artificial, pero con una verdad irrefutable. No hubo promesas. Ni juramentos. Solo tacto. Solo calor.

Y cuando terminaron, no se apartaron. Se quedaron envueltos el uno en el otro, piel contra piel, sus frentes tocándose, como si el mundo allá fuera pudiera arder sin medida... y ellos resistieran solo por estar tocándose, por respirar el mismo aire entre sus cuerpos.

—¿Y si todo se rompe mañana? —murmuró él, con un hilo de voz que apenas era aire.

Luana no respondió al instante. Su mirada estaba clavada en la oscuridad del techo, como si allí pudiera leerse algún futuro.

—Entonces esta noche —dijo al fin, sin mirar— será lo que intente recordar... cuando ya no quede nada.

En la habitación contigua, Goucha no dormía. Su cuerpo aún ardía en el recuerdo de lo que no había tocado: el aliento entrecortado al otro lado del muro, los gemidos ahogados, el peso compartido de un amor que también era suyo, aunque no hubiera cruzado las sábanas esa noche. Sentía en su piel la vibración de Luana —esa tensión que no nacía del cuerpo, sino del alma que vibra al ser deseada— y con cada exhalación, algo en su vientre temblaba, como si su propio pulso se hubiera sincronizado con el de la princesa.

No se tocó. No fue necesario. La excitación no era física, aunque lo físico temblara. Era vínculo. Era certeza. Era saber que estaba tejida a ellos por algo más fuerte que el deseo.

Sus ojos abiertos al techo. Su cuerpo inmóvil sobre las sábanas. Escuchaba el viento golpeando las celosías, pero no era el sonido lo que la mantenía despierta.

Era lo que veía al cerrar los ojos. En sus sueños, Luana caía.

Una vez. Luego otra. Y otra más. Cada vez de forma distinta: en un atentado, en un parto, en una ceremonia, en una traición. Cada caída con rostros diferentes alrededor.

Goucha se incorporó de golpe, con el pecho agitado y la piel húmeda, como si hubiera corrido durante horas. El sudor le caía por la sien. Solo comprendió, con una certeza pura y sin palabras, que algo estaba profundamente mal. Que alguien —o algo— no estaba simplemente intentando matar a Luana...

Estaba probando posibilidades. Como si el mundo fuera un tablero.

Y Luana... una pieza que ya habían decidido sacrificar

En la otra habitación, al otro lado del muro, Luana se removió entre los brazos de Lefuan. Un espasmo leve. Una palpitación en su vientre. Lefuan no lo notó. Dormía profundamente, agotado, aún abrazado a ella. Pero Luana sí. Desde el umbral del sueño, su cuerpo se tensó, como si algo invisible la atravesara. Pero su mano, aún dormida, se posó de forma instintiva sobre su vientre.

Y Ail, desde el otro lado de la piel, pateó por advertencia.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 1: *Los pasos sellados — Últimos días antes del final*

El sol no amaneció ese día. No porque el cielo estuviera nublado. Ni por conjuro alguno. Sencillamente... el sol tardó. Como si hubiera olvidado su lugar. O como si dudara si aún era bienvenido.

Luana lo notó desde el balcón de piedra pálida, abierto hacia el este. Estaba sola, envuelta en una capa ligera de lino crudo, descalza, con el cabello recogido en una trenza baja, apenas sujeta por una cinta gastada. La brisa aún era fría, con ese olor húmedo que precede a las horas importantes.

Ail se movía dentro de ella con insistencia, como un latido que no obedecía al corazón.

—¿También lo sientes? —susurró al vientre, acariciándolo con lentitud—.

¿Ese retardo... esa espera que no termina de nacer?

Puso ambas manos sobre la curva templada de su vida, y cerró los ojos.

Cada noche, últimamente, moría. No era un miedo abstracto. No era una sensación. Era un hecho. Moría en sueños. Con ritual. Con precisión. A veces, en el altar mayor, rodeada de flores y cánticos. Otras, bajo los sauces blancos del jardín, donde el agua parecía eterna. Una vez, ahogada en una bañera de cobre. Otra, desnucada al caer por una escalera de mármol bruñido, con el cuello roto en un ángulo imposible. Lo peor no era el sueño. Era el despertar.

Porque al abrir los ojos, Luana recordaba. Cada detalle. El cuchillo. La sombra del asesino.

La textura del vestido empapado de sangre. Y sobre todo... la ausencia de palabras.

Nadie gritaba su nombre. Nadie lloraba. Solo moría. Y el mundo... seguía.

Goucha soñaba lo mismo. Nunca lo dijo. Nunca lo preguntó.

Solo la miraba dormir con los ojos abiertos, como si la vigilia fuera su única forma de resistir al destino. A veces, cuando el temblor en Luana la delataba incluso dormida, la abrazaba por detrás, encajando su cuerpo al suyo con una delicadeza feroz.

Una mano sobre su vientre. Otra aferrada a la sábana, como si pudiera impedirle irse.

Como si, con ese gesto minúsculo, pudiera tejer un ancla entre mundos.

Y ese día, mientras el sol aún no cruzaba el horizonte... ambas supieron que algo se había desplazado. No una amenaza. Sino una línea. Una línea que alguien estaba dispuesto a cruzar.

Lefuan ya no dormía. Las noches se le escapaban entre los dedos como agua sucia.

Pasaba horas en silencio, sentado ante libros que, aunque llenos de palabras, no le hablaban.

Los leía en voz alta a veces —con voz neutra, sin intención— como si pronunciar los signos pudiera anclarlo a este tiempo, a esta realidad. Otras veces, simplemente salía al balcón. Apoyaba las manos en la baranda fría.

Y contaba. Una, dos, tres... hasta doce...

las veces que las antorchas del palacio parpadeaban en sincronía. Demasiadas.

Como si alguien, en algún rincón del mundo, estuviera ensayando un conjuro con sus latidos.

El día en que el sol tardó en salir —ese día sin amanecer— Lefuan no bajó al salón, ni llamó a los consejeros, ni pidió informes. Se levantó. Caminó sin pensar por los pasillos aún sombríos, donde los tapices no colgaban igual. Y fue hasta la alcoba de Luana. Ella no lo escuchó entrar.

Estaba frente al ventanal, envuelta en una capa ligera, con los pies desnudos y las manos sobre el vientre que empezaba a ser mundo.

Solo sintió su brazo rodearla por detrás. Su aliento en la nuca. Y luego, la frente de él apoyarse suavemente en su espalda, como quien busca sombra en un templo derruido.

—No sé cómo, Luana...

pero algo se está torciendo —susurró Lefuan, la voz gastada como un laúd sin cuerdas—. No aquí... En el hilo. En eso que nos teje.

Ella no preguntó. No giró. No se tensó.

Solo respondió, con la certeza de quien ya había sentido esa punzada:

—Lo sé.

En el patio de entrenamiento, Irisel repetía la misma secuencia de movimientos por sexta vez. Cada vez, con una ligera variación. Cada vez, con la sensación de que **ya había entrenado esa exacta secuencia... esa mañana**. Pero los cronómetros sagrados no mostraban error. Y aún así... cada vez que su daga terminaba en el aire, una flor blanca caía al suelo. La misma flor. Una y otra vez.

En el ala sur, donde los corredores olían a madreSelva vieja y el mármol aún conservaba el calor de la tarde anterior, Goucha y Lefuan compartieron un desayuno tardío. La mesa estaba dispuesta con frutas cortadas, pan trenzado, miel silvestre y una infusión humeante que nadie probaba.

No hablaron de Luana. Ni de sueños. Ni del nudo invisible que a veces les apretaba el pecho. Solo hablaron de Ail. Goucha acariciaba el vientre que no era suyo, pero que sentía como si en alguna parte de su cuerpo ya lo hubiera albergado. Sus dedos trazaban círculos invisibles sobre la tela, como si intentara calmar algo que aún no había despertado.

—¿Crees que se parecerá a ti? —preguntó con media sonrisa.

Lefuan se llevó una uva a la boca y negó con suavidad.

—Dioses, espero que no.

—¿Por qué?

Él suspiró.

—Porque yo soy alguien hecho de cortes.

Ella rió. Una risa breve, baja, no burlona... sino humana.

—Entonces esperemos que herede lo que aún no te rompieron.

Por la tarde, cuando la brisa se coló por entre los corredores del ala norte y los tapices susurraron en lenguas extintas, una melodía flotó en el aire. No venía de ningún instrumento. Nadie la tocaba. Nadie la cantaba. Pero todos la oyeron. Era la misma que había flotado en la ceremonia del Cántico de la Continuidad. La misma que terminó con una explosión, con niños cayendo en silencio.

Luana, desde el invernadero, dejó caer las tijeras con las que podaba. Goucha, en medio de una conversación sin importancia, enmudeció al instante. Irisel, de camino al archivo, se detuvo como si un filo invisible le hubiese cruzado el pecho. Lefuan se giró hacia el balcón, el rostro tenso como si escuchara algo en su lengua materna, olvidada hacía años. Y Ail... Pateó. No con debilidad. No como un movimiento de costumbre. Fue una patada firme, urgente. Como si respondiera a un eco que aún no había llegado. O a un recuerdo que no era suyo.

El día cerró sus párpados con un atardecer rojo como un presagio. Las lunas, gemelas en casi todo, se descoordinaron por primera vez en décadas. Una ascendió con lentitud. La otra... simplemente no apareció. Y nadie lo mencionó. No por descuido. Sino por una especie de reverencia muda.

Porque todos, en el fondo, sabían. El final ya no se aproximaba. No avanzaba. No amenazaba. El final... estaba de pie. Esperándolos. Con la misma paciencia que tiene la luz cuando se va por última vez.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 1.5: Alianzas bajo cintas blancas

Los preparativos para la boda no comenzaron con flores ni vestiduras. Comenzaron con acuerdos. Con firmas que no tocaban papel. Con sonrisas que ocultaban cuchillas.

Los pasillos del palacio se llenaron de funcionarios, heráldicas rehechas y emisarios que hablaban en voz baja con la excusa de protocolos. Cada elección —la tela del estandarte, el orden del cortejo, el vino que se serviría durante la procesión lunar— tenía más implicaciones de las que los artesanos sabían. Porque cuando una princesa entrega su mano, el reino no solo gana un vínculo.

Redibuja su mapa.

Sael de Ryndara llegó sin escolta. Vestía de gris ceniza, sin el emblema familiar. Nadie lo esperaba... y sin embargo, todos sabían que vendría.

El duelo con Lefuan, aún recordado con susurros y vino, no había dejado rencor. Solo una línea clara: Sael gano. *Y eligió no matar.*

Esa tarde, se presentó ante la reina Arihén sin solicitar audiencia.

—No vengo a reclamar lo que no fue mío —dijo, al inclinarse brevemente—. Vengo a ofrecer lo que aún puedo dar.

Arihén, que rara vez sonreía, sostuvo su mirada con interés calculado.

—¿Y qué es eso, señor de Ryndara?

—Un filo que sabe cuándo no atacar.
Y un escudo que aún sirve, si el reino lo pide.

La reina asintió. Y sin decirlo, entendió que había ganado un aliado...
no para la boda, sino para lo que vendría después.

En otro salón, el **heraldo mayor de Lasas** intentaba negociar una extensión de los puertos comerciales con un delegado menor de la corona. Ambos bebían el mismo vino, pero uno escupía mentiras mejor envejecidas. Los mapas sobre la mesa no mostraban rutas navales. Mostraban deudas.

Lysir Val-Raem, por su parte, aún rondaba los pasillos con una sonrisa que sabía cuándo apagarse. Sus palabras eran cumplidos. Sus gestos, propuestas. Y aunque todos sabían que no obtendría nada, él seguía apareciendo como si ya tuviera algo que nadie más veía.

—El amor es solo una herramienta más —le dijo a un joven diplomático que osó preguntarle por su presencia—.

La diferencia está en cómo la usas... o si haces que te la presten.

Luana no participaba en esas reuniones. Pero observaba.

Desde el ventanal de su estudio, veía los carros entrar, los escudos cambiar de orden, los sirvientes moverse con más prisa. Y en esa coreografía de poder, reconocía lo que nadie decía en voz alta:
la boda no era el final de un cuento.

Era la excusa para empezar uno más difícil de narrar.

Esa noche, en la sala de las linternas azules, Lefuan se encontró con Sael por primera vez desde el combate. No hubo tensión. Solo una pausa. Como si el aire reconociera que algo había cambiado.

El silencio entre ambos no era hostil. Era preciso. Como el filo de una daga envainada.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Lefuan, sin moverse de su lugar.

Sael lo miró sin altivez. Solo con una claridad sobria, sin adornos.

—Porque no luché por amor. Luché por el reino. Y ahora, tú estás en el centro de su balanza.

Lefuan no respondió de inmediato. Su mandíbula se tensó apenas.

Sael continuó, con voz baja, casi como si compartiera una oración en lugar de una advertencia:

—He visto cosas en las fronteras. En los conventos de piedra al sur del Gran Valle.

Inscripciones cambiadas. Custodios con ojos vacíos.

Símbolos que no pertenecen ni a los dioses antiguos ni a los nuevos.

Se acercó un paso.

—El enemigo ya no lleva estandarte. No reclama tierras, ni linajes. Reclama la historia.

Lefuan alzó la vista.

—¿La secta?

Sael asintió con un leve movimiento de cabeza.

—No todos saben llamarla así. Pero muchos la sienten.

No atacan los muros. Atacan el relato.

Y si eso cae, no habrá espada ni ejército que pueda sostener el reino.

—¿Y qué propones?

—Mi espada. Mis hombres. Mi voz en los salones que aún me escuchan.

Hubo un breve silencio entre ambos. Denso, pero no incómodo. Sael se lo permitió antes de añadir:

—No me agradas del todo, Lefuan. Y no espero caer bien en tu mesa.

—Tampoco tú en la mía —respondió el otro, apenas con un atisbo de sonrisa.

—Pero nos entendemos —dijo Sael, girando levemente la muñeca como si sellara un pacto sin necesidad de apretón—.

Y eso, para un país... es mejor que muchas alianzas selladas en besos vacíos.

Se volvió hacia la puerta, pero antes de marcharse, se detuvo un momento más:

—Cuando llegue la hora, no mires solo al enemigo que se alza. Mira al que borra.

Porque los que destruyen son fáciles de enfrentar.

Los que editan... esos te quitan el mundo sin romperlo.

Y se fue.

Los corredores del palacio olían a incienso de boda. Pero bajo ese aroma flotaba otra fragancia: la del acero que aún no se desenvaina, la del juramento que aún no se ha dicho.

La del peligro que no necesita anunciarse, porque ya ha sido invitado...
con tinta invisible y promesas selladas en silencio.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 2: *La sangre sobre el altar — El asesinato de Luana*

El Templo de la Luz Renovada estaba lleno.

Era un acto de Estado, no de alma. Una asistencia obligada, disfrazada de devoción.

Porque esa mañana, la princesa Luana no ofrecería discursos ni decretos. Ofrecería su vientre.

La curva viva de su cuerpo como testimonio ante el reino.

Y lo haría en la víspera de su unión con Lefuan, como si al revelar primero el latido antes que la alianza, recordara a todos que esta historia no comenzó con un anillo... sino con una niña.

Ail. La hija del futuro. La luna aún no nacida que marcaría el calendario venidero.

Heredera del linaje solar. Símbolo de continuidad y ruptura.

Las columnas del templo estaban cubiertas de telas blancas, colgadas como cortinas de niebla.

El aire olía a incienso de azahar y cera ardida. El altar mayor se alzaba bajo la cúpula de cristal, adornado con ramas floridas que nunca marchitaban y un cuenco de fuego que no dejaba sombra.

Los asistentes murmuraban bajo el umbral del respeto. Nobles con mirada calculadora.

Clérigos con gestos ensayados. Comerciantes en busca de símbolos.

Y los ojos del pueblo, elevados, expectantes, como si quisieran descifrar el destino a través del brillo del vientre real.

Goucha caminaba tres pasos detrás de Luana. No como escolta. Como guardiana de algo más antiguo que el linaje. Vestía de gris lunar, y sus manos, aunque vacías, pesaban.

Desde la galería superior, Irisel observaba inmóvil. Como una estatua colocada a propósito fuera del ritual, pero sin abandonar nunca la mirada. Ni el juicio.

Lefuan estaba a la izquierda del trono de piedra, vestido con una túnica ceremonial sin adornos, sin espada, sin broche. Había aceptado ir desarmado. Por respeto. Por estrategia. Por error, quizás.

Porque en su pecho se apretaba algo que no era miedo, pero se le parecía.

La ceremonia comenzó con palabras suaves, una melodía de cuerdas suaves y viento hueco que no buscaba belleza, sino contención.

Un clérigo mayor, anciano de rostro liso como mármol, recitó el Lamento de los Nacidos: una plegaria que reconocía que toda vida es promesa... y también deuda.

Después vinieron los votos de consagración. No eran juramentos. Eran ofrendas simbólicas de protección, una forma de recordar que el cuerpo de una madre también es territorio sagrado.

Y por último, el corazón de la ceremonia: la presentación de la madre ante los tres altares menores, cada uno dedicado a un principio fundacional:

—El cuerpo.

—El nombre.

—El destino.

Luana se adelantó sola. Los pies descalzos sobre la piedra templada.

La túnica blanca apenas rozando el suelo. La frente alta. Los ojos firmes.

La respiración profunda, medida. No tembló. No vaciló. No esperó permiso.

Ail se movía dentro de ella. Una patada breve, como un tambor recordándole su razón.

Goucha cerró los ojos un instante. Inspiró con fuerza. Sintió, como tantas veces ya, que esa criatura no era solo de Luana. Era también suya, aunque no por sangre. Por vínculo. Por amor sin categoría.

Lefuan, desde su sitio, apenas respiraba. Sus ojos no se apartaban del vientre.

Pero no era ternura lo que lo sujetaba. Era una tensión primitiva, como si algo en lo invisible —en lo que no podía controlar— estuviera a punto de romperse.

Y entonces, ocurrió. Un sacerdote joven se adelantó desde el flanco izquierdo del altar.

Su rostro era sereno, casi hermoso, de esos que parecen esculpidos para la confianza.

Miraba al suelo. Sostenía entre las manos un cuenco de plata bruñida, que debía contener agua consagrada para bendecir el vientre real. Pero no era agua. El líquido se movía con lentitud antinatural, como si respirara. Cristal líquido, oscuro y reluciente, cambiando de forma como un reflejo que se niega a fijarse.

Y debajo de su manga izquierda... una hoja curva. Pequeña. Negra. Casi sin grosor.

No era parte del rito.

Goucha lo vio. Pero un segundo tarde. Un pestañeo. Un leve retraso en su instinto.

La duda de que, tal vez, nada pasaría. La trampa perfecta.

Desde la galería superior, Irisel ya estaba en movimiento.

Su salto fue preciso, silencioso como una sentencia.

Pero también llegó un segundo después.

Y justo entonces, en medio de todo, Luana giró la cabeza.

Sus ojos se encontraron con los de Lefuan por un instante. Y sonrió.

Una sonrisa pequeña. Íntima. Casi triunfal. Como si supiera.

Y entonces, el cuchillo entró. Justo bajo la costilla. Un golpe limpio. No de furia.

De conocimiento. De estudio anatómico. De quien no quiere herir. Quiere apagar.

La hoja desapareció bajo la piel como si perteneciera allí. La sangre brotó sin explosión.

Densa. Oscura. Silenciosa. Cayó primero sobre la túnica. Luego sobre las baldosas blancas.

Y, con precisión macabra, una gota alcanzó el altar menor del destino. El fuego eterno titiló.

Y entonces... la luz del templo vaciló. No como si se apagara. Como si se negara a presenciarlo.

Lefuan gritó. Un rugido ancestral, que no venía de su garganta, sino de su memoria.

Como si ya lo hubiera vivido. Como si este fuera solo un regreso. Corrió. Tropiezos.

Manos heridas al rozar el mármol. Se arrastró hasta ella como si el tiempo lo pesara encima.

Su brazo la alcanzó... pero no a tiempo para evitar nada.

Goucha se lanzó. Sus dedos encontraron la garganta del traidor. Lo alzaron.

El sacerdote no opuso resistencia. Sonreía.

Irisel aterrizó junto a ellos como un ave de metal. Su hoja brilló una sola vez.

No por venganza. Por deber. El asesino murió sin grito.

Pero ya era tarde.

Luana cayó hacia atrás. El cabello suelto como una corona caída. Su vientre aún palpitaba.

Ail se movía. Una patada débil. Una señal de vida.

La princesa tenía los ojos abiertos. Todavía. Buscaban a Lefuan. Lo encontraron.

Y entonces, solo entonces, su expresión cambió. No fue miedo. Ni dolor.

Fue algo parecido a alivio.

Y murió con el silencio exacto que tiene el amanecer...

Goucha cayó de rodillas. Sus manos temblaban, no de miedo, sino por la imposibilidad de intervenir. Había nacido para protegerla, y lo único que sostenía ahora era el eco de su ausencia.

Irisel permanecía de pie. Su pecho se alzaba con violencia. Cada respiración era un corte, como si hubiera atravesado una guerra que nadie más vio. Sus ojos fijos, duros, miraban al altar como si pudieran exigirle respuestas a una piedra.

Las velas del templo, una a una, comenzaron a apagarse... cesaban. Como si incluso el fuego se negara a presenciar lo que venía. Los asistentes no lloraban. Simplemente observaban.

Presos de una certeza muda: algo esencial se había roto.

Algo que ni la magia, ni los pactos, ni los dioses podían restaurar.

Y en medio de ese abismo, dentro del vientre manchado de sangre, Ail aún se movía.

Débil. Pero viva. Como si luchara contra el destino con los puños cerrados, desde un lugar donde aún no había aprendido a hablar.

Como si su alma ya entendiera que su llegada al mundo comenzaría con una pérdida.

Lefuan se acercó. Sus pasos resonaban en las losas como golpes de un tambor roto.

Se arrodilló. Tomó el cuerpo de Luana entre sus brazos con una delicadeza que dolía.

La sangre le empapó los antebrazos. La túnica.

Y sin decir una sola palabra, como si cada sílaba fuera una traición, salió del templo.

No miró a nadie. No buscó permiso. No pidió consuelo. Solo caminó. Con ella.

Con lo que quedaba de ella.

Ese día el reino entero se detuvo.

Porque algo había cambiado. Algo profundo.

Como un río que, tras siglos de avanzar, descubre de pronto que puede girar.

Que hay otro camino hacia el mar.

Uno más oscuro.

Más antiguo.

Y ya inevitable.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 3: *El parto imposible — Ail nace entre ruinas*

El cuerpo de Luana no sangraba ya. No respiraba. Y, sin embargo... seguía tibio. Como si la muerte hubiera llegado con cuidado, deteniéndose solo lo justo, dejando atrás algo sin nombre.

Lefuan la había llevado en brazos hasta la cámara de mármol blanco en la Torre de las Benditas, el lugar donde nacían los herederos del trono desde hacía trece generaciones.

Sus pasos resonaron como lamentos en los corredores vacíos, y nadie —ni clérigo, ni guardia, ni sirviente— se atrevió a interponerse.

El interior estaba desierto. El suelo aún relucía, inmaculado. La camilla ceremonial no había sido preparada. Las antorchas aún no habían sido encendidas. Nada estaba listo. Nada esperaba.

Y aun así, cuando Goucha cruzó la puerta detrás de él, lo supo.

Lo supo en su vientre vacío. Lo supo en la médula de su carne.

Ail quería nacer.

—Está viva —susurró Goucha, arrodillándose junto al cuerpo inerte de la princesa—.

Pero no por Luana.

Ella... ella ya no está.

Lefuan no habló. No respiró siquiera. Solo tembló.

Como si lo que acababa de escuchar no fuera una revelación, sino una nueva forma de agonía.

—¿Entonces qué la mantiene? —preguntó, con voz hueca.

—No lo sé —respondió Goucha—.

Pero se aferra.

Como si esa niña no supiera que el mundo ya no tiene madre. O no le importara.

En la puerta, Irisel apareció sin anunciarse. No dijo nada. No pidió permiso.

Simplemente entró. Y con ella, una figura conocida: Mira.

La sanadora de la taberna. La mujer de manos temblorosas y mirada de acero. La que tiempo atrás había recogido a Goucha de entre los escombros de sí misma y la había cosido sin juicio.

Mira no se arrodilló. No se escandalizó. Solo se acercó al cuerpo de Luana, posó ambas manos sobre el vientre quieto, y cerró los ojos.

Permaneció así durante lo que pareció una eternidad, con los labios apretados, la respiración contenida, y el rostro bañado en un silencio de esos que solo tienen los que han visto a la muerte pasar de cerca... y seguir de largo.

Cuando finalmente habló, su voz era ronca. Sincera.

—Esto no es un parto —dijo—.

Es una retención extrema. El cuerpo ya no responde... pero el feto sigue con vida.

—¿Qué significa eso? —preguntó Irisel.

Mira alzó la mirada, grave:

—Que el útero no ha soltado... porque algo en esa niña aún se aferra.

Como si supiera que salir antes de tiempo sería también morir.

La sala no tenía flores. Solo una quietud antigua. Y una niña aún por nacer que empujaba contra el velo de la vida como si supiera que su historia no podía esperar más.

Goucha apartó con manos temblorosas la túnica empapada de sangre seca y fluidos ya sin calor. El vientre de Luana aún se movía. No con violencia, sino con una cadencia inquietante, como si desde el interior algo luchara por romper una frontera que no estaba hecha para abrirse. Algo vivo. Algo que se negaba a aceptar el final.

Lefuan sostenía la mano de la princesa con ambas suyas, apretando con la fuerza de quien intenta detener una despedida que ya ha ocurrido. No decía nada. Solo la contemplaba, buscando en su rostro sin color alguna señal, alguna chispa, que desmintiera lo inevitable.

Mira, con los brazos arremangados y los ojos afilados por años de urgencia, tomó el control de la sala con voz firme:

—Irisel, mantén las piernas firmes. Si cede, se nos va.

—Goucha, conmigo. Ya.

—Y tú... —miró a Lefuan— no la sueltes. Por nada del mundo.

Comenzaron. No hubo gritos. Ni fuerza natural que impulsara el parto. El cuerpo de Luana no respondía. No empujaba. No se abría. Estaba suspendido en una muerte tibia.

Pero Ail sí. Ella empujaba desde dentro. Como si supiera que nadie más lo haría.

El aire se volvió espeso, irrespirable. Las antorchas que colgaban de los muros parpadearon, luego se extinguieron una tras otra sin causa visible.

Y en lo alto, sobre el mármol blanco, una grieta se abrió en el techo, vertical y perfecta, como si algo desde lo alto también estuviera presenciando el momento.

Entonces, entre temblores que no venían del mundo, la cabeza emergió.

Una niña. De piel muy clara, casi traslúcida. Cabellos oscuros y finos, aún húmedos.

Y los ojos... Los ojos se abrieron antes de tiempo.

No buscaron aire, ni luz. Buscaron a alguien. Se fijaron directamente en Lefuan.

El tono era imposible de definir: un gris profundo con reflejos violáceos, como tormenta contenida.

Goucha la sostuvo. Sus brazos la envolvieron con una manta tibia, pero la niña no se acurrucó.

Giró la cabeza. Con lentitud. Con intención. Y miró al hombre que aún sujetaba una mano muerta.

Directo. Sus labios se movieron. No lloró.

Solo pronunció algo, con la voz suave de lo imposible.

—Te encontré.

Lefuan permaneció inmóvil, como petrificado.

Era imposible que aquella palabra hubiera llegado hasta sus oídos, pero la sintió.

No fue un sonido cualquiera. Fue un mensaje que vibró en lo profundo de su ser, como si algo muy antiguo, muy ancestral y profundamente personal, acabara de susurrarle que no estaba solo en ese mundo. Que alguien, o algo, había cruzado la distancia del tiempo para encontrarlo.

Entonces, la niña rompió el silencio con un llanto.

Un solo sollozo, agudo y cristalino, que llenó la cámara con su pureza.

No era un llanto de miedo, sino de afirmación. De vida que reclama su espacio.

Y justo en ese instante, como si la tierra misma respondiera a aquel nacimiento, un crujido seco retumbó bajo sus pies.

Desde la base de la camilla donde reposaba Luana, una grieta comenzó a abrirse lentamente, serpenteando hasta alcanzar el mosaico central de la sala.

Nadie perdió el equilibrio ni cayó, pero el temblor fue imposible de ignorar.

Era el velo entre mundos, frágil y estremecido.

Había vibrado. Había cedido.

Lefuan abrió los ojos lentamente.

Se encontraba de pie, solo, en el silencio templado del pabellón norte.

La luz del amanecer se filtraba con delicadeza a través de las celosías, proyectando sombras danzantes sobre el suelo de mármol pulido.

El aire estaba impregnado de un incienso suave, mezclado con el aroma fresco y dulce de flores blancas recién colocadas a lo largo de los corredores, como si el palacio mismo se preparara para una celebración solemne.

Con curiosidad, llevó las manos frente a él.

Estaban limpias, sin una mancha de sangre ni de polvo.

El manto que cubría sus hombros no era el que recordaba; era más antiguo, más sencillo, como sacado de otro tiempo, un recuerdo palpable que lo envolvía sin explicar su origen.

Un sonido quebró el silencio: una voz clara y firme, cercana.

—¿Así que estás despierto por fin? —dijo, y Lefuan giró con lentitud hacia esa presencia.

Allí estaba Luana. De pie, radiante, viva.

Su sonrisa era serena, como la de alguien que todavía no conoce las tormentas que acechan en el horizonte.

—Te dormiste en mi habitación —continuó ella, acercándose con paso seguro—.

Pensé que no te despertarías a tiempo.

Lefuan permaneció en silencio, sus ojos recorrieron cada detalle: la piel luminosa, los labios suaves e intactos, los ojos brillantes que aún no habían derramado lágrimas.

Su vientre mostraba solo la primera curva, discreta, promesa aún frágil de vida.

—¿Qué... día es hoy? —preguntó finalmente, con voz queda.

Luana lo miró, entre extrañada y dulce.

—El día antes de la ceremonia.

¿Te sientes bien?

Lefuan tragó saliva, el nudo en su garganta le impedía hablar con claridad.

—Sí —respondió finalmente, con voz apenas audible.

—Mentiste —susurró para sí mismo, como si aceptarlo fuera un secreto doloroso.

Luana le rozó el rostro con la yema de los dedos, un gesto suave que contrastaba con la tormenta en su interior.

—Ail no ha dejado de moverse desde el amanecer —dijo con una sonrisa nerviosa—. Creo que está tan inquieta como yo.

Él tomó su mano, apretándola con ternura, sin pronunciar palabra. Y en su pecho, donde hasta hace poco solo había espacio para un dolor profundo y espeso, ahora latía algo distinto: el miedo, ese miedo callado que nace del no saber, del no entender por qué el mundo parecía repetirse, como un eco que insiste en regresar.

La luz entraba por las ventanas como siempre lo había hecho. Los sonidos del palacio, el murmullo lejano de los sirvientes, el roce de las telas y los pasos sobre los mármoles, todo parecía igual.

Y sin embargo, cada partícula del aire, cada sombra que temblaba, le susurraba que nada era igual.

Y aunque no encontraba palabras para explicarlo, ni siquiera para sí mismo, Lefuan supo en lo más profundo de su ser:

“No es un sueño. No es un recuerdo. Es... un nuevo comienzo.”

En ese instante, la hija que aún crecía en el vientre pateó, fuerte y decidido, como si ella también comprendiera la verdad que él apenas empezaba a vislumbrar.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 4: *Donde aún respira el bosque — El intento de escape*

El amanecer llegó sin grietas ni rupturas visibles.

Luana abrió los ojos al susurro tenue del canto de las aves en el jardín interno, el mismo que había acompañado incontables mañanas.

Pero esa vez, el sonido parecía más apagado, como una melodía tocada a medias, a punto de romperse.

Goucha no había cerrado los ojos en toda la noche.

Sentada en el alféizar de la ventana, observaba la ciudad sumida en una penumbra perezosa, como si el mundo se resistiera a despertar.

—¿Sientes eso? —preguntó, la voz apenas un murmullo que se fundía con el viento frío.

Luana negó con la cabeza, su mirada todavía cargada de sueño.

—No. ¿Qué?

—El silencio... justo antes del error, antes de que todo se desmorone.

Lefuan no compartió el desayuno con ellas.

Entró en la estancia con pasos acelerados, cargando una bolsa de viaje que parecía pesar más que la tela que la contenía.

En sus ojos, una urgencia desconocida, un destello de inquietud que jamás había mostrado.

—Nos vamos —dijo, sin más preámbulos.

Luana lo miró, desconcertada, intentando encontrar sentido en aquella decisión repentina.

—¿A dónde?

—A la villa del sur —respondió él con voz firme—. La antigua residencia de verano.

Sin corte. Sin protocolos. Sin amenazas.

—¿Y por qué ahora? —insistió, la determinación en su voz creciendo.

Lefuan bajó la mirada un instante, antes de responder con voz baja y grave:

—No puedo explicarlo.

Pero si nos quedamos... algo malo va a suceder.

Goucha lo miró. Y por un instante, supo. No qué. No cómo. **Pero lo supo.**

Luana, en cambio, negó con suavidad.

—No podemos huir de un palacio... por un presentimiento.

—No es un presentimiento.

—Entonces dime qué es.

Lefuan guardó silencio. La miró como si ya la hubiera visto morir. Y eso bastó.

—No puedes pedirme esto —dijo ella, al fin—.

Mañana juro ante los dioses. Ante el pueblo. Ante mi madre.

Y esta noche... esta noche presento a Ail como promesa del linaje.

Como heredera. Como *pilar*.

Lefuan no respondió de inmediato. No porque no tuviera palabras.

Sino porque sabía que, con Luana, las palabras eran siempre cuchillos: cortaban donde más dolía.

—Yo no te pido que rompas con todo —dijo al fin, con una voz que no era súplica, sino horizonte—.

Solo que elijas qué parte de ti *no* vas a dejar atrás.

Porque si todo esto te consume... ¿qué quedará para Ail?

Luana frunció el ceño. No por ira. Por miedo.

—Yo *soy* el reino —dijo, casi en un susurro, como quien repite algo que ha tenido que aprender desde niña—.

Si yo caigo, todo se parte.

—Entonces deja que sea yo quien rompa primero —contestó Lefuan—.

Que me lleve la culpa. Que cargue con la fuga.

Pero no te dejes deshacer en nombre de una corona que nunca te vio llorar.

No se lo debes. Tú se lo diste todo.

Luana tembló. Solo un instante. Como una vela que duda antes de apagarse.

—¿Y si nos persiguen?

—Ya lo hacen.

—¿Y si nos odian?

—Más razón para no quedarte donde no puedas vivir completa.

Él se acercó. No la tocó. No necesitaba. Entre ambos, el silencio era más firme que cualquier anillo.

—Ven conmigo —le dijo—. No por mí.

Por ti. Por ella. Por lo que aún no hemos roto.

Luana cerró los ojos. El eco de los votos no pronunciados aún colgaba del techo.

Y entonces, sin un gesto dramático, sin lágrimas... asintió.

Solo una vez. Como quien acepta que el futuro no siempre tiene forma de altar.

A veces, tiene forma de camino.

Partieron esa misma tarde. Tres caballos, sus cascos resonando con un ritmo contenido, escoltados apenas por un par de hombres silenciosos. La caravana se deslizó por el sendero entre las sombras alargadas del crepúsculo, como si intentaran fundirse con la noche antes de que ésta llegara.

Irisel los observó desde la muralla este, su silueta recortada contra la piedra gris.

No hizo preguntas. No buscó detenerlos. Su mirada era un filo frío y decidido.

—Ahora... el resto es mío —susurró para sí, como si sellara un pacto invisible.

Poco antes del alba, una nota llegó a sus manos.

Solo contenía unas palabras escritas con tinta apresurada y un temblor contenido:

“Kaer. Iba a asistir como asistente ritual en la ceremonia. Está ligado al Fulgor. No preguntes cómo lo sé.”

Eso fue suficiente. Porque cuando Lefuan no explicaba el origen de sus certezas, era porque la verdad ya pesaba demasiado, una carga que no se podía compartir sin quebrar.

Kaer estaba encerrado en una celda sin luz, un sepulcro entre muros fríos. Aislado del mundo.

Mudo. Sin palabras que pronunciar. Sin comida que lo sostuviera.

Sin siquiera el parpadeo que confirma la vigilia.

Irisel se sentó frente a él, observando cada fragmento de ese hombre que parecía extinguirse vivo.

—Sé que no eres el mismo de antes —le dijo con voz firme—.

Pero sé que ya lo hiciste.

El hombre sonrió, una mueca triste que atravesó la sombra de su rostro.

—¿Lo hice... o me hicieron? —musitó con voz rota—.

—¿Quién? —preguntó ella, la paciencia como única armadura.

—El silencio —respondió él—. El que no solo roba la voz, sino la voluntad.

Ella no lo mató. No aún. Pero esa noche, con la sombra de la duda clavada en la mirada, ordenó sellar todos los accesos mágicos al templo. Las puertas y portales que alguna vez habían sido rutas de luz y saber quedaron cerrados con conjuros antiguos y silenciosos, impenetrables.

El aire se espesó con un peso nuevo: la advertencia invisible de que aquel santuario ya no sería un refugio abierto.

Y entonces, en la soledad de su cámara oculta, comenzó a desdoblar los textos prohibidos que hasta ese momento había temido siquiera rozar con la mirada. Los pergaminos, polvorientos y gastados, parecían susurrar secretos olvidados, palabras que quemaban más que el fuego. Cada página era un desafío, una revelación, una piedra que removía los cimientos de todo lo que había creído.

Mientras tanto, al sur...

La villa se alzaba como un oasis perdido en otro tiempo, un remanso donde las estaciones parecían detenerse. Las paredes cubiertas de hiedra trepaban con lentitud ancestral, mientras cisnes deslizaban sus cuerpos blancos sobre lagos de espejo. Los caminos, de piedra blanca, estaban alfombrados con hojas secas que crujían suavemente bajo los pasos.

Luana caminaba descalza por esos senderos, sintiendo la tierra fría y suave bajo sus pies, conectando con un mundo sin prisas ni sombras. Goucha reía entre las doncellas, una risa clara que parecía ahuyentar los fantasmas de días anteriores.

Y dentro del vientre de Luana, Ail se movía tranquila, una presencia serena que llenaba de esperanza cada instante.

Lefuan pasaba largas horas en la galería, envuelto en silencio, sin pronunciar palabra.

Solo respiraba, intentando anclar su alma en ese momento de calma.

Cada noche, al contemplar el rostro dormido de Luana, su pensamiento se repetía con una mezcla de anhelo y temor:

—Esta vez... tal vez... sí.

Nadie los buscaba. Nadie los traicionaba. Nadie moría.

Por primera vez, en lo que parecía la suma de vidas enteras, nada caía.

Y en medio de esa pausa, esa tregua improbable, Lefuan empezó a creer —aunque solo fuera un susurro dentro del pecho— que el hilo del destino podría atarse de un modo distinto.

Que quizá, por fin, la historia podía reescribirse.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 4.5: El día que no ocurrió

El reino despertó con la respiración contenida, como si el aire mismo temiera romper el silencio que pesaba sobre los muros antiguos.

Ese día, el templo debía llenarse con la multitud expectante, la corona debía sellarse con solemnidad, y la sangre real debía proclamarse bajo la bendición ancestral de las dos lunas. Pero la princesa no estaba. Ni Lefuan. Ni la niña que esperaba todos.

No hubo proclama oficial. No hubo desmentido. Solo un vacío.

Un vacío cuidadosamente ornamentado con un silencio denso, casi tangible, que se colaba en cada rincón del palacio y del alma del reino.

Los clérigos más prudentes lo llamaron "un retraso diplomático", buscando un disfraz para lo inexplicable. Los nobles más viejos susurraban, con amargura y desdén, que aquello era "una vergüenza disfrazada de misterio".

Pero los sirvientes del palacio —los guardianes silenciosos de las ausencias— lo sabían con la certeza profunda de quien limpia el polvo que dejó un adiós no anunciado:

Luana se había ido. Y no sola.

En los corredores, las voces conspiraban, trazando intrigas como telas de araña.

En los patios, los rumores de una fuga romántica flotaban como hojas secas al viento.

En las cámaras altas, se susurraba con miedo y juicio la palabra prohibida: herejía.

Y sin embargo, el templo no actuó. Ni el ejército marchó.

Porque en el silencio que seguía, nadie aún sabía si lo que acababa de romperse... era una traición disfrazada o una señal.

En ese interregno, cuando las decisiones tiemblan y las espadas dudan, Irisel se movió.

No entre columnas ni en salas abiertas, sino en túneles, sótanos y archivos sin custodios.

La nota de Lefuan seguía en su memoria como una orden grabada sin tinta:

“Kaer. Iba a asistir como asistente ritual en la ceremonia. Está ligado al Fulgor. No preguntes cómo lo sé.”

Y Kaer no había huido. Lo encontró la misma noche, en una de las cámaras de preparación, manipulando frascos de incienso. No intentó resistirse. Solo sonrió.

—¿Esperabas a alguien más? —le dijo, antes de que ella lo inmovilizara con una daga al cuello.

—No. Solo a ti.

Tarek fue quien encontró el escondite. Un sótano bajo un taller de vitrales rotos, donde los acólitos del Fulgor guardaban sus mapas, cartas y nombres.

Había aprendido a moverse entre burócratas sin rostro y vendedores de secretos.

Y aunque Irisel no lo admitiera, sin él, el cerco no se habría cerrado a tiempo.

—Son siete —dijo Tarek, entregando el pliego escondido entre rollos de tela ritual.

—Cinco están dentro del templo. Dos en las casas de linaje medio.

Uno de ellos... pronunciaría el voto sagrado antes del nacimiento de Ail.

Irisel no dijo nada. Solo bajó los ojos hacia el nombre subrayado en rojo:

Kaer.

Bajo el peso frío del interrogatorio, Kaer no gritó. No suplicó. No mostró miedo. Solo habló, con una calma tan profunda que dolía más que cualquier grito.
—No queríamos sangre —dijo, con voz medida, como quien confiesa un secreto antiguo—. Solo silencio. Queríamos que la niña naciera sin nombre. Sin vínculo alguno. Que el linaje se quebrara, no por muerte... Sino por duda.

La secta buscaba sembrar la grieta, invisible pero mortal, en el tejido mismo del reino.

Con esa revelación en la mano, Irisel no dudó. En dos días, ejecutó la purga.

Irisel movió sus piezas con precisión silenciosa.

Cada destino se sellaba en susurros y miradas que no olvidan.

Funcionarios clave desaparecían en la noche, sin rastro ni despedida.

Los más influyentes eran despojados de sus cargos bajo acusaciones cuidadosamente fabricadas, que nadie se atrevía a cuestionar.

Los templos menores fueron cerrados, sus guardianes reemplazados por leales desconocidos.

Los archivos se revisaron y reescribieron con rapidez, borrando nombres y registros peligrosos.

En las sombras, los informantes vigilaban, listos para intervenir ante el menor signo de rebelión.

El fuego en el altar menor no era solo una advertencia para los herejes;

era un faro para quienes dudaban, un recordatorio ardiente de que el silencio no era opción.

Cada captura era solo el principio.

Irisel presidía los interrogatorios con mirada implacable, despojando a los prisioneros de sus máscaras y silencios. No hacía falta violencia visible;

su voz y presencia eran armas más afiladas que cualquier daga.

Los secretos se desprendían en susurros ahogados, nombres, lugares, rituales ocultos que tejían la red de la secta. Algunos caían en la desesperación, otros en el miedo, pero ninguno escapaba al peso de la verdad que buscaba.

Con cada pieza de información, la purga se afilaba, convirtiendo el caos disperso en un plan preciso y letal. Nada quedaba al azar; las sombras se desvanecían ante la luz fría de su juicio.

Irisel observaba todo desde las sombras, con la fría convicción de quien sabe que para salvar el tejido del reino, algunas hebras deben romperse.

La célula entera cayó, sin que una sola gota de sangre manchara los suelos sagrados.

En las sombras, otras células seguían activas, invisibles e intactas, tejiendo sus redes con paciencia fría, mientras el reino apenas comenzaba a comprender la verdadera magnitud del enemigo.

El fuego no era castigo. Era advertencia.

Y sin embargo, el reino seguía temblando en su silencioso miedo.

Porque nadie sabía aún si la princesa había huido por amor, por miedo...

O por una visión que el resto del mundo aún no alcanzaba a comprender.

Y peor aún: nadie sabía si Lefuan volvería alguna vez.

Ni si su hija sería reconocida como heredera legítima...

O condenada como una hija bastarda y una aberración.

En las cámaras altas, la reina permanecía muda ante el asunto.

Pero cada noche, como un rito silencioso, encendía una vela en la sala del reflejo.

Una para Luana. Una para Ail. Y una tercera... Sin nombre, sin forma.

La única que, sin falta, cada amanecer amanecía apagada, como si fuera la luz que el destino se negara a conceder.

♦ Capítulo 8 – La caída de la luz

Subcapítulo 5: La semilla y la luna

Había paz, por primera vez en mucho tiempo.

Lefuan no sabía cuánto duraría, pero por ahora, se dejaba caer en ella como en una hamaca tibia. Lejos del trono, de los ojos del clero y de las intrigas palaciegas, vivía con Luana en una villa discreta, rodeada de fuentes cantoras y jardines encantados que florecían a la voluntad de la princesa.

Los días eran largos. Las noches, suaves.

Goucha cuidaba de la casa con la eficiencia silenciosa de una sombra fiel, pero cada tanto, dejaba que una sonrisa se le escapara al verlos reír.

Y entre ellas, como una hebra invisible, se movía Tala: la joven tejedora que había seguido a Luana desde la capital, encargada de ropas, remiendos... y de guardar los secretos sin nombre.

El embarazo avanzaba como una danza de lunas: delicado, magnético.

Luana, altiva incluso con la barriga redondeada, se dejaba acariciar el vientre con la altanería de una reina y la ternura de una niña.

—Va a ser hija de las dos lunas —decía con orgullo—. Concebida bajo su alineación. Y nacerá cuando ambas se abracen de nuevo.

Goucha, sentada junto a ella, le cepillaba el cabello y asentía sin hablar.

Tala cosía en una esquina, sin alzar la mirada, pero sus dedos se detenían cada vez que Ail pateaba. Como si ella también lo sintiera.

Había algo sagrado en esa espera. Lefuan lo sentía incluso en su propio cuerpo, aunque no pudiera explicarlo.

La conexión entre las tres almas era algo más que amor. Era una sinergia emocional viva.

Cuando Luana sentía dolor, Goucha lo anticipaba.

Cuando Goucha se emocionaba, Lefuan lo percibía.

Cuando Lefuan tenía pesadillas, ambas despertaban.

Y Tala, la silenciosa, bordaba sin preguntar. Como si ya hubiera vivido este momento muchas veces.

—Esto es magia antigua —dijo un día Goucha—. No fue creada. No fue enseñada. Sólo... es.

Él no respondió. Solo se quedó mirando el fuego, sabiendo que tenía razón.

La noche del parto fue anunciada por un fenómeno inusual: ambas lunas descendieron más de lo normal, colgando del cielo como si quisieran espiar por las ventanas.

Luana gritó su dolor sin vergüenza.

Goucha la sostuvo con fuerza felina.

Lefuan, contra todo pronóstico, fue quien recibió a la criatura, con las manos temblando y el corazón galopando como si fuera a quebrarse.

—Una niña... —dijo, sin aliento.

—Ail —respondió Luana con los labios partidos por el esfuerzo—. Se llamará Ail.

Como el susurro de una estrella que no se apaga.

La niña no lloró.

Solo los miró con ojos de un color indefinido, entre el gris y el violeta,

y soltó un sonido breve...

una especie de canto suave, como un murmullo que no pertenecía a este mundo.

Tala la envolvió con la manta que había tejido en silencio durante semanas. Ni una palabra. Solo un leve asentimiento al pasarle la criatura a Goucha. Como si supiera que su oficio no era hablar... sino sostener lo que los demás aún no comprendían.

Goucha la sostuvo por turnos. Su cuerpo temblaba. Una parte de su alma se había fundido con la recién nacida.

—Está marcada... —murmuró, con los ojos húmedos—. Por Naeliz. Por algo más grande que nosotros.

Lefuan la miró. Y por primera vez, lo sintió. Un ancla. Un motivo. Un vértice desde el que podía redefinir toda su existencia.

Ya no era un heraldo. Ya no era solo un extranjero. Era padre.

Y al mirar a Ail, tan pequeña, tan nueva, la reconoció. No con los ojos. Sino con algo más hondo, como un eco que atraviesa el tiempo.
Era ella.

La misma que había visto nacer en un mundo que ya no existía, y que ahora volvía a empezar...
como si la historia aún quisiera salvar algo de sí misma.

Durante los días que siguieron, la villa se llenó de música callada, aromas dulces y risa. Ail crecía rápido. Su mirada lo perforaba todo. A veces, parecía ver cosas que no estaban allí. O anticiparse a los pasos de los demás.

Goucha lo confirmó:

—Ail está ligada al tejido del tiempo. No es normal.

—¿Crees que es por mí?

—No. Creo que es por ella misma. Como si Naeliz... la hubiera moldeado con intención.

Tala, desde el umbral de la habitación, no dijo nada. Solo hizo una última puntada y se retiró, dejando tras de sí una tela bordada con dos lunas entrelazadas y una estrella dormida en medio. Nadie le había dicho qué coser. Pero bordó exactamente lo que debía.

Lefuan no sabía si sentirse bendecido o temeroso.

Pero nada de eso importaba.

No en ese momento.

Porque esa era su familia.

Y por primera vez, se sintió completo.

Sin saber que el precio por esa completitud ya estaba inscrito en las estrellas.